

LOS HIJOS DEL FUEGO

Cuentos basados en leyendas urbanas y tradicionales de Latinoamérica

Edición de Victoria Marín,
Félix A. Cristiá y Yariela Fonseca

Recopilación por Revista Virtual Quimera



editorial
estudiantil

UNIVERSIDAD COSTARRICENSE

Los Hijos del Fuego

Cuentos basados en leyendas urbanas y tradicionales de
Latinoamérica

Los Hijos del Fuego

Cuentos basados en leyendas urbanas y tradicionales de Latinoamérica

Editores:
Victoria Marín Fallas
Felix A. Cristiá
Yariela Fonseca Quesada

© 2024

Los hijos del fuego, cuentos basados en leyendas urbanas y tradicionales de Latinoamérica

Editores

Victoria Marín Fallas

Félix A. Cristiá

Yariela Fonseca Quesada

Editorial Estudiantil UCR

Coordinación: Alejandro José Vélchez Vidal

Tesorería: Joselyn Soto Vidal

Jefatura de Redacción: Ivannia Victoria Marín Fallas

Jefatura de Producción: Yariela Fonseca Quesada

Directora Revista Virtual Quimera

Victoria Marín Fallas

Revisión Filológica

Yariela Fonseca Quesada

Ariel Cambronero Zumbado

Maquetación y diseño de portada

Vincent Rodríguez Trejos

© de la edición:

Revista Virtual Quimera

© Félix A. Cristiá, Eiden Guerrero Zaragoza, Christian David Sánchez

Castro, Seidy Martínez Rodríguez, Patricia Olivera González, Ana Laura

Saavedra Villanueva, Natalia Martínez Alcalde, Julio Aguilar, Harol Gastelú

Palomino, Fausto Ramos, Ariel Cambronero Zumbado, Marianella Sáenz

Mora, Leopoldo Orozco, José Ramón Ramos, Jorge Barboza Valverde,

Alfredo Arnez Valdés, Mario Galván, Iván Medina Castro, Aline Rodríguez,

David Ruiz Zapata, Laura Severino Mora.

ISBN: 9789986038935

ÍNDICE

LOS HIJOS DEL FUEGO	9
Félix A. Cristiá	
EL INNOMBRABLE	15
Eiden Guerrero Zaragoza	
HISTORIA PARA LAS FOGATAS	20
Christian David Sánchez Castro	
LA BOTIJA	29
Seidy Martínez Rodríguez	
PUEBLO MOLLES	34
Patricia Olivera González	
LEYENDA XOCHIMILCA: MICTLANCIHUATL	41
Aline Rodríguez	
LA CASA DE HUÉSPEDES.....	46
Ana Laura Saavedra Villanueva	
UN PLATO CON SAL.....	59
Natalia Martínez Alcalde	
DE DONDE SON LOS DIFUNTOS	68
Julio Aguilar	
LOS DUENDES DE LA HIGUERA	75
Harol Gastelú Palomino	
EL COME MUERTOS.....	79
Fausto Ramos	
LA TRAGEDIA DEL BURLADOR DE CARTAGO	98
Ariel Cambronero Zumbado	

ACTUALIZACIÓN	112
Marianella Sáenz Mora	
LA CIUDAD DESHABITADA	123
Leopoldo Orozco	
LA LEYENDA DEL PAYASO	128
José Ramón Ramos	
EL PUEBLO	139
Jorge Barboza Valverde	
EN EL MEDIO DEL SALAR	145
Alfredo Arnez Valdés	
EL HUEVO DEL DIABLO.....	151
Mario Galván	
EL JINETE MORO.....	159
Iván Medina Castro	
EL CADEJO.....	163
David Ruiz Zapata	
LA MASCARADA	177
Laura Severino Mora	
Los autores	179

LOS HIJOS DEL FUEGO

Mito y leyenda, narración e identidad

Fortis imaginatio generat casum¹

El mito y la leyenda son hijos del fuego. Antes de las primeras ciudades y de la invención de la ciudadanía, la identidad de las tribus era otorgada por el reconocimiento y comprensión de las historias que se contaban alrededor de la fogata. Las narraciones que daban sentido a todo lo que rodeaba al ser humano, bañadas con el don de la creatividad, emanaban de esta congregación en torno al fuego, como si las ascuas trajeran consigo los secretos del universo que este ser privilegiado transmitía entre los suyos.

La dominación del fuego y la transformación de utensilios para generar nuevas herramientas fundaron una razón para vivir, “dieron origen a un universo de valores mítico-religiosos, incitaron y nutrieron la imaginación creatora”, apuntaba Eliade². En un principio, sobre las rocas y dentro de las cavernas quedaron plasmadas en dibujos las criaturas a las que el cazador pretendía atraer y dominar. Se pintaba para transmitir mensajes, pues el lenguaje verbal no había terminado de nacer. Así el humano estaba imaginando a la vez que creyendo en un mundo más allá de lo que podía ver, pero todavía no estaba creando su historia.

Ha quedado el testimonio sobre grandes piedras, de que antes de la creencia en dioses creadores, en cada

1 Michel de Montaigne, siguiendo a Agrippa.

2 Eliade, Mircea, Historia de las creencias y las ideas religiosas. Vol.

1. De la Edad de Piedra a los misterios de Eleusis, Barcelona, Paidós, 2019, p. 27.

rincón del mundo moraban los espíritus guardianes. Arnold Hauser³ apuntaba que en la época del animismo –ya en el Neolítico donde se desarrolla el pensamiento conceptual– se comienza a concebir la separación entre un más acá terrenal y un más allá trascendental. Las imágenes se abstraen en símbolos y surge el especialista en historias. El anhelo por la eternidad y el miedo a la muerte inspiraron las primeras obras arquitectónicas de monumental tamaño, símbolo del deseo de petrificar el tiempo y la búsqueda por preservar una historia que no debía ser olvidada.

En efecto, imaginar ante el fuego no era suficiente para que nuevos mundos surgieran; había que comunicar lo que susurraban los elementos de la naturaleza. Por ello la palabra, al ser pronunciada, intensificó las cualidades mágicas de lo aprendido mediante las llamas, y así el ser humano dio forma a las sombras; en colectividad creó su procedencia, las míticas edades de los primeros humanos. Siglos pasaron y este osado ser llegó a olvidar que sus ancestros habían fundado su origen mediante la narración, refiriendo a un pasado divino al que ahora llaman dorado. Quedó el mito, como fuente inaprensible de identidad; nunca creado, siempre recreado.

Y las ciudades se expandieron rápidamente. La tierra moldeada por manos humanas, cuando el fuego ahora convertía la arcilla en tablilla cocida, hizo perdurar la narración y surgió la ley. Los poderosos comenzaron a aglutinar a miles de personas en un mismo territorio y de la diversificación de oficios surgiría –casi al nivel del rey– el sacerdote, arconte de la narración y de su interpretación. Pero el lenguaje escrito, la epopeya y la poesía que serían utilizadas para preservar la historia cuando los sacerdotes se hayan extinguido, no detendría a la tradición de contar

3 Hauser, Arnold, Historia social de la literatura y el arte I, Barcelona, Penguin Random House, 2020.

los mitos, de transmitirlos oralmente, acto tan accesible a cualquier ser humano sin importar orden social alguno.

El mito narra una época perdida, difícil de rastrear. ¿Pero qué ocurre cuando se comienza a relatar historias que han pasado hace relativamente poco tiempo? Llegamos al momento en que el acto de narrar se emancipa de la clase dominante, y más que recitar cosmogonías se instauran en la cotidianidad. Cuando el mito se seculariza. En la época helenística y romana, los poetas utilizan los antiguos mitos como “*fabulae, ficciones o fabulaciones*”, nos dice García Gual⁴, ya no provienen del cielo, sino de la tierra; pierden gran parte de su poder simbólico-religioso, pero no necesariamente el identitario. Proliferan numerosas versiones de los mismos según su narrador, y comienzan a considerarse literatura.

Con el uso público de la palabra, la voz del pueblo sobrepasó el alcance del hasta entonces papel privilegiado de los poetas, e incidentes inimaginables comienzan a ser relatados y ampliamente difundidos por el ciudadano común que jura haberlos atestiguado. De crónicas, personajes ilustres e historias locales contadas a través de los años, siempre empapados con un aura sobrenatural que brindaría eterna actualidad, surge la leyenda. A diferencia de la mitología y los textos sagrados, esta carece de un tiempo definido: no trata de un episodio que narra un origen del mundo ni de tiempos a los que se añora volver.

La leyenda es de más fácil difusión, se trata de un relato popular comúnmente sin autoría, o bien, la autoría es reclamada por quien narra su versión o su propio encuentro con lo que de generación en generación se había oído y transmitido oralmente, acercándonos por breves momentos a los tiempos primitivos. La leyenda se crea y

4 García Gual, Carlos, *Introducción a la mitología griega*, Madrid, Alianza, 2004, p. 16.

se recrea; suele ser breve y sintética, no se trata de una narración épica a la manera de las grandes epopeyas de la mitología universal, y a diferencia de estas últimas, no posee referencias inaccesibles, jardines de las Hespérides. Ocurren entre los campos, los barrios, las oscuras calles. El héroe ya no es un semidiós, sino un ser humano normal, aunque no siempre carente de heroísmo. Puede tratar también sobre algún personaje histórico pero que la historia de su vida, contada de generación tras generación, la ha hecho deformarse o impregnarse de fantasía.

El mito funda sociedad, valores, identidad originaria; la leyenda entretiene, atemoriza, da una lección. El mito nos habla de reinos plagados de criaturas sobrenaturales, mientras que la leyenda acerca lo sobrenatural al ser humano común. Extrañas criaturas que aparecen ante personas conocidas, al abuelo, al loco del barrio, a la sabia mujer al final de la calle, al borracho o al mujeriego, son recurrentes en las leyendas. Su uso es coloquial, pertenece al pueblo. Su narración se convierte en advertencia, moraleja.

Ha sido habitual a lo largo de la historia, que cuando distintos pueblos entran en contacto intercambian o asimilan costumbres. La llamada tradición occidental⁵, alimentada por sus cuatro pilares (cultura griega, derecho romano, cristianismo y ciencia moderna), ha logrado condensar estas creencias, difuminando en ocasiones las fronteras a través del reconocimiento cultural. Esta cultura –de presunción universal– al llegar al Nuevo Mundo se fundió con las tradiciones hasta entonces desconocidas, donde sus nativos todavía daban preponderancia a la narración oral, siendo escasos los textos (códices) que habían perdurado de sus ancestrales civilizaciones o sobrevivido a la mano del conquistador intolerante.

5 Mejor decir, la representación hegemónica de lo que se supone Occidente.

En América Latina las identidades nacionales y regionales comienzan a establecerse a partir de la institucionalización de las prácticas culturales reconocidas como propias, proceso que encuentra su mayor producción entre los Siglos XVIII y XIX, instaurando así su folklor, entendido como la enseñanza o conocimiento de los saberes de un pueblo (folk) que forma parte del bien común de sus integrantes. Se trata de un conocimiento popular que en Iberoamérica siempre ha estado caracterizado por la mezcla –aunque, ¿qué tradición no lo es? Por ello, la leyenda es una de las más altas manifestaciones del folklor: por un lado presenta características heredadas a través de siglos de transmisión oral y escrita, pero al mismo tiempo posee particularidades propias de cada localidad.

De esta manera las ancestrales historias de hombres convirtiéndose en animales o de mujeres que pasan a ser monstruos se vuelven criaturas locales; una carroza, carro, carreta, se pasea sin nadie quien la reclame; mujeres con cabeza de caballo, a veces con una máscara, otras con tan sólo un cráneo, se perfilan al final de la esquina, no muy lejos del bar. Del otro lado del mar extraños hombrecillos aguardan al final del arcoíris, mientras que en las tierras tropicales danzan alrededor de la higuera. El perro negro no tiene tres cabezas, tan sólo una, pero al andar arrastra unas cadenas, ¿acaso no simbolizando la culpa? La antigua Medusa en tiempos más recientes cobra la forma de una doncella que llora a la orilla del río, buscando algún hijo. Y así continúan cambiando con el tiempo, actualizándose. La llorona ahora no necesariamente solloza, y la cegua no tiene que relinchar, pero la esencia permanece: la primera todavía se lamenta, y la segunda sigue riendo.

La leyenda se alimenta de la oscuridad y de la indeterminación. Los seres errantes se esconden en los rincones oscuros donde la imaginación y los sentidos terminan

de dar forma al encuentro. No hay fuego que pueda terminar de vencer a la oscuridad, pero mientras no se extinga la llama de la curiosidad y del intelecto humano, continúa produciendo hijos.

Felix Alejandro Cristiá

EL INNOMBRABLE

Eiden Guerrero Zaragoza

Tulancingo de Bravo, Hidalgo

Como cuando el cuerpo se hincha, no hacia los lados, sino hacia adentro, como un abismo inflado con forúnculos repletos y pulsantes a punto de ceder; así de putrefacta debe estar una persona para que la tierra cenagosa del cementerio de San Miguel en Tulancingo escupa su cuerpo rígido con todo y férretro. Esta es la historia que aún se narra con aliento en todas las generaciones anteriores en Tulancingo de Bravo, estado de Hidalgo.

Fue de boca de mi suegra, Doña Sarita, una mujer pequeña y robusta, que aprendí sobre los personajes siniestros que han sido señalados como instrumentos de lo maligno.

Mi novia y yo fuimos a cenar con la solitaria anciana, quien sólo contaba con nosotros y su perro mestizo, Chancla, como compañía. Su casa, aunque grande, parecía desproporcionada, con dos pares de recámaras pequeñas; se encontraba en Allende, bajando por Leandro Valle, entrando por un zaguán corroído por la lluvia.

Mientras esperábamos al sobrino del dueño de la panadería de la esquina, con la bolsa de pan dulce que se le había encargado temprano, Doña Sarita nos relató la historia que se había transformado en leyenda. Sucedió en la Hacienda de Exquitlán, ahora conocida como Hacienda del

Pomar, construida por uno de los hombres más ricos de la época, Don Pánfilo García, un hombre de expresiones tan largas y amargas que su mal humor no sorprendía, aunque se le acusaba más de ser avaro con huellas doradas.

De sus noventa y nueve haciendas, solo la del Pomar fue el escenario ostentoso donde las intenciones de Don Pánfilo encontraron un revés. Tomando la voz del Don, mi suegra narraba:

“Varios hacendados, comerciantes y el mejor textilero de la región fueron algunos de los candidatos para casarse con mi única hija, pero ninguno me convenció, mucho menos a mí. ¡Inútiles muertos de hambre! ¡Perros, todos ellos! Solo esperaban hundir sus manos porcinas en la olla de oro a su antojo. Con veneno o con precaución, quién sabe, pero mejor que mi hija se quede soltera”, decía con firmeza. “Como único patrón, los peones obedecen cada uno de mis mandatos, y deben hacerlo, o saben que no dudaré en marcarles la espalda con llagas pulsantes, una por cada queja. No fue problema enviarlos a llevar a los pretendientes por la puerta trasera y bajarlos por los pasillos de piedra para despedazarlos, pedazo por pedazo, como alimento para los cerdos.

“Aunque en algún momento me conmovió la situación de mi hija, mi adoración, cuya excesiva feminidad la hizo nacer inválida, era necesario que se casara y, a pesar de las miradas de reproche, consideré casarla con mi hijo, su hermano. Es hermosa, una yegua de generosa carne; seguramente a él no le importará”.

Teniendo en cuenta este hecho, es innegable que la mente de Don Pánfilo estaba teñida con una maldad que no razona, una repugnante característica de los desgraciados que se entrometen en lo prohibido.

Dicen que en cierta ocasión, Pánfilo subió al cerro del Yolo para pactar con el innombrable, un trato que lo hizo dueño de todas sus haciendas, noventa y nueve en total, pero también de una maldición que lo persiguió más allá de la tumba.

A la muerte de Don Pánfilo García, se reunieron las personas más cercanas a la familia —seguramente pocas—: sus capataces, comerciantes, la burguesía de Tulancingo y algunos campesinos que preparaban el lugar para la sepultura en la tierra húmeda y chiclosa. Así, transportaron al cruel hacendado en un féretro enchapado y bronceado hasta el cementerio de San Miguel. Cuando la caja comenzó a crujir desde la cabecera, los capataces que la llevaban habrían querido intercambiar miradas de terror, pero el difunto mismo se los impedía. No fue sino hasta el quinto crujido, esta vez a un lado, cerca de las costillas, que los presentes notaron que algo no estaba bien con el ataúd de Don Pánfilo, o más bien, con su contenido.

Nadie se atrevió a detener la ceremonia y entre rezos se procedió a la sagrada sepultura. A las seis de la mañana, el velador corría entre las sombras entre lápidas y arbuscos de ruda, dejando caer su lámpara cerca del féretro que la tierra santa expulsó sin esfuerzo alguno. Desde ese día, todo Tulancingo confirmó que el marro Don Pánfilo había pactado su riqueza interminable con el maligno, por lo que la tierra bendita se negaba a recibirllo.

Ante el horror que los acompañaría el resto de sus días, los familiares encomendaron a los peones el arduo y no remunerado trabajo de llevar el féretro a otro lugar que sí lo aceptara, transportándolo en una carreta de vuelta al cerro del Yolo, donde, irónicamente, Don Pánfilo descansa ahora lo más cerca del cielo que estará jamás. Se dice que toda su riqueza descansa bajo tierra en los terrenos de la Pomar,

pues aquellos que intentaron arrebatarle algo terminaron muertos.

Fue en esa época que surgió la leyenda de la carreta de la calle Allende, una calle que se extiende desde el centro hasta la zona rural donde Don Pánfilo fue sepultado. Si los sonidos inexplicables que los vecinos todavía reportan tienen que ver con el maldito Don Pánfilo, es incierto. Sin embargo, la coincidencia me lleva a mencionar el cortejo de una carreta que lleva las almas al cementerio: el crujir de la madera, los cascos de los caballos sobre el adoquín, una rueda quebrada, un carraspeo amortiguado. La sinfonía de la muerte, un recordatorio visceral de lo inevitable.

También debo mencionar que, aunque sé que Don Pánfilo no tiene relación directa con esta otra leyenda, su camarada el innombrable, el maldito, sí, dado su modus operandi similar al ofrecer sus servicios.

Cuando un hombre de la familia Villar subió al cerro del Tezontle, específicamente a la Cueva del Diablo, para hacer un pacto diabólico, el Diablo lanzó una maldición al cine del Villar —propiedad de la familia desde 1968—, relacionándolo con el filme “Arde París” de Clemente. Amenazó que, cuando la sala estuviera llena hasta el límite, los techos caerían para llevarse como recompensa a todos los involucrados a las entrañas ardientes de la tierra.

Cuarenta años después, los adultos aún contaban las personas en la fila para entrar a la sala. Si el número era suficiente para llenarla, algunos decidían no entrar, sin importar la película. Para entonces, el cine estaba en sus últimos días, pero el temor a la maldición persistía.

Esa noche me retiré a la cama después de agradecer a mi suegra por el café negro con canela, sin azúcar ni piñoncillo, que me calentó el cuerpo junto con unas piezas

de pan dulce. Tomé la mano regordeta de mi novia; en la habitación, nos pusimos ropa prestada por Doña Sarita. Besé a mi novia de buenas noches, queriendo prolongar el momento, aunque ella se quejó del piercing en mi lengua; recordé la discusión que habíamos tenido porque no quería pasar la noche en casa de su madre, pero al final valió la pena gracias a la comida y la fascinante historia de un hombre mucho más temible que sus circunstancias.

Apagamos las luces y me dormí.

Soñé que escalaba una montaña de rocas y huesos de cerdo, y desde la cima veía mi pequeña casa, apenas una mancha azul pastel en el mapa, pero lo suficientemente cerca como para ver las cortinas blancas ondeando con el viento. Vi arcos de piedra adornados con querubines angustiados, de cuyas columnas fluían monedas de oro, joyas y relojes de bolsillo. ¡Finalmente era rico! Pero en un giro delirante, me di la vuelta, mis pasos resonaron como un diapasón del mal, di un salto olímpico y caí, ahora desde el cerro, hacia mi propia muerte.

El sobresalto me despertó de golpe. Sentí una mezcla de decepción al darme cuenta de que la riqueza seguía siendo un sueño incoherente. Mientras el sueño se desvanecía en una densa nube, concluí que esa riqueza no era para mí; simplemente era una víctima de una antigua maldición.

Cuando me desperté por completo, mi expresión cambió de confusión a puro espasmo instantáneo al oír el eco fuera de la ventana: madera rechinando en la noche, el paso cansado de un caballo sobre el adoquín, golpes amortiguados.

— ¿Qué es eso? —preguntó mi novia adormilada. — ¿Será una carreta?

HISTORIA PARA LAS FOGATAS

Christian David Sánchez Castro

Todavía faltaban horas para que amaneciera. La noche de nieve engañaba descaradamente al impío espectador. El tiempo que Noé habría perdido mirando los profundos arrabales, los incontables sotobosques o, tal vez, el tiempo que habría necesitado para imaginarse los sonidos de las vacas que por alguna razón dantesca no se oyeron esa noche, se desvió por completo con la aparición de lo que quizá era la silueta de una mujer, a contados kilómetros, bajo la trocha de barro. No menos sorprendido que atareado, Noé tambaleó la cama. De un salto descendió la litera de caoba y hojalata. Samuel ya se encontraba despierto, el seco ruido de los tablones y el rechine del camarote lo habían alarmado.

—¿Qué te dio? —preguntó el hermano a media lengua.

—Una forastera. Está subiendo por la trocha; no sé cómo sigue viva, está buscando una muerte pendeja —respondió nervioso.

Samuel, luego de quitarse las lagañas, encontró el machete entre la empapada oscuridad. No pasó mucho tiempo para que ambos estuvieran afuera. A diferencia de Noé, Samuel no había tenido cabeza para calzarse las botas; sólo el metal oxidado le vestía la penosa cintura y con el mero silbido del viento le titubeaba el valor. Reparó en quedarse en la entrada de la casucha.

—¿Vas a ir hasta allá? —preguntó.

—Me pongo a gritar y creerá que soy un guerrillero — replicó Noé.

Las botas atajaron la mugre congelada. Como los huesos se le enfriaban y empezaba a no sentirlos, se obligó a caminar con cautela. Una voz de hilo le sugirió llevar el arma. La primera vez, Noé no la escuchó.

—Lleva el machete —repitió Samuel, apenas perceptible.

—Ya no, mira esta babosada de luz. Voy a tener que gritarle.

—Sé gentil —advirtió.

Ante la lejana incertidumbre, una sombra borrosa y traicioneramente azulada se movía en dirección a la vereda.

—¡Señorita, venga! ¡A estas horas, y sola, está usted arriesgando su vida!

La figura azul se giró en torno a Noé; por lo menos así lo vio él. Entonces concluyó que la mudez de la forastera la condicionaba a una turista perdida. No concibió la idea de que alguien terminara en semejante potrero. Y, para su impotencia, tuvo que limitar las palabras al escaso inglés que recordaba de la Escuelita.

—Jelou! Jelou! Plis, Jelou!

Ocurrió muy deprisa. La nebulosa mancha añil se desplomó sin preverlo, fue como si la Tierra la devorara. Noé se lanzó a la carrera y no escuchó las advertencias de su hermano. Casi cayó cuando, a trompicones, intentó bajar la loma; menos mal los portillos del corral lo sostuvieron

y la vertical trocha se bordeaba por un par de lámparas mediocres.

Pero tuvo que pasar poco más de un cuarto de hora para que la mujer retomara la conciencia. Al despertarse, lo primero que vio fueron las tablas que constituían la litera de arriba, la cama de Noé y, mencionándolo de una vez, era él quien atravesaba la habitación acompañado de una taza de aromática. Samuel, por su lado, vigilaba desde la poltrona a la extraña, y había notado lo mismo que su hermano notaría al ofrecerle el menjurje: la belleza de la forastera era inaudita y perversa.

El cabello lacio, aún sucio por sus misteriosas desventuras, era de un negro intenso, como el carbón, como el pelaje de los gatos que valen la pena admirar; reposaban en su regazo las puntas finas y suntuosas, también las manos delicadas, su color salmón, su etéreo movimiento. Los ojos divergían entre el color de las avellanas, el color del café y la empalagosa miel de abeja; el iris era grande, con una simetría exótica. La línea de la boca parecía una M estirada y cursiva, y aunque no pasó por sus cabezas dicha descripción, no distó mucho de la imagen caligráfica.

Ambos se miraron recelosos. Delante de la no invitada se había suspendido (casi que abandonado) una nimia inquietud. El aire se les hizo más pesado. El ámbito entonces se sintió intranquilo. Concurrieron a la antecámara después de que la peculiar mujer recibiera la taza y asintiera sin querer llamar la atención.

—Tocará que duerma conmigo, las camas de los viejos las vendimos el año pasado —murmuró Noé con la esperada serenidad.

—¿Vas a hacerla trastear desde donde está? Déjala ahí, ni que yo le fuera a hacer algo.

—Bien dicho, hermano. Así de atolondrado me gustas. Por eso mismo la quiero en mi cama.

—Noé —rebatió Samuel, adivinando las artimañas de su hermano—, la acabas de conocer, no me jodas. ¿Vas a...?

—Se ve mansita, ¿no le miraste la cara?

El color del vacío es el tinte del olvido, fue una rima que ahora Samuel recordaba.

—No vayas a ser un animal —repuso, y elevó un poco la voz.

—Tú y yo somos animales, no me jodas tú —espetó Noé.

—Dios mío, no te entiendo...

Noé enderezó la postura y trató de escrutar a Samuel durante un rato. Un tedioso rato. Los soberbios ojos lo dijeron todo, pero para él no fue suficiente. Fingiendo una mueca, curveando la medialuna del labio a ver si así suavizaba el resto del mensaje, propuso:

—No quiero recordarte quién es el mayor.

Como una cuchilla. Las miradas se despegaron, pero el implícito odio no.

—No le cuentes nada de esto a María o te rompo la boca —agregó, como queriendo bromear, incluso sabiendo que su hermano no la conocía más que por su nombre. Más que por su intempestiva lengua.

Samuel permaneció en la antecámara, delante del tabique de ladrillo, con la figura chata, vaga, ridícula. Oyó los pasos del hermano, escuchó la excusa que inventó y se dio cuenta que ella no advertía la anormalidad. Samuel lo

putó. Pero en su mente.

—... Es por eso que decidimos que usted dormirá conmigo —explicaba esa voz más simpática detrás de las paredes—. No se preocupe, son sólo tres escalones. ¿Alguna vez ha dormido en un camarote?

Eran esos ojos sin tonos los que habían desconcertado a Samuel. En ese momento se los imaginaba y seguía sin reconocerlos.

—No, nunca —respondía la forastera, tímida e ingenua.

Y entonces Noé empezaba a reírse tan fuerte, como si quisiera llamar la atención. De hecho, quería llamar la atención, lo ansiaba con todas sus fuerzas. Si hasta golpeaba la poltrona de ciprés a ver si el golpe seco tomaba impulso y llegaba hasta afuera, hasta el gallo que no se había visto, hasta el taciturno corral, hasta los idiotas hierbajos.

—¡Pero mírese!, es verdad que puede hablar. Así es más fácil entrar en confianza, señorita. Qué voz más linda tiene.

—Perdone, realmente me siento muy confundida y doblemente cansada.

—No se preocupe, es cosa del corriente, ni sabrá de dónde viene, pero me alegra que hable el español. Si le contara el ridículo que hice hace un rato, tendría para desinflarse toda la velada —decía Noé, levantándola del lecho y oliendo su agreste y floral fragancia.

Ayudándole a ascender los peldaños, rozó disimuladamente los dedos por encima de las vigorosas piernas femeninas. Decir que aquello es verosímil es arrojarse a un pantano sin monstruos, pues era Samuel el imaginante.

—Venga, déjeme le ayudo. Un pie acá, otro... Bien, señorita. Póngase cómoda, no sienta pena conmigo.

El resto de la noche sólo lo supo Samuel. Se acostó media hora antes del amanecer. Quizá las captaciones salvaron algún traumático acto, aunque en la actualidad dice que ignora estos detalles. Nadie le cree cuando rechaza la versión de los gemidos, cuando comenta que ya olvidó la musicalidad de los tambaleos, de las tablas. Todavía hace caras o saca el machete (depende de la hora) cuando se le mencionan las risas frívolas o los golpes secos. De todas maneras, para el diablo Samuel, lo más importante, lo único veraz y malditamente inolvidable, fueron las gotas. Las tres gotas: tat, tat, tat.

A oscuras; así debió haber sido. El olor a sexo infestó la habitación, natural que no hubiera dormido. De seguro, más que descansar, rogaba por olvidar las infidelidades que había callado; y no, no se refería sólo a los cuernos de la pobre María.

El camarote chilló cuando el viento penetró las ventanas de la casucha. Tumbado, contemplando las tablas de la litera de arriba, reflexionando y, por qué no, imaginando la posición en la que dormían su hermano y la forastera; tres gotas le cayeron, una seguida de otra con impulsiva decisión. El agua se aplastó contra su frente.

Le pareció extraño que las gotas estuvieran tibias. Sin prestarles mucha atención, se limpió la faz y creyó que eran debido a una gotera. Muy difícil era imaginar una grieta, o alguna filtración, cuando lo que techaba a su cama era otra cama. Habría deseado ignorar la lógica básica que se le requería, pero la cuarta vez, ya sin oírse el calmoso tat y más bien haciéndose un chasquido sordo, no hubo de otra. Supo de la cuarta gota cuando su vivaz color ya se deslizaba por el bordillo del labio. Sin querer saboreó el agua y

entonces entendió, aquello no era agua. Era sangre.

Después, hubo que resolver el espanto. Ese chillido gutural Dios sabe quién lo escuchó. No esperaba toparse la inmundicia de unas vísceras cuando subió a buscar a su hermano, si lo identificó fue realmente gracias a los dedos troceados justo encima de la almohada. Lloró sobrecogido. Ni él sabe el porqué, pero se le vino a la mente la imagen de unos racimos podridos. Luego de vomitar salió a buscarla, aunque por su espíritu cobarde, lo que necesitaba encontrar era la ayuda divina.

Los pasos hicieron temblar las tejas. Sin duda eran pisadas enajenadas de odio. Daban la repugnante impresión de que un cerdo se revolvía sobre las tejas.

—¡Satán, sal, te desafío! —balbuceó sintiéndose miserable.

A la intemperie, bajo las nubes oscuras y pesadas, oró por su alma, esperando las últimas circunstancias de la vida. Nunca llovió y tal vez por esta razón las bestias se ocultaron en la tierra. Samuel, intentando divisar la sombra de la que temía, se postró bajo el pórtico; desde allí el sonido del tejado se le hizo más áspero e insopportable. Entonces supuso que verdaderamente se trataba de una criatura luciferina. Temblando por el escalofrío del asco, las piernas no soportaron más y cayó y lloró, y acompañado al llanto vino el vómito de nuevo. Fue hasta ese momento, cuando toda la bilis posible había sido regada en la huerta, que oyó el pasto carraspear a sus espaldas. La criatura entonces, más que hacérsele familiar, se le hizo una curveada bolsa de mierda.

Ya sin ojos miel, se le torcía el caminar por la joroba. No tuvo tiempo para descifrar si el desaliñado y graso cabello le ocultaba el rostro o la negrura se debía a las sombras de

las culebras que seseaban hasta hartarse, esas que se refugiaban en los agujeros de los pezones. De los pezones que eran flácidos y amasados por los hongos rojos y amarillentos. Sus volvas se aferraban a las estrías y los vellos del abdomen; pero la figura se mantenía en una estática solemnidad. Samuel recordó la caligrafía, esta vez con el trazo bárbaro y cruzado, la letra Ø. El signo no sólo describía el terroso aspecto; en verdad, era el mejor imaginar de las ramas entre los dientes y los huesos colgando en la mandíbula dislocada. Y, sin embargo, cualquier cosa dicha sobre Lucifer es una mera sugestión pueril, menos un sólo detalle que coincide en todos los testimonios de quienes la han visto por los campos plataneros. Y esa fue su peculiar extremidad: bajo la roñada pelvis, en lo que parecía ser una capa espesa y sucia de moho y vello, fundida a una pezuña del tamaño de un cráneo, la mujer se apoyaba en una pata sola.

—¿Qué mierda eres? ¡¿Qué mierda eres?! —El grito llegó hasta la vereda y los pueblos de Zipoka y Karipe, donde los tíos de sesenta mandaban entre borrachos.

Convaleció y buscó escapar, arrastrándose entre hierbos y pampas, apartando las piedras, los palos y los laceantes alambres, pataleando sin vacilar. Cuando menos lo notó, se rodeaba del ganado, su aire se había ceñido por los portillos del corral. Las vacas seguían sin mugir, pero en la oscuridad y el frío de hipotermia, todo era válido para preservar la vida. Custodiado por el mamífero calor, empezó un padrenuestro que interrumpió dos veces porque se le atragantaba la garganta y los mocos lo hacían escupir insultos. Puede ser que sus sentidos lo engañaran, de todos modos, estaba seguro de que alrededor del cercado se escondía el adefesio.

Sin duda alguna, jamás esta historia hubiese pasado a

la posteridad si Samuel, al que ahora apodian El loco de las vacas, no hubiera despertado a las vacunas con sus alaridos de piedad. Por lo menos en la India, el ganado es sagrado; el jainismo, el budismo y el hinduismo le rezan y lo bendicen. Samuel Dalal Chowdhury ese día, sin luna ni cielo, presenció la salida del amanecer, la erupción del volcánico sol. El fenómeno fue coordinado, esta vez con una exactitud coreográfica, justo cuando las majestuosas vacas despertaron en conjunto y elevaron la mirada bramando a su dios. Acompañado del incandescente sol, de un picante que nunca se volvió a ver, un nuevo día acaeció en el campo.

Las noticias fueron rápidas. La policía llegó en dos yeguas y un borrego. En una primera ojeada, las autoridades determinaron que el autor del espantoso crimen había sido Samuel. Meses después lo liberaron. María Kramer lloró fulminantemente; tan así fue el desconsolado acto, que ni las aplomadas manos de los vecinos consiguieron despegarla del cajón.

En ocasiones han sorprendido al Loco espiándola tras las tapias de la Capilla, viendo a María con enfermiza atención; pero María es ajena a este mundo. A ella se le ha visto cerca al aljibe, echada en las losas y las piedras mientras teje macramés, carpetas y calzones para bebés. Todos la oyen durante el clímax de la noche, cuando su virginal gemido destempla el cielo y reclama los fantasmas fetales que nunca la encarnizaron; los que nunca lo harán, al igual que la Mística, ya poco silogeada por los pensadores, ya poco encarnizada por las causas del recuerdo más enfebrecido. Esperemos que nada tenga que ver con nada, y más bien echémosle la culpa a la antigüedad de Nepal y del océano Índico, aunque de por sí sepamos que, si se cuenta la leyenda, es porque lo único que puede ser falso en esta historia, es su narrador.

LA BOTIJA

Seidy Martínez Rodríguez

—¿Saben ustedes lo qu'es una botija? —decía la abuela con suspicacia, entre misteriosa y divertida. La anciana tenía ojos verdes, tez morena y bajita, con una columna encorvada que la obligaba a intentar sentarse derecha, sin conseguirlo por completo; llevaba su cabello gris recogido en un moño sencillo, sujetándolo con dos alfileres de plata. Su atuendo constaba de una blusa blanca, blanquísimá, engomadita y bien aplanchada, que daba gusto verla. Su falda, de una pana verde, se veía un poco acabada por las múltiples lavadas; también llevaba un chal sobre sus hombros y un delicado delantal bordado por ella misma con su nombre. Olía a yerbabuena y a ceniza del fogón. Me encantaba estar a su lado porque me llegaba el olorcillo a manzanilla de su cabello.

El calorcito agradable del fogón se imponía al frío de la noche y el fuego crepitaba alegremente tirando chispitas de vez en cuando; a ratos, afuera del galerón, la lluvia arreciaba y los relámpagos nos estremecían, pero nos sentíamos felices de que la abuela quisiera narrarnos la famosa historia de “La Botija”.

La dulce anciana tendría tal vez unos setenta años, sobre su faz surcaban el látigo de los años vividos y se reía mostrando los pocos dientes que aún le quedaban, Su cara

era más bien en forma de pera y los ojos, abrigados por las sábanas de sendas arruguitas, apenas se veían reflejando el brillo del fogón. Ella desgranaba maíz con sus —alguna vez— delicadas, ahora maltratadas, manos de tanto trajín doméstico. Mi madre, entregada al mismo oficio, sonreía displicente.

—¡Es como un tesoro! —decía Carlos, mi hermano.

—Sí —dijo yo—, la botija es una gran caja llena de joyas.

—Algo parecido —murmuró la anciana mientras prendía fuego a su puro y dejaba escapar una bocanada de humo gris que se perdió de nuestra vista en pocos instantes.

—Han de saber ustedes que, cuando muere algún angurriento, d'esos que dejan plata escondida o deudas, Tatica Dios lo envía a la Tierra y aquella alma no descansa en paz hasta que alguna persona piadosa logre encontrar la botija. Pero... —aquí hacía una pausa obligatoria y continuaba apenas con un murmullo— hay que tener mucho cuidado. El que encuentra una botija, pues lo que hay dentro no son más que deudas, puede quedar arruinado.

—Tita —pregunté—, ¿cómo se puede saber si la botija es de deudas?

—No se sabe, porque las dos son como guápiles, iguales una de la otra, por eso antes de abrir la caja debes decir: “Si es plata, conmigo; si es deuda, con otro; y si es vela, con tu agüela”.

—¡Mentira! Las tales botijas no existen, con tantas que usted dice haber visto ya juéramos ricos...

El tío Fernando acababa de entrar a la cocina que se caía de borracho y lo que menos le interesaba era escuchar los

cuentos de la abuela.

—Es qu' eso es jodido. Si la botija está jugada ya no sirve.

—¡Cuéntanos de la vez que encontraste una botija! — gritábamos en coro— ¡Por favor, agüelita!

La abuela dejaba a un lado la cazuela con el maíz ya desgranado y se deshacía de la última tusa que le quedaba sobre el blanco delantal.

—Pues verán, cuando yo vivía allá, por el cerro del Espíritu Santo, hubo un gran revuelo porque, al llegar la noche, se alzaban dos enormes bolas de fuego en la cima del cerro. Poco a poco las lumbres se acercaban una a la otra, y al ser en punto la medianoche, se topeteaban. Yo me quedé calladita, mientras unos decían que se iba a formar un volcán; otros murmuraban que allí deambulaba un espíritu maligno. Yo, por el contrario, sabía muy bien que, si podía encontrar el punto exacto donde se topaban las luces, allí habría de seguro una botija.

—Como su agüelo, que en paz descance —y se hacia la señal de la cruz mirando al techo—, se metía unas buenas jumas —y decía más bajito—, mucho más que las de su tío Fernando. Yo me fui un viernes por la noche para el monte. Iba bien abrigada, eso sí, después de haberme bañado en agua bendita; cogí el crucifijo y la Santa Biblia, y agarré montaña adentro.

—A la medianoche, cuando ya las luces se topeteaban, me tiré al suelo en forma de cruz e invoqué al ánima en pena (no les digo toda la oración porqu' es peligroso). El caso es que, cuando terminé de rezar, se cimbró todo el monte y se abrió el terreno en frente de mí, dejando ver un quemadero. Casi quedé tullida del susto, cuando una voz que no era humana dijo:

“Si eres alma piadosa
dime todo tu mérito
y si yo te hallo culposa
mejor te hubieras muerto.”

—Era aquella una voz gutural, como la de un hombre, pero desprovista de humanidad; era de un tono grave y quejumbroso que me puso la piel de gallina y me hizo estremecer el espinazo con un escalofrío que me pareció interminable.

»Comencé, más muerta que viva, a decir que yo siempre había sido buena hija, madre y esposa; tenía temor de Dios, que hacía obras de misericordia, que siempre rezaba el Ángelus y el Rosario y que sé yo cuántas cosas más que agradan a Nuestro Señor.

»¡Ay Tatica Dios!, entonces se oyeron truenos y saltaron chispas por todo lado. Cuando ya estaba a punto de desmayarme, la voz me dijo:

—Eres digna de la botija. Ábrela...

Justo antes de abrirla comencé a recitar: “Si es plata, conmigo...”, y entonces alguien me jaló por detrás. Por un momento le di la espalda a la botija y, cuando me volví a ver quién me había jalado del pelo, no había nadie; y en cuanto a la botija... ¡desapareció en el acto!

—¡Idiay agüela!, si no había nadie, entonces ¿quién la jaló? —decía mi tío Fernando—. Ven cómo eso de las botijas es puro cuento.

—¿Cómo nadie? Pos, no estás viendo muchacho, ¡que

era una botija jugada!

—¿Y eso qué? —terciaba mi tío.

—Diay, que la misma botija me jaló y, cuando me distraje, se desapareció.

Todos quedamos anonadados al escuchar el cuento de la Botija. Con los años, cuanto más pienso en ello, estoy de acuerdo con el tío; pero la verdad es que, como dicen: “no hay que creer ni dejar de creer”.

Ya saben, si encuentran una botija, nunca, por ningún motivo, le vuelvan la espalda, porque puede tratarse de una botija jugada.

PUEBLO MOLLES

Patricia Olivera González

Llegué a Florida a la hora del almuerzo, y a la localidad de Molles de Timote cuando comenzaba a atardecer, pues en la terminal me resultó difícil dar con alguien que aceptara llevarme hasta allí; me miraban como si estuviera loco y continuaban su viaje, dejándome con la palabra en la boca. El paisano que accedió a llevarme se burló de mí todo el camino, todavía resuena en mi memoria el eco de sus carcajadas.

Viajé a Molles de Timote con la idea de investigar un asesinato ocurrido en ese lugar décadas atrás, el cual derivó en una leyenda que anida en el imaginario de los habitantes del interior. Al momento de adentrarme en la localidad tuve la sensación de retroceder en el tiempo. Imaginaba que el poblado contaría con más habitantes y estaría lleno de vida. Sin embargo, para mi sorpresa, el lugar lucía tal como lo mostraban los registros fotográficos de la época, los cuales databan de las primeras décadas del Siglo XX: con muy pocas casas, apartadas entre sí, y con los mismos caminos vecinales de tierra.

Me detuve en un cruce de caminos, con la mochila a la espalda y con el celular listo para registrar imágenes y testimonios. A pocos pasos de mí, un perro negro con los ojos inyectados en sangre apareció de la nada y comenzó a

ladrarme, mostrando cada tanto los dientes. Le chisté para que se alejara, pero me ignoró; le lancé un par de piedras, pero no se dio por vencido. Decidí ignorarlo y me concentré en el paisaje agreste que embellecía el lugar. Todo allí era demasiado verde y exuberante, como si el pueblo le hubiera autorizado a la naturaleza que avanzara para ocultar su rastro y sus historias al mundo.

Era primavera, una brisa fresca y amistosa me acarició el rostro y me despeinó. Quise captar el momento con la cámara del celular, pero este estaba muerto. Para no desanimarme, al pensar en los inconvenientes que eso podría causarme, intenté convencerme de que no sería tan malo escribir los testimonios en papel; con respecto a las fotografías, esperaba que alguno de los entrevistados tuviera una cámara digital, de lo contrario tendría que poner en práctica mis frustradas dotes de dibujante. Pensaba en eso cuando noté que el perro se había esfumado del mismo modo misterioso como llegó. Pateé la tierra del camino un par de veces, la inutilidad de mi celular me hacía admitir que me ponía incómodo la falta de contacto con la civilización. Resignado, elegí uno de los tres caminos que tenía a la vista; supongo que en eso ayudó una pequeña casucha blanca que divisé a lo lejos.

Nadie acudió a mis golpes a la puerta, aunque era evidente, por algunas herramientas desperdigadas en el suelo, que los ocupantes no andaban muy lejos. El terreno no estaba cercado, por lo que me embargó una sensación de seguridad que hacía tiempo no sentía en Montevideo.

Detrás de la casa había un terreno de grandes proporciones, la mayor parte del suelo estaba cultivado. A la distancia divisé un arado bastante maltrecho, dos bueyes pastaban cerca. Un poco más allá de los bueyes y el arado había un curso de agua que, de tanto en tanto, emitía

reflejos dorados a causa del sol. El sitio era realmente hermoso, el silencio, salpicado por los sonidos característicos del campo, era tan placentero que poco a poco mis sentidos comenzaron a adormecerse. Me recosté sobre el pasto con la idea de descansar un poco mientras esperaba.

Me despertó un golpe sobre la mejilla izquierda. La pezera se me fue de repente cuando vi la punta de un rifle a un costado de mi cara y el rostro de pocos amigos del hombre que me apuntaba con el dedo firme sobre el gatillo.

—¡Por favor! —susurré aterrado, con miedo de que se le escapara un tiro—. No pretendía robarle, sólo me dormí mientras esperaba a que llegara alguien.

—¿Qué busca? —preguntó, sin inmutarse.

—Estoy haciendo investigaciones para mi tesis de grado —respondí con orgullo. El hombre empequeñeció los ojos y apartó el cañón del arma.

—¿Y eso qué es? —murmuró sorprendido.

Al mismo tiempo que le explicaba todo con lujo de detalles, el cielo se cubría de nubarrones grises y se levantaba un fuerte viento. Me hizo señas para que lo siguiera al interior de la casa. Dentro, la sensación de seguridad era tal que apenas se oía el temporal que se había desatado.

Mientras él avivaba las brasas del fogón y preparaba un mate, noté que la casa era de barro, pero la habían blanqueado con cal y al suelo, de tierra apisonada, humedecido para que no levantara polvo. Si bien la casa por fuera parecía pequeña, por dentro tenía las comodidades suficientes para una persona. El comedor, la cocina y el dormitorio estaban integrados. La casucha lucía limpia y ordenada. Los muebles, sencillos y rústicos, eran los imprescindibles. Sobre la mesada de la cocina, cuyos azulejos lucían des-

gastados, pero limpios, colgaban un par de ollas, así como un pedazo de panceta y un par de pipas de salamín. Mi estómago hizo un ruido gutural cuando vi esos manjares.

En tanto el hombre preparaba el mate y cortaba rodajas de pan casero, chorizo y carne asada, yo continuaba con mi inspección ocular: contra la pared de la derecha, bajo la ventana, se ubicaba un catre muy humilde, sobre el que había un cobertor hecho con retazos de distintos colores y un cuero de vaca marrón. Sobre un cajón, junto al catre, había una palangana y una jarra, bajo este asomaba una bacínilla; todos de latón. Una mesa cuadrada, destartalada; dos sillas y dos bancos de madera, los cuales ocupábamos junto al fogón: la única fuente de luz frente a la oscuridad en la que nos había sumido el temporal en un abrir y cerrar de ojos.

Al principio no hablamos, los reflejos dorados del fuego alumbraban nuestras caras serias y taciturnas mientras comíamos en silencio y compartíamos el mate.

—¿Qué busca? —preguntó de repente. No se interesó por saber mi nombre ni de dónde venía.

—Escribo sobre la decapitada que aparece en el arroyo Los Molles. Se dice que el marido la asesinó por infiel, quizás usted no había nacido, pero puede ser que le hayan hablado de eso —respondí, en tanto sacaba mi libreta de apuntes y las fotocopias de varios periódicos de la época. Él me observó de reojo, como con cierta desconfianza, mientras sorbía el mate y masticaba un pedazo de carne.

—Dicen por ahí que se lo merecía —murmuró al fin, sin apartar la vista del fuego, cuyo reflejo daba a sus ojos un aspecto frío y sobrenatural.

—¡Entonces lo recuerda! —exclamé entusiasmado.

—Nada es lo que parece —continuó, sin tintes de emoción en la voz. Ya me estaba impacientando, quería respuestas concretas y él no parecía dispuesto a darlas. Ojeaba mis notas cuando un alarido espeluznante vino de afuera. Salté en mi asiento y varias hojas cayeron al suelo. El hombre ni se inmutó, simplemente dejó lo que hacía, tomó la escopeta y se dispuso a salir. Por primera vez lo vi hacer una mueca, que intuyó intentó ser sonrisa ante mi miedo.

—Los citadinos pierden pronto el oído y el valor —se burló—. Quédese tranquilo, mozito, sólo es el viento —dijo, y desapareció luego de cerrar la puerta.

Miré en torno, los reflejos del fuego formaban sombras que parecían cobrar vida propia sobre las paredes. En el techo, donde no llegaba la luz del fuego, la oscuridad había formado un agujero negro que, de un momento a otro, amenazaba con absorber lo que se hallaba en el interior de la casa, yo incluido.

Otro alarido llegó del exterior, al tiempo que la celosía de la ventana era azotada violentamente por el temporal. El fagonazo de algún rayo perdido fue lo que me permitió ver las siluetas desdibujadas de los árboles como gigantes listos para caer sobre mí. Pegué otro salto cuando el rostro del tipo apareció de improviso tras el cristal. Un aullido resonó a lo lejos cuando entró. El hombre dejó la pala contra la pared y volvió al banco para continuar con el mate y el asado. Lo miré, en espera de una explicación detallada de lo ocurrido afuera, pero fue como si yo no existiera.

—¿Qué quiere saber? —preguntó de pronto, haciendo ruido al terminar de sorber el mate.

No lo pensé ni dos segundos. Sin perder tiempo comenzé a hacerle las preguntas que se me venían a la cabeza, pero, sin importar lo que yo preguntara, su respuesta era

siempre la misma: «Dicen por ahí que se lo merecía». En este diálogo de locos estábamos cuando la puerta se abrió por la fuerza del viento y mis notas volvieron a caer al piso.

Cuando lo vi salir tuve un déjà vu: ahora él había tomado la pala que estaba contra la pared, sin embargo, la primera vez que salió había un rifle allí. Intenté ordenar rápidamente mis pensamientos, busqué en mis recuerdos recientes el momento en el cual él entró con esa pala, pero no hallé nada. Otro alarido cortó el aire, mientras la lluvia y el viento se metían sin permiso dentro de la casucha. Me asomé a la puerta, empapándome, tratando de ver lo que sucedía afuera con ayuda de los rayos.

Otra vez el alarido, seguido por los aullidos de un animal.

Me desplacé, protegiéndome del viento y de la lluvia, hasta uno de los costados de la casa, desde donde había divisado el arado y el curso de agua en la mañana, con la diferencia de que ahora no se veía nada. Avancé un tramo largo, a la luz de otro relámpago divisé al hombre: removía la tierra con la pala, mientras el agua escurría de toda su persona. Le grité, pero él no me miró. Continué acercándome, estaba a unos pasos de él cuando el mismo perro de antes apareció de la nada y me mostró los dientes blancos y afilados, sus gruñidos eran cada vez más amenazantes. Sólo en ese momento el hombre reparó en mí; solo en ese momento vi que sostenía una cabeza de mujer que tenía los ojos reventados y las greñas sanguinolentas y embarradas.

Quedé paralizado, estaba ante las respuestas que tanto buscaba, ante un hombre que ahora lucía una mueca aterradora y amenazante como sonrisa. Tuve la sensación de que todo se detenía alrededor, incluso el ruido era desplazado por un silencio de muerte. Eso sucedió en milésima de segundos, antes de que el peligro me hiciera entrar en

razón y mis pies intentaran sacarme de allí a toda prisa. Sin embargo, en ese momento sentí todo el peso del perro rabioso sobre mí, como si un monolito se estampara de lleno contra mi cuerpo.

Desperté bajo un brillante sol primaveral. Me incorporé con notables dolores en todo el cuerpo, estaba en medio del campo. No había casucha ni cultivos, ni bueyes ni arado, no había nada. A lo lejos, el curso de un arroyo destellaba bajo la luz del sol. A unos pasos de mí, una vieja pala oxidada permanecía clavada a la tierra revuelta.

Regresé por el mismo sendero por el que había llegado y el cruce de caminos ya no estaba. Por más que recorrió de punta a punta algún camino de tierra que aparecía cada tanto, no hallé rastros de algún pueblo en el lugar. Llegué a la carretera y, luego de varios intentos, un conductor amable se detuvo para regresarme a Florida. Quedó sorprendido cuando le comenté que había estado en el pueblo Molles de Timote.

—¡Pero ese pueblo hace décadas que dejó de existir! — exclamó—. Se desmoronó cuando un marido engañado decapitó a la mujer y tiró el cuerpo al río. La policía encontró la cabeza enterrada atrás de la casa, del resto del cuerpo ni rastros. Imagínese, eso le creó mala fama al pequeño poblado, algunos llegaron a llamarlo «pueblo maldito...». Finalmente desapareció —murmuró con nostalgia. Me miró de reojo y, después de una pausa, agregó preocupado—: ¿Está usted bien? Parece que hubiera visto un fantasma...

LEYENDA XOCHIMILCA: MICTLANCIHUATL

Aline Rodríguez

El aire gélido cubría la zona chinampera aquella noche de mayo. Una espesa niebla imposibilitaba la vista, envolviendo todo en un aura hechizada.

Los días festivos eran parte esencial de la vida cotidiana en la comunidad desde tiempos ancestrales. Su rica herencia de colores, su patrimonio cultural y el arraigo a las tradiciones llenaban de entusiasmo a cada habitante.

Esa noche, un grupo de jóvenes se preparaba para el baile del Lunes de Amapolas, una festividad anual en honor al certamen de la Flor más Bella del Ejido, celebrado en el barrio de San Cristóbal Xallan. La presencia de renombrados grupos musicales atraía a la comunidad, ávida de convivencia y baile hasta las primeras luces del día.

Las bebidas alcohólicas fluían en abundancia entre los asistentes, que se congregaban sin necesidad de invitaciones formales. Mientras tanto, en el barrio de la Asunción, frente a la escuela secundaria 36, César, Beto, Laura, Sandra, Paco y Luis esperaban animados a Adriana, siempre tardía, para partir hacia el evento.

A pesar de la lluvia, los amigos disfrutaban entre risas y bromas. De repente, un lamento cercano los hizo callar. Buscaron la fuente del sonido en vano, hasta que Adriana

apareció entre ellos con una sonrisa burlona, disfrutando de la reacción de sus amigos.

— ¡Nos asustaste, Adriana! ¡Deja de jugar! —reprochó Laura con una mueca de desaprobación.

—Ja, ja, ja, me divierte verlos así. Pero en serio, ¿podemos irnos ya? Me da miedo encontrarnos con La Pintada —dijo Adriana, con una chispa de picardía.

—Esa historia es un invento, no creo en esas tonterías de viejas supersticiosas —intervino Luis, visiblemente molesto.

—Si es tan guapa como dicen, yo sí me voy con ella. ¿No es así, César? —bromeó Beto, dándole un codazo a su amigo.

—Dejemos de lado esas historias y vayámonos. Recuerden lo del año pasado junto a la casa de mi padrino Sergio. No vimos nada y casi nos metemos en un problema por culpa de Luis y su novia —advirtió César con preocupación—. Además, hoy prometí a mi madre no beber ni una gota de alcohol. La última vez no recuerdo ni cómo llegué a casa.

—Te llevaremos cargando, como siempre —rió Sandra, abrazándolo.

—No me recuerdes eso, es vergonzoso. Vamos, caminemos. Esta noche promete ser larga y divertida —dijo César, liderando el camino entre charlas y risas.

Los amigos avanzaron por las calles conocidas. Pasaron por la avenida Hidalgo, giraron en prolongación Josefa Ortiz de Domínguez, y al llegar a la esquina de la casa de la tía Mimi en el barrio de San Diego, cerca de los canales, continuaron su camino. Cruzaron la calle de Pino rápida-

mente para comprobar si la taquería del papá de Paco estaba abierta, pero ya estaba cerrada. Doblando por la avenida Nuevo León, compraron refrescos y aperitivos en una tienda de abarrotes. Finalmente, tomaron la calle Dalia hasta llegar al atrio de la iglesia de San Cristóbal, donde el tío de César, Sergio, les tenía reservadas sillas para disfrutar del baile.

La música de “Los Yaguaru de Ángel Venegas”, “La Sonora Dinamita” y “El Internacional Carro Show” llenaba el aire, animando a la multitud a bailar sin parar. Pasadas las dos y media de la mañana, César decidió que era hora de regresar a casa para no preocupar a su madre. Se acercó a Paco, el más sensato del grupo, y le dijo:

—Hermano, me temo que debo irme. Mañana trabajo y necesito descansar. ¿Vienes conmigo? ¿Debemos avisar a los demás? ¿Crees que debería decirle algo a mi tío? —preguntó con preocupación.

—¡No, César! Hemos esperado tanto por este baile y ahora quieres irte. ¿Qué te pasa? ¿Andas tras alguna chica otra vez? Ya te he dicho que eso nunca trae nada bueno —respondió Paco con gesto serio—. Si fuera tú, simplemente me iría sin despedirme. Los chicos se enojarán si se entran. Déjame distraerlos.

—No hay ninguna chica, lo siento. Pero avísalos a todos por mí. Además, acompañéndolas hasta la puerta de sus casas, es una señal de caballerosidad que no podemos perder —indicó César antes de despedirse.

—Entendido, hermano. Ve con cuidado. Y no te quedes charlando con La Llorona, aunque sea muy guapa —bromeó Paco, riendo.

—No creas en esas tonterías, no creo en esas cosas —dijo César, deslizándose entre la multitud hacia la salida.

Caminó despacio por las calles, la neblina se densificaba y la lluvia había cesado. Mientras avanzaba por la avenida Dalia y doblando por la calle Nuevo León, los ladridos de los perros de una casa cercana lo sobresaltaron. Sin embargo, continuó su camino hacia casa, pensando en la broma que le habían gastado antes sobre La Pintada.

En la esquina de Pino, notó a una mujer cerca del puesto de periódicos de “Doña Cuquita”. Era hermosa, con una cara ovalada, ojos café profundos y una piel color caramelo. Su cabello negro se movía con la brisa. César se acercó a ella, preocupado al verla sola.

—Hola, ¿Cómo te llamas? ¿Qué haces aquí tan sola? ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con nerviosismo, buscando a su alrededor.

—Hola, soy Mictlancihuatl. Salí a caminar y me perdí. Eso me pasa a menudo, me desoriento fácilmente —respondió la mujer con un tono de voz peculiar.

—¿Sola? Eso es peligroso. ¿Hacia dónde te diriges? Puedo acompañarte siquieres —ofreció César, sintiendo un impulso de protección.

Caminaron juntos hacia el barrio de la Asunción por el callejón de Bodoquepa. César, sin embargo, se sintió incómodo al recordar las advertencias de sus amigos sobre La Pintada. Llegaron a la esquina de Pino y César se aseguró de que no hubiera tráfico antes de cruzar con Mictlancihuatl. Sin embargo, cuando se volvió para ayudarla a cruzar, ella había desaparecido.

Confundido y asustado, César continuó su camino apresurado por la calle de Violeta. Las palabras de sus amigos resonaban en su mente mientras llegaba a la casa de la tía Mimi. Pero ahí estaba de nuevo Mictlancihuatl, mirándolo con una expresión preocupada.

—Tranquilo, no te haré daño. Ve despacio —le dijo ella, mientras César la miraba con temor.

—¡Vete, déjame en paz! ¿Qué quieres de mí? —exclamó César, enojado y asustado. Corrió hacia su casa y la vio desaparecer ante sus ojos.

Al entrar a su casa, se quitó la chamarra y se sentó en el sillón de la sala, tratando de calmar sus nervios. Aquella noche no pudo dejar de pensar en Mictlancihuatl. La fiebre le subía constantemente, tenía alucinaciones y no dejaba de repetir:

—Me encontré con Mictlancihuatl, su nombre era Mictlancihuatl...

LA CASA DE HUÉSPEDES

Ana Laura Saavedra Villanueva

La casa de huéspedes “La Eterna” mantiene alejado a su cuidador del segundo piso. No le permite subir. Así es como ha ocultado su secreto por años. Su fachada abriga la única enredadera que da flores amarillas en varios kilómetros a la redonda en La Barca, Jalisco. El fresco de sus paredes ha hecho de su fortaleza un oasis atractivo para los futuros inquilinos que pasen por aquella zona del occidente de México. Ella es la única construcción que parece brillar en un poblado reducido a ruinas cubiertas de polvo.

El hosco Fermín es el encargado de cuidarla. Su presencia es tan enigmática que despierta la palabrería de los vecinos; los más pequeños protegen sus oídos cuando escuchan su andar descompasado en el umbral de la puerta. Algunos chiquillos intrépidos le han lanzado piedras desde lejos para provocar su ira y hacerle gritar amenazas que saben no cumplirá pues nunca pone un pie fuera de allí. Nadie sabe por qué. Algunas viejas perjurian que «está enamorado de la casa pues en ella vive el fantasma de su vieja novia»; otros agregan que «estar allí dentro lo mantiene vivo, pues tiene más de cien años». Las jóvenes bajan la vista y se persignan en silencio cuando su jornada las enfrenta con La Eterna. Las más viejas susurran entre las sombras que “ese lugar antes fue un cementerio” y aseguran “allí se hacían sacrificios humanos en asentamientos

prehispánicos". Ninguno en ese pueblo puede determinar cuándo fue construida, ni quién fue su dueño original, como tampoco ninguno de ellos se acerca al quicio de esa puerta.

A la casona, que se ubica a orillas del pueblo, le tiene sin cuidado lo que digan sobre Ella. Nunca presta atención al exterior, pone todo su empeño en el espacio que abarcan sus cuatro paredes. Hace años que funciona como un hostal para los viajeros desprevenidos. Los lugareños, hechos a las supersticiones de provincia, no ponen un pie allí. Algunos valientes que han llegado a atravesar su puerta se encuentran en un lugar encerrado, con un atractivo difícil de descifrar. Los adornos antiguos de la época de los Cristeros lucen como nuevos, pareciera un recorrido digno de museo, donde el espectador está dispuesto a pasar horas con tal de no perder detalle. El viejo Fermín sabe bien el efecto que causa esa habitación en quienes la observan. Guarda silencio mientras espera, hasta que extiende su mano con la llave del cuarto disponible. No le importa nada más; ni el tiempo de estancia ni el nombre del huésped. Él sabe que todos los inquilinos partirán en la oscuridad de la noche y dejarán su llave sobre el escritorio sin decir una palabra. Lo singular de esa costumbre dejó de inquietarlo hace mucho tiempo. A todos los ve llegar, a ninguno partir. «Saldrán de noche, pues siempre encuentra su llave en la recepción», se convenció a sí mismo hace mucho y dejó de preocuparse. Tan sólo se ocupa de mantener el brazo extendido durante el tiempo que haga falta, hasta que los huéspedes regresen del viaje mental y toman emocionados la llave con su número de habitación. Ellos, por lo general, no dicen nada. Se limitan a subir a su cuarto con una fascinación digna de un estado de trance.

Él había visto ese brillo en los ojos de los forasteros una y otra vez. Lo llamaba "el efecto" y sabía también que,

las noches en que los invitados se encontraban allí, debía permanecer con el radio encendido a un volumen elevado hasta el amanecer. Cualquier cosa que ayudara a no escuchar ningún ruido de la planta alta. Hace muchos años intentó subir a ver qué lo provocaba y fue la primera ocasión en que la casa se molestó con él, sacudió sus cimientos con estrépito y provocó que Fermín cayera por las escaleras. Se rompió el tobillo con el reborde de la única y enorme maceta que daba vida a una hiedra venenosa rebosante en tamaño y a la que él nunca había regado. La curiosidad le había costado una cojera ruidosa que le impedía pasar desapercibido.

Así transcurrían los días en aquel pueblo olvidado hasta que sucedió algo inusual en la rutina imperturbable del paisaje. Una desconocida caminó por las calles interesada en hablar con todos a su paso. La mujer —con sólo una libreta por equipaje— trató de averiguar todo cuanto pudo sobre La Eterna. Los habitantes encorvados tan sólo dijeron un par de palabras:

—No vaya a ese sitio. Seguro ha leído sobre ella en el internet, no crea nada de lo que dicen. Si quiere, puede pasar la noche en mi casa de ser necesario— le dijo una señora entrada en canas.

Pero la viajera estaba determinada. Ella guardaba un secreto que no confesó a nadie en el poblado. «No es la primera vez que me hospedo en La Eterna», pensó. Y, sin hacer caso de las expresiones de recelo en los rostros de los lugareños, caminó hasta la entrada sin dejar de sentir, a cada paso, cómo el exterior se perdía en un recuerdo lejano. Sabía lo que hacía y, aun así, decidió seguir adelante.

Todo se conservaba igual en ese espacio confinado. Excepto ella misma. Hace diez años visitó ese recinto siendo joven y fuerte, pero ahora era una vieja que se acercaba

al fin de sus días y no pensaba hacerlo sin antes conocer la verdad.

El olor a encino inundó sus pulmones y la transportó años atrás, a su primera estancia en La Eterna. Todo lo que recordaba estaba allí igual que hace años. El ambiente parecía encapsulado en una esfera de cristal que no permitía ni al polvo hacer acto de presencia. El quinqué de hierro fundido seguía sobre la mesa de cuero; los equipales en piel, listos para que se sentaran en ellos invitados inexistentes; el tapete de lana colorida y reluciente como si nunca nadie hubiera puesto sus pies sobre él. Allí estaba ella, pisándolo, aunque su presencia no causara efecto en el entorno. Pero lo que más le impresionó, hasta el punto en que tuvo que contener un pequeño grito, fue el rostro del cuidador que la veía con la misma mirada vacía, las arrugas, la mano fuerte que le tendía la llave de su habitación, el mismo pelo entrecano y grasoso, y aquel gruñido profundo que usó por toda comunicación hace diez años. A pesar de todo eso, por más que trató, no pudo recordar nada de lo que había vivido en ese lugar justo después de entrar en su cuarto en el segundo piso aquella primera vez hace años.

Tomó la llave de las manos del hombre e igual que antaño obtuvo por respuesta un gruñido cavernoso y hosco. Sabía que no le sacaría una palabra, así que antes de subir a su alcoba se sentó en la sala para repasar su plan, sin importarle la sorpresa que provocó en el cuidador. «No es lo que esperabas, ¿verdad?», pensó ella. Después notó que él miraba de forma intermitente a las paredes y el techo de la casa. Supuso que su actitud inesperada lo pondría nervioso. Lo que no sabía es que él buscaba alguna muestra de enojo en La Eterna. Pero nada pasó. Se dio cuenta que ella estaba ocupada escribiendo y no parecía interesada en ponérse a interactuar con los demás elementos del lugar, así

que él prefirió evadirse en sus viejas novelas de vaqueros, el único escape para su realidad confinada.

Fermín comenzó a sentir el transcurrir del reloj. El cansancio acumulado terminó por cerrar sus ojos en un tiempo inexistente para la vida de la casa. La noche oscureció las ventanas y unos ruidos amenazantes anunciaron una tormenta, lo que era por demás extraño en aquella época del año en todo Jalisco. Después de un sobresalto producto de un trueno que debió caer a unos cuantos metros de distancia, descubrió que ya no había rastro de la mujer. Supuso que habría subido a su dormitorio y un escalofrío recorrió su espina dorsal. «Es hora de encender el radio», pensó. Su vida pasada había quedado en el olvido. Ni él era capaz de asegurar cuánto tiempo llevaba dentro de esas paredes. Tras las ventanas sentía la tormenta lejana, a pesar de estar ocurriendo allí mismo y ante su vista. El tiempo disolvió las horas en un inclemente malestar interior. Los cimientos vibraron y Fermín estuvo seguro de que no era producto de los relámpagos en el cielo. Era “Ella”, «regocijándose con su recién llegada», pensó Fermín, al tiempo que suspiró pesaroso sin poder dormir debido a los crujidos indefinibles y el resplandor esporádico que provenía del piso superior. Ni el radio encendido logró aislar lo que se escuchaba allá arriba.

Un calor asfixiante producto de su nerviosismo no se separó de él hasta entrada la madrugada, momento en que un ensueño tranquilo se presentó para transportarlo a un escenario en el que podía respirar en libertad; se veía fuera de La Eterna, en una visión tan nubosa como irreal. En esas ocasiones le parecía probable que su vida había germinado allí mismo. La imagen fugaz se evaporó ante un despertar más inmediato de lo que hubiera deseado. Resignado, hizo su recorrido de costumbre por el primer piso donde todo lucía idéntico día tras día, pero en esta

ocasión se equivocaba. Para su desconcierto, cuando miró hacia la escalera, vio un objeto rectangular tirado en uno de los peldaños.

Dominado por una curiosidad excepcional, se sobresaltó cuando se vio parado en el segundo escalón, cojeando con dificultad para seguir adelante. De inmediato sintió arder las baldosas. Era “Ella” que las hacía hervir provocándole quemaduras terribles. Fermín se arrastró como pudo escalones arriba. A pesar de los dolores que sentía en cada peldaño que subía, siguió hasta tomar el objeto a mitad del camino; al hacerlo fue lanzado al primer piso, estrellándose una vez más contra la enorme maceta. Permaneció un rato perplejo hasta que un miedo creciente lo regresó a la realidad. No fue hasta que aminoró el dolor en su cuerpo que pudo llegar a su silla detrás de recepción. Allí miró con inquietud aquel objeto que le causó esa riña con La Eterna: era una libreta. Con una ansiedad creciente, la hojeó. Eran garabatos nada sofisticados para una escritura; se esforzó por examinarlos y descubrió que tenían cierto orden y eso dejaba fuera pensar en simples dibujos de niños.

Súbitamente se sintió sofocado. La Eterna estaba molesta y él notó cómo sus paredes se redujeron. No quería dejar de leer. Casi sin aliento escondió la libreta entre las tapas de uno de sus libros vaqueros con la intención de engañarla. Su idea surtió efecto y poco a poco pudo respirar con normalidad. Esperó hasta la llegada de la noche, pues era cuando estaba seguro de que “Ella” se ocupaba en otros asuntos; fue entonces que fingió leer su novela, pero en realidad se dispuso a descubrir por qué esa libreta había molestado tanto a la casa de huéspedes. La abrió en una página al azar. «Curioso, una especie de diario» pensó. Pues en ella se registraba lo que semejaban fechas en diferentes bloques de texto. La letra ilegible no hizo más que

interesarlo genuinamente en su contenido. Siguió pasando hojas llenas de ese intento de caligrafía hasta que encontró, después de la mitad de la libreta, una parte más clara que pudo leer sin esfuerzo.

Día 1

Comencé a escribir esto apenas crucé la puerta de La Eterna. Estoy convencida de que permanecerán legibles durante el tiempo suficiente para que puedas entenderlas. Llevo años pensando en cómo ordenar estas líneas. Mi nombre ya no importa, sólo espero que tú, que ahora lees, creas lo que me dispongo a relatar. Yo misma llevo mucho tiempo tratando de entender esta pesadilla. La evidencia que pesa sobre mí es suficiente para determinarme a intentarlo. Descifrar y esperar que alguien le ponga fin de una vez por todas.

No tengo claro cómo transcurre el tiempo dentro de estas paredes. La primera vez que estuve aquí fueron sólo tres días, pero al regresar a mi casa descubrí que habían pasado muchos años. ¡Yo era mayor! Mi rostro estaba lleno de arrugas que antes no existían. ¡Canas en mi cabello! Nadie me reconoció y yo estaba aterrorizada.

El tiempo sólo actuó sobre mí. No comprendo la razón. Afuera en el pueblo de La Barca toda la gente seguía igual. Y como ocurre a la fecha, nadie nunca quiere dar razones sobre esa casa de huéspedes y tan sólo aconsejan seguir adelante. No había nadie con quien pudiera hablar, lo que hizo que durante estos años mi existencia haya venido a menos. Ahora que siento que se acerca mi final... es que... no puedo morir sin descubrir qué fue lo que me

pasó en este sitio. No recuerdo nada de mi estancia pasada, por eso regresé después de diez años. De lo único que estoy segura es que entré y salí a los tres días; no como mi cuerpo lo atestiguó.

Confieso que tenía pánico de venir. Al llegar al pueblo me enteré de que la gente le llama a esta casa La Eterna pues están convencidos que ha estado aquí desde antes que todos ellos. Nadie comprende qué pasa dentro de esas paredes; sólo ve que los huéspedes la abandonan de noche, ocultos entre las sombras. Yo misma partí de noche aquella primera vez. Lo hice como autómata y no fue hasta llegar a casa que me di cuenta de todo. Estoy segura de que a los demás les pasó igual.

Esta libreta que ahora sostienes no siempre estuvo en mi posesión, ha tenido muchos dueños a lo largo de más de 100 años, al menos es de lo poco que puedo asegurar. Su estado es impecable, supongo que ella tuvo efecto sobre su condición durante el tiempo que estuvo dentro. Yo la descubrí en mi equipaje la primera vez que salí de aquí. No tengo recuerdo de cómo me hice con ella, pero ahora la traigo de regreso. No sufrió alteraciones desde entonces; al parecer no tiene el mismo impacto en las cosas que en las personas.

Mucha gente antes que yo ha escrito en sus páginas. Por alguna razón el tiempo convirtió su caligrafía en indescifrable. Yo misma escribí varias veces en ella durante estos años para ver qué pasaba. Y, aunque mi conciencia se niega a admitirlo, conforme pasaron los días ¡mis palabras se entrelazaron, sus formas se dislocaron! Se volvieron impronunciables salvo una que otra, con ayuda de la observación y la paciencia. Llevo diez años obsesionada y puedo decir que una palabra se repite en todas las hojas —«¡Detenla!»— es lo único que en todos estos años he

comprendido. Y es frustrante, pues sólo me deja más y más dudas. ¡¿A quién le habla toda esa gente?!

Pero hoy sé a quién claman las voces anteriores. Comprendo que siempre se han referido a ti que llevas años en esta construcción. En el pueblo escuché, casi por error, las habladurías que dicen sobre tu persona: que no hablas, que no sales, que parecieras inmortal pues nadie puede calcular tu edad. Tu vida antes de La Eterna se remonta más a una leyenda en la que no es posible asegurar nada. No comprendo tu relación con todo esto, pero ahora que te veo puedo asegurar que el tiempo no ha pasado por tu rostro. Deberías estar muerto y ¡ahora parezco más vieja que tú!

Voy a subir, por hoy he escrito demasiado, era necesario, pues no sé qué pase una vez que esté arriba, debía decirte todo esto antes de subir, a pesar de la angustia que te causó verme sentada durante todo este tiempo. No podía correr riesgos; me aferro a creer que cuando tengas esta libreta en tus manos mis palabras seguirán legibles. Ya encontraré una manera de dártela.

Por eso estoy aquí, otra vez, a pesar del miedo y con la certeza de que será la última.

Día 2

No puedo... ¡Es muy doloroso! Me costó salir al pasillo. No recuerdo más que haber entrado de noche, exhausta. La cama, nada después de eso. Desperté agotada, como si no hubiera dormido en absoluto. Mi determinación de investigar se disolvió en un sueño pesado del que no recuerdo nada. Hoy no pienso entrar a mi cuarto. ¡Sí! Me voy a quedar aquí... en el pasillo.

Día 3

Blanco y estrecho, aunque el rojo de su alfombra le da un toque siniestro. Este pasillo es más largo de lo que la vista calcula. Los otros cuartos están cerrados. Alcancé a ver que hoy entraba un huésped al del final del corredor. ¡No me escuchó! Por más que llamé su atención. Iba embrujado... Me pasó igual la primera vez.

Día 4

Esto es... mis palabras, me cuesta pensar; mis ideas, se nublan. Ayer, la noche ¡Lo vi! La Casa, la maldita crujía y la luz. La luz... destellos toda la noche. La habitación del final. Fui, intenté abrir, ¡de verdad! La manija hervía. Y yo seguí, seguí y por fin pude... ¡Ver en el cuarto! Mis ojos arden desde entonces... ¡La cama! El chico acostado... La cama se movía... como algo vivo. Lo vi, algo serpenteaba, lo cubría todo... Lo apretaba; él se convulsionaba, dormido, soñando. ¡Una enredadera! La desgraciada planta subía como enredadera. Lo asfixiaba completo. La Eterna, ¡Ella! Me cerró la puerta y caí de espaldas. Me arrastro desde entonces. No encuentro la salida. El rojo... pasillo rojo por todos lados. ¡Ella me quiere aquí! Escribo a escondidas: es la hierba.

No quiero ir a mi habitación y la salida... estoy segura de que estoy cerca.

Día 5

Estuve todo el día entre una mesa y la pared. Me cuesta caminar. Aunque mi mente está mejor... Llevo mucho

tiempo vigilando. ¡Se mueve! Lo que estaba no está. Y lo que llega permanece.

Y tú nunca has subido... ¿Le temes? ¿Por eso no caminas bien? ¿Te hizo algo igual que a mí? No has subido... no te he visto y yo tengo los ojos muy abiertos para no perderme nada.

Hoy me di cuenta de algo. Por las ventanas del pasillo entra una delgada, delicada rama de esa planta maldita... y recorre el techo casi imperceptible. Se interna cuidadosa en cada una de las habitaciones.

La casa, la hierba... no sé ¡¿quién da vida a quién?! Pero ya sé a quién se la quita. Hoy salió alguien de uno de los dormitorios. De madrugada, ¡lo vi! Yo no duermo, mis ojos desorbitados y el temblor en mi cuerpo no me dejan.... Iba como en trance. No escuchó mi llamado.

¡Pero Ella sí! Tiró todo a mi alrededor, un espejo cayó sobre mi pie, estoy sangrando desde entonces y mi sangre... Mi sangre toca la endemoniada alfombra roja y desaparece. ¡Se alimenta de mí y ya no lo tolero más! ¡¿Por qué no haces nada, condenado viejo?!

Día 6

Mi reflejo en este espejo roto me tiene aterrorizada.

Mi rostro parece el de una momia carcomida.

Ya no reconozco nada en esta imagen.

Y Ella no me va a dejar bajar de aquí.

Los demás entran y se marchan.

Nadie repará en mi presencia.

¡No voy a dejar que me consuma!

Tengo guardado un pedazo de espejo.

El triángulo más puntiagudo que encontré.

Ahora que sé su secreto ¡yo misma decidiré!

Yo misma pondré fin a mi vida sin darle ese gusto.

¡Voy a hacerlo! Tan pronto logre entregarte esta libreta.

Día 7

La Eterna hoy está descuidada. Este día debo aprovecharlo para darte la libreta.

Su perverso pasillo movedizo, me mostró la escalera y pienso lanzarla hasta ti.

Aunque sigo sin comprender: ¿qué te detiene de escapar de esta maldición?

Quizá estés en trance, y en ti el efecto sea mayor por tantos años aquí.

Seguro no sabes lo que pasa acá arriba, Ella no te deja subir.

Tengo esperanza de que la libreta llegue al primer piso.

Esto será lo último que escribo, es inútil tratar de huir.

No puedo mover mis piernas, nunca lo lograría.

Tan sólo escribir es demasiado doloroso.

Yo voy a ser quien decida mi muerte.

Me aferro a este trozo de espejo.

No me importa cuán lenta.

¡Quema a la maldita!

Cierra ya la puerta.

Solo tú puedes.

¡Detenla!

Fermín se llevó la mano a la frente un instante. Buscó, desgarró su memoria en vano: no pudo justificar por qué estaba allí después de tantos años. Y ahora tenía la certeza del secreto maldito que guardaba esa casa. Él estaba atado a Ella y no pudo recordar cómo o cuándo había sucedido. Por más que se esforzaba sintió una profunda desconexión entre su mente y su cuerpo. Puso su mano en su pecho, con un gesto inconsciente y, en el lugar donde alguna vez habitó un corazón, encontró una semilla que pulsaba y daba vida a una enorme enredadera que recorría su interior.

Con un gesto de frío desdén cerró la libreta y la arrojó a la oscuridad de un húmedo cajón olvidado.

Al menos esa es la historia que repiten las abuelas de La Barca, Jalisco, sobre la casa de huéspedes que alguna vez estuvo a orillas del río Lerma. Algunas aseguran que conocieron al viejo Fermín, las nuevas generaciones tan sólo se ríen incrédulas de esas viejas historias de ancianos. La verdad es que, si en estos tiempos alguno pregunta a un lugareño, bajará la mirada y negará con la cabeza como signo de superchería. Pero en cuánto uno aparte la mirada se persignará discreto susurrando palabras ininteligibles que aún hoy viajan a la deriva en el amplio llano de Jalisco.

UN PLATO CON SAL

Natalia Martínez Alcalde

—«Me sentí como hipnotizada por el croar repentino del sapo ése. Era verde con manchas negras y de ojos redondos y saltones. Feo como él solo, y pesado y gordo. Un globo esférico, hinchado, hasta parecía que en cualquier momento se podría elevar para irse flotando por los cielos. Abría y cerraba la boca como eructando, parecía señor de cantina: empachado de tanto comer y queriendo sacar los gases para desinflarse. Pobre sapo, qué criatura tan más fea. ¿No se le hace, Padre? De dónde se le fue a ocurrir a Dios crear a semejante monstruo. Es que me cae que Diosito fue bien creativo con esto de inventarse el universo, ni al artista más drogado se le hubiera ocurrido. No que Dios esté drogado, eh. ¡Ay, es que a veces hablo de más! Ya se me soltó la lengua. Lo que quiero decir es que las ranas y los sapos parecen extraterrestres. En fin, a lo que voy es que hubo algo que sí se me hizo bonito del sapo, y es que, por más gordo, el muy canijo se sostenería con gracia sobre su hoja de pantano. Me pregunté entonces si eso del peso era una ilusión. Para sostenerse tan a gusto sobre la hoja se tiene que ser liviano. Ve, Padre, cómo todo es relativo.

» Bueno, sí, tiene razón, me dice siempre que para Dios eso del relativismo no existe. ¿Qué? Que “a los tibios los vomitaré de mi boca”. ¿En dónde dice eso? ¡En el Apocalipsis! ¡Válgame! Yo no quiero que nadie me vomite de su

boca y, menos aún, Dios. No, Padre, no. No es que tenga la mala costumbre de justificar mis pecados; los acepto, me arrepiento y cumplo con la penitencia al pie de la letra.

» Sí, ya sé que me enrollo y usted no tiene todo el día.

» ¿Que 'ora qué hice? No lo escucho, está hablando muy bajito. Y yo bien fuerte, seguro que todos afuera del confesionario se enteran de mis habladurías, intentaré hablar bajito, así como usted.

» Lo que pasó es que ayer regresé a la casa por un camino diferente. Caminé por la calle Melchor Ocampo porque quería romper con la monotonía, pasearme un poquito más por otro lado, dar la vuelta. La verdad es que me está costando eso de llegar a la casa para encontrarme con que el Alfredo no está. Que sí, que ya sé que es un huevón y que el cabrón era un bueno para nada que no hacía más que chupar y pasarse el día echado. ¡Perdone mi inglés, Padre! Es que pienso en el pinche Alfredo y... ¡Ay!, que me hierva la sangre del enojo. Sí, ya sé que en la casa de Dios no se dicen groserías, le juro que no vuelve a pasar. El enojo es el que me obliga a decir cosas malas, no lo puedo controlar, son las ganas de venganza. Aparte de bueno para nada me fue a abandonar por la güera ésa de los jugos. Después de que le entregué mi vida, mi juventud. Me sacó bien chiquita de casa de mis papás. A mis quince años nos juntamos. ¡Quince, Padre! Yo ni siquiera sabía lo que era la madurez, ni sabía lo que era el sexo. Y él, con dieciocho, pues era más experimentado que yo. Me convenció de escaparme por la ventana y ahí voy a hacerle caso, enamorada y tonta. Por eso le dije a mi niña que ella tenía que estudiar y echarle ganas a la vida, ser independiente, porque cuando uno no estudia se come las promesas de tipos como el Alfredo que después resultan ser unos buenos para nada que ni ayudan con los niños, ni con dinero. ¡Vea, cómo me enojo! En fin,

le decía que ayer tomé yo otro camino a la casa para hacer más tiempo. Y, de repente, me topé con un letrero de luces rosas que decía: Santería y amarres. Otro letrero de lona explicaba los servicios, decía: “¿tiene usted inquietudes o preocupaciones? Solucionamos cualquier tipo de problema con seriedad y discreción. Somos especialistas en amarres de amor, santería, brujería y rituales de fertilidad”. Lo leí y una voz que ni era mía me dijo «entra» y, como la primera vez dudé en hacerle caso, me volvió a decir «entra, Josefa, entra». Yo creo que el que me tentó fue el mismísimo Diablo, Padre. ¿Y qué cree? Pues que le hice caso a la tentación y por eso estoy aquí hoy, confesándome y haciendo penitencia.

» Ay, Padre, no, no suspire así, que me da la angustia. Le juro que no fui yo, fue la tentación la que me llevó a entrar por esa puerta. Sí, en eso tiene razón, Padre, uno decide caer o no caer en la tentación. Yo caí redondita. Por mi culpa, por mi culpa, por mi grande culpa. ¡Lo reconozco! Bueno, pues, sigo. Era un lugar bien oscuro. Daba miedo. Al entrar pateé sin querer a un gato negro y, cuando el pobre animal se va corriendo, aparece la bruja. Si usted la viera, le da el infarto. Estaba toda vestida con trapos morados, un turbante de flores en la cabeza, y unas uñas tan largas que parecían garras. Le digo, hola, y me dice ella hola y me pregunta que por qué estoy ahí. Le digo yo la razón por la que fui a su establecimiento, que no era porque yo quisiera amarrar al Alfredo. Por más que la soledad me cueste, estoy más a gusto sin él. Lo que quiero es que a él, con su nueva pareja, no le vaya ni poquito bien; porque no es justo, después de que le di la vida entera y mi juventud, y a sus hijos que son míos y que yo crié y mantuve con el sudor de mi frente, y lo mantuve a él también y sus borrhacheras. ¿Entonces, se va con una más joven? ¡No! No lo quiero cerca, pero tampoco lo quiero ver contento. ¡Que sufra porque yo pasé las de Caín por su culpa!

» ¡Ya sé que desearle el mal a la gente es pecado! ¿Mortal, dice? Pero si sólo lo estoy pensando y ni le estoy haciendo nada. ¿Cómo va a ser mortal? Agrégueme el pecado a la lista, Padre. ¿Continúo? ¿Y más rápido? Sí, es que es usted tan paciente, un verdadero santo.

» La bruja primero me cobró doscientos pesos. Ya me conoce cómo soy, ahí voy yo a dárselos. Me dice, luego, que lo que yo ando pidiendo es magia negra y que ella la magia negra no la maneja porque eso les hace daño a todos, a la bruja, a quien lo pide y al que lo recibe. Me dice, “te propongo una alternativa”. Yo le digo, “¿Cuál alternativa?” Ya le había pagado, mínimo que haga algo, ¿no? Me dice, “un hechizo que te limpie por dentro de los enojos que te invaden, para que te olvides de ese hombre que tanto daño te ha hecho y vivas libre de las cadenas de su maltrato, seas una mujer independiente y completa, segura de sí misma incluso en la soledad”. Sonó todo bien bonito y le dije que sí, que esa idea me gustaba, ser una mujer independiente, sin enojos, ni rencores, sin odios, así como es mi hija la Reme que siguió al pie de la letra mis consejos de estudiar y trabajar para construirse un futuro próspero. Accedí y la bruja, sentada enfrente mío, cerró los ojos. Le temblaron los párpados y el foco que colgaba encima de nuestras cabezas empezó a repiquetear y a hacer ruidos. No sabe el miedo que sentí, Padre. Ella empezó a murmurar cosas que ni le entendía, como hablando en alemán. Me tomó de las manos, sus manos estaban heladas y yo me asusté. El foco se volvió más loco todavía y el gato rondaba como bailando por debajo de mi silla, por entre mis piernas y ella seguía murmurando en alemán, y a mí el corazón me latía a mil por hora. Entonces, Padre, ¡entonces! Un aire abre la ventana y apaga una vela negra que estaba al lado mío. ¡Pum! La bruja abre los ojos. Me ve, tranquila ella, y se ríe, el gato detiene su merodear y el foco ya se queda tranquilo. Yo pienso, ¿Qué chingados acaba de pasar? Y

ella se para al lado mío y me dice, ya está querida, esto fue más fácil de lo que creí. “¿Fácil!?", le pregunto, “¡casi me da el patatús!" Ella se ríe otra vez. Eres muy chistosa, Josefa, me dice. Prende un cerillo y enciende de nuevo la vela que se había apagado. “¿Cómo te sabes mi nombre?" Yo no se lo había dicho. Y ella se alza de hombros y que me asusto más, Padre, y me dice, “ya ves, las brujas lo sabemos todo”. ¡Dios santísimo redentor Jesucristo! ¿Dónde me fui a meter? ¿En casa del mismísimo demonio? No me diga eso, Padre, que ya traigo el corazón atorado aquí, en el pescuezo. Me dejó bien desubicada esa experiencia. Que a mí cosas de fantasmas me habían contado, pero nunca había vivido algo así tan drástico. ¿Y qué cree que pasó después? Ella me dice, viéndome con sus ojotes verdes bien pintados de negro: “llevas muchas vidas cargando con ese hombre, Josefa”. O sea, que yo he nacido muchas veces, y que en todas anda ahí el Alfredo de parásito viviendo a mi costa. ¡Imagínese usted la tortura! Nacer mil veces y todas las veces encontrarme con el pinche Alfredo. Pero la bruja me dijo de repente que es en esta vida en la que por fin me libero de la carga del barrigón. “¡Cortas, por fin, con el contrato kármico!", así dijo.

» ¿Está usted bien? Padre, no se enoje conmigo por favor. ¡No, no le creí! ¡De verdad, le juro por Dios que no le creí ni una palabra! Yo sé que jurar es pecado mortal, agrégue-me este pecadito a la lista. Sí, me sé el Credo de memoria, nadie reencarna en nadie y el único verbo es Jesús nuestro salvador. Sí, sí. Y después de la muerte viene el infierno o el cielo. ¿Y creer en estas cosas me puede mandar al infierno? ¡Ay no, ay no, ay no! ¡Mire que me asusta usted casi tanto como la bruja! No, perdón, no se crea. Lo que usted dice es cierto. Una disculpa, de corazón y con toda mi sinceridad, Padre.

» Pasaron más cosas. A ver, déjeme, organizo mis ideas

que ya me perdí. ¿En qué estaba? En el mentado contrato kármico. Le pregunté a la bruja que qué era eso y me dijo que mi alma y la del Alfredo se comprometieron en la otra dimensión a superar enseñanzas juntas. ¿Cómo ve? Todo bien fumado.

» Para terminar con la sesión, me dijo la bruja que apenas llegue a casa ponga en un plato hondo mucha sal y una foto del Alfredo cortada con tijeras de cocina por la mitad. La foto tenía que estar justo al centro del plato con sal y, luego, había que poner tres gotas de vinagre en los extremos del plato, formando un triángulo, no un cuadrado o un hectágono, no: un triángulo. Triángulo, tres puntos, como la divina trinidad. Sí, si esto de la brujería y la iglesia tiene su relación. ¡No, no era mi intención compararlos! Sólo digo que se parecen en cosillas, cosillas insignificantes. Que yo sé que la única verdad es la del Padre, la del Hijo y la del Espíritu Santo, que está bien escrita en la Biblia. Y los únicos que tienen licencia para interpretar las escrituras son los obispos de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Obispos y sacerdotes, sí, claro, tiene usted razón.

» Termino, sí, sí, ya termino. Llegué a la casa, Padre. Y le hice caso a la bruja, saqué de la repisa un platito de cerámica con florecitas en el borde, bien bonito, era de mi mamá. Y lo lleno de sal, tanta sal que se me acabó la sal del salero. ¡Hubiera visto, usted, el plato qué bonito se veía! Como arena blanca del mar de Cancún, que sólo he visto en fotos, pero algún día quisiera ir. ¡Uy! A cada rato me prometía el Alfredo llevarme, y vea, ni a Mazatlán me llevó el canijo. Pero, en fin, saqué la fotito individual de su cara que tenía guardada en la cartera y la corté a la mitad con las tijeras de cocina que son bien grandes. Y la puse encima de la arena de playa que no era arena de playa, era sal. Y cogí vinagre de manzana, era el que tenía ahí a la mano. Con muchísimo cuidado, Padre, tiré las tres gotas, una arriba,

otra al lado derecho y otra al izquierdo: ¡El triángulo! Acomodé el plato debajo de la cama y dormí, Padre, ¡Cómo dormí de bien! Un sueño tranquilo y tendido y profundo. Como hace mucho no dormía. Qué paz, Padre, qué sosiego. ¡Cuánta calma puede traer un plato con sal!

» ¡Remedios! ¡Niña! ¡Mi niña, estás aquí! ¡Qué gusto me da verte!».

Remedios, la hija de Josefa, estaba más pálida que la sal en el plato del que tanto habló su madre. El corazón le trepidó con tal fuerza que, en una tentativa por reconfitarse, se llevó la mano derecha al pecho. Todo va a estar bien, se dijo aquello más de diez veces. ¡Cuánto deseaba creerlo! Pero, después de meses sin una mínima mejora, su optimismo se había consumido. Josefa, a quien Remedios llamaba mamá o ma' de cariño, pasaba las horas del día izando soliloquios desvariados en los que se suponía encerrada por las cuatro paredes de madera de un confesionario, externando sus penas a un sacerdote imaginario.

—¡Remedios! ¡Niña! ¡Mi niña, estás aquí! ¡Qué gusto me da verte! —repitió la mujer y un chispazo de la Josefa cuerda se escapó en ese gritar emocionado. Así solía recibir cada una de las visitas de su hija, pero eso era antes; antes de que papá las abandonara y de que a mamá se le enmarañara el cerebro.

Remedios no respondió. Se giró sobre sus puntas para darle vueltas al monólogo enervado de mamá. Pensó en el sacerdote invisible, en la bruja de uñas largas, en el plato con sal... Como quien recuerda donde ha dejado lo extrañado, corrió a la habitación de su madre y se arrodilló a un lado de la cama para asomarse debajo de ella. Ahí estaba el plato de cerámica de la abuela, sobre él, una cama de sal y, arriba, la foto de su padre cortada en dos. El estómago se le anudó. Devolvió el plato al sitio en que lo encontró y volvió

al salón con mamá. Josefa habló:

—Hoy fui a confesarme. Me perdonó todos mis pecados. Todos. Quiero de cena dos tacos de sal. La sal es purificadora, me lo dijo la bruja. Ya no puedo ir a verla: es pecado —dejó caer la cabeza sobre el sofá y, cual bebé, se quedó dormida en menos de dos segundos. La hija, aún temblorosa por el estado delirante de su madre, la cubrió con una cobija de lana.

Se marchó Remedios, se adentró al bochorno de una noche nublada de verano. Con la prisa invadiéndole las piernas, atravesó las angostas calles de su pequeña Comala natal. Esquivó el ruido e ignoró a quienes la conocían. Llegó a su destino: la mentada calle Melchor Ocampo que mencionó su madre era un callejón empedrado e inclinado, con terrenos abandonados que se habían convertido en pantanos de hierbas puntiagudas habitados por sapos gordos. Anduvo despacio. Quería toparse con el letrero grande de letras rosas encendidas, dar parte, así, de que su madre no estaba tan loca y que la bruja, a diferencia del sacerdote confesor, existía. Prestando atención de espía a su alrededor, ignoró el repentino ladear de un perro amarrado a un árbol.

No halló la luz rosa anunciando a la bruja, no encontró nada de lo expuesto por Josefa. Dejó caer los hombros y, rendida, se sentó sobre una piedra gris. ¡Pinche locura!, ¡¿qué le has hecho a mi madre?!, se quejó.

Como invocado, un aire que se sintió sobrenatural le zarandeó el pelo. Un gato maulló. Remedios, con la piel de gallina, se giró para encontrarse con una lona que bailaba al son del viento y decía en letras grandes: “¿Tiene usted inquietudes o preocupaciones? Solucionamos cualquier tipo de problema con seriedad y discreción. Somos especialistas en amarres de amor, santería, brujería y rituales

de fertilidad". El sitio existía, sólo que la luz rosa de la que tanto había hablado mamá estaba apagada.

Se puso de pie y empujó con la yema de los dedos la puertecilla de latón. El rechinar despertó al gato negro que pegó un salto y se adentró en la casa de muros grises para anunciar a su dueña la llegada de un nuevo cliente.

—Remedios, hija de Josefa —habló la voz rasposa de una mujer desde la penumbra.

—¿Eres real? —preguntó Reme poniendo el pie derecho sobre el pavimento desnudo del local.

—Eso te corresponderá a ti decidirlo —respondió la voz.

DE DONDE SON LOS DIFUNTOS

Julio Aguilar

Doña Conchita había fallecido recientemente. Solo el pequeño José se había atrevido a entrar furtivamente en su casa. Los demás temían. La sola visión de la negra erizaba su piel, dejándolos paralizados como víctimas de un conjuro vudú. No sabían si era por su vestimenta o por sus numerosos collares. Doña Conchita, santera de carácter indescifrable, siempre vestía de blanco, con una pañoleta inmaculada cubriendo su cabello. Desde niña, Oyá Dina, dueña de los cementerios, la había elegido como hija, convirtiéndose en su protectora, bastón y corona que facilitaban su conexión con el reino de la muerte. Varios collares adornaban su cuello, destacando por su contraste: uno completamente blanco, obsequio de Obatalá, símbolo de sabiduría y luz; las cuentas amarillas de Oshún, representando riqueza; negro y rojo para Elegguá, la deidad de las encrucijadas, quien abre los caminos; y el collar marrón entregado por Oyá, su madre.

Cuando el niño se deslizó dentro de la casa, se encontró con la mirada de la santera, sentada en una butaca, fumando un enorme tabaco que le obligaba a mantener la boca entreabierta mientras exhalaba bocanadas de humo.

—Te estaba esperando —dijo ella. Lentamente fue hasta la cocina y le trajo al niño, aún de pie, un pozuelo con

dulce—. Son yemas dobles, sé que te gustan. Piensas que entraste por casualidad, pero Eleggua fue quien dirigió tu camino —añadió. El niño miraba el humo sin comprender.

—Nada sucede sin que ellos lo sepan —prosiguió—. El color negro está en tu destino: Ikú te persigue para llevarte, pero no dejaré que te tome. Eres la unión de la muerte con la vida, el negro y el rojo que se unen para abrir caminos. Pediré a Eleggua por ti: Omi tuto, Ana tuto, Tuto okan, Tuto laroye, Tuto elei —clamó la señora, echando chorritos de agua al suelo. El niño se apartó para no salpicarse los zapatos. Luego la negra, con el tabaco entre los dientes, continuó:

—Cosíeyo, cosi ku, cosi ano ni oruko mi gbogbo omonile fu kuikuo oducue, baba mi Elegguá —su voz retumbó con la furia de las deidades yorubas. El niño, que hasta ese momento había permanecido impávido, salió asustado hacia la calle, donde no había nadie.

Con el tiempo, el niño se volvió asiduo. Se escapaba de la escuela para visitar a la señora, impulsado por una curiosidad insaciable. Doña Conchita disfrutaba de esas consultas, que iban desde la adivinación con caracoles de Orula hasta la prescripción de remedios para el asma. Después de cada visita, las yemas dobles eran habituales, aderezadas con un chorrito de aguardiente. El pequeño disfrutaba escuchando los patakies, las historias de los santos Orishas, capaces de engendrar la humanidad en un pedazo de tierra con sus besos melifluos, portadores de sabiduría y cuerpos tan lascivos como la noche. Le hablaba de un mundo que convergía en dos planos distintos, pero de igual profundidad, solo que la capacidad mitificadora de uno superaba la vacuidad del otro.

—Joseíto, ya se está haciendo tarde, ve a tu casa, tus

padres se preocupan —decía ella al ver que se acercaba el atardecer.

En una ocasión, al llegar a casa, el niño se acostó sin pensar demasiado, cerró los ojos y tejió historias. Soñó con las fábulas de Doña Conchita. Yemayá se bañaba desnuda en un río, el olor a humedad y hojas en descomposición lo envolvía. Tenía una piel hermosa, negra, como la de su madre. Tres hombres pasaron y se fijaron en ella. Uno llevaba un ratón en el bolsillo; lo había visto cuando quiso salirse. Uno de los hombres se acercó tambaleante, con una botella de ron en la mano, y agarró a Yemayá del pelo, que todavía estaba mojado. La tiró al suelo. Ella lloraba mientras el hombre la golpeaba y la llamaba “¡Puta!”. Ahora el hombre estaba solo, parecía su padre. “Tiene el diablo dentro”, le dijo una voz. Yemayá se vistió. El río desapareció. Surgió el olor a violetas. Ella se acercó, le dio un beso en la frente y le dijo: “Regreso tarde”. Joseíto se despertó; todavía estaba oscuro, el cuarto lo iluminaba una luz verde que se había colado por la ventana. La miró nervioso, creía que estaba soñando. La luz se quedó quieta, fijada en el aire. Luego revoloteó sobre la cama, entre tumultuosos pensamientos.

—Es tu abuela —le dijo Doña Conchita al día siguiente—. Ella era quien te cuidaba; aunque haya muerto, se niega a dejarte. Debes poner un vaso de agua, una foto suya y encender una vela blanca, eso es todo lo que te pide para descansar en paz.

—Mi madre me ha prohibido venir —dijo el niño. Se fue corriendo sin esperar respuesta. La santera lo vio alejarse, vestido con el short rojo, la camisa blanca y los zapatos medio despegados. Apretó los ojos con fuerza para no llorar.

—Ay, mi Joseíto, el destino es la condena más grande que nos imponen, sea un castigo o una bendición, no hay

forma de cambiarlo. Todos los días le pediré a los santos que te ayuden.

En la noche siguiente, soñó con la luz que regresaba; esta vez era más grande, apenas podía mirarla. Se despertó. Miró a su alrededor, todo estaba oscuro. Por la mañana, observó un cocuyo ahogado dentro del vaso de agua.

“La Doña sólo necesita tres toques de bastón para coger al santo”, frase común en boca de aquellos que la han visto en trance. En ese estado supo que el padre del niño estaba borracho. Tuvo otra pelea con su mujer, y ella se fue de la casa. Se llevó a Joseíto, no sabemos a dónde. La Doña dio un primer toque de bastón en el suelo y susurró un cántico. Las energías fluyeron. El santo acudió. El padre, aturrido, observó la soledad de la habitación, torturado por el silencio. El segundo toque de bastón hizo temblar el suelo. El mundo espiritual desplazó al físico. Las energías ascendieron. El santo comenzó a hablar. La soledad fue un buen pretexto para morir. No le quedó nada. Fue hasta el armario y tomó una soga. La Doña rompió el mundo material con el tercer toque del bastón. El santo la poseyó. Respiró guturalmente con los ojos en blanco. La viga sostenía firmemente la soga fuertemente anudada; en el extremo, el padre se balanceaba. Su cuello estaba negro y su cabeza hinchada por la asfixia. Doña Conchita entró en trance y pronunció palabras que nadie entendió. Gritó como si un dolor le desgarrara las entrañas. Quienes la observaban, asustados, trataron por todos los medios de quitarle la soga. Cuando volvió en sí, no paraba de llorar. La acosaron en su cama, donde permaneció tres días.

Al día siguiente, la policía bajó el cuerpo del ahorcado.

Tuvieron que avisarles a la mujer y al niño.

—Mi madre no quiere que venga, pero me escapé y vine.

—Te voy a hacer un resguardo, Joseíto, te han pasado cosas malas —le dijo la santera unos días después—. Los santos te van a proteger.

Ella tomó un pedazo de seda y envolvió nueve dientes de ajo, una ramita de perejil y otra de tomillo, rociándolas con agua bendita. Repitieron juntos: “Con este resguardo en nombre de mi Ángel de la Guarda me libraré de enemigos, de todos aquellos que me quieran dañar, y me traerá salud y suerte”.

—Dice que no la deja dormir, llora mucho —añadió el niño. Recogió el amuleto de las manos de la Doña y lo guardó en el bolsillo.

—Él la está atormentando, el muerto, tu padre —el niño no despegaba la vista del suelo.

—Ella llora mucho y se va todas las noches —insistió el pequeño. Recordó el olor a violetas, la frescura de su piel negra, cada día más marchita.

—Toma esta vela y enciéndela en la cocina —le dijo Doña Conchita—. Hazlo esta noche, cuando ella no esté. Llena cuatro vasos con agua y ponlos en cada esquina de la casa, con una cucharada de sal. Camina desde la cocina hasta la puerta de enfrente con la vela encendida y unas ramas de salvia. Parte las ramas afuera de tu casa y písalas con el pie izquierdo. Siempre pide a Eleggua.

—Cómetelo todo, Joseíto, ¿ves? Cumplí mi promesa de darte algo rico de comer —le dijo la madre antes de salir.

El niño desmenuzó el pollo frito y lo acompañó con el congri.

—Todavía estás triste, ¿verdad? Mi novio quiere conoerte, pero no quiero que te vea triste cuando venga. Él es bueno, tiene mucho dinero y me dijo que nos llevará de aquí.

El niño terminó de comer sin apetito. Salió a la calle y se sentó en una acera.

Los días pasaron con un dejo persistente de tristeza y en la garganta de José se instaló el sabor enfermizo de la fiebre. En una esquina del cuarto, junto a una foto, había una vela sin encender.

—Lleva una semana con fiebre, no come y tose mucho —le explicó la madre a su hombre. Este, sentado en una butaca en la sala, parecía desinteresado. Se acomodaba la panza y tenía un aire desdeñoso de extranjero, con una cadena gruesa de oro.

—¿Y qué quieres que haga? No soy médico.

—Si mañana sigue así, tendré que llevarlo...

Esa noche, Joseíto, entre delirios, tuvo un sueño: estaba en la cama, adormilado. Una luz verdeazul entró por la ventana, revoloteó por el cuarto y se posó sobre él. Intentó tocarla, pero se fue alejando hasta salir por donde había entrado. La siguió hasta un monte de matojos y árboles espinosos; la luz fue perdiendo brillo hasta ser una sombra, una persona vestida completamente de negro. Caminaron juntos, atravesando la maleza, y ganaron terreno en el

monte. Donde pasaban, las flores reverdecían y morían en un ciclo interminable. Avanzaron un tiempo indeterminado hasta llegar a la Frontera de los Dos Mundos. Un olor a colonia de violetas se arremolinó a su espalda y lo tocó en el hombro. Miró hacia atrás y vio a una mujer hermosa como Yemayá, diciéndole adiós con la mano.

LOS DUENDES DE LA HIGUERA

Harol Gastelú Palomino

Papá trajo varios tallos de higuera y los puso en un balde con agua. Cuando brotaron las raíces, los sembró en las esquinas del patio. Sólo prendió uno, el que estaba en el fondo del jardín. Mis hermanas y yo regábamos todos los días a la plantita que empezaba a crecer con brío. El tallo se hizo robusto, se extendió y las ramas se llenaron de unas hojas fuertes y ásperas al tacto.

El jardín era amplio, estaba lleno de árboles y arbustos. Había un inmenso palto que nunca dio frutos, papá decía que porque era macho. Para lo único que sirvió fue para colgar un columpio. También había platanales que crecían como la mala hierba y cuyos frutos papá cuidaba y repartía después de hacerlas madurar.

En esa época el barrio no contaba con luz eléctrica y nos alumbrábamos con velas y mechero a kerosene. Mamá planchaba nuestras ropas con un planchador a carbón que a nosotros nos gustaba prender. Cocinaba con leña, pues esta abundaba en el jardín y papá siempre estaba podando los árboles, juntando las ramas y hojas.

El patio era nuestro lugar de juego, no sólo de mis hermanas y mí, sino también de mis amigos. Tenía tres: Viejo, Pelusa y Lube. A veces también venían las hermanas

China y Cleopatra. Esta última y Viejo eran los mayores, tendrían once o doce años. Mis hermanas tenían sus propias amigas.

La higuera empezó a dar frutos que nosotros arrancábamos a pesar de que papá nos advertía que esperáramos a que maduraran. A nosotros nos parecía una eternidad esperar. Los pájaros nos disputaban los frutos maduros, y por eso siempre estábamos pendientes de la higuera.

Mamá empleaba las hojas de la higuera para endulzar los picarones que preparaba. A veces trepábamos y quebrábamos una rama y papá se molestaba mientras trataba de reparar el estropicio con una soguilla y una tablilla. Si no había más remedio, cortaba la rama, la remojaba y la sembraba cuando las raíces se asomaban, pero no prendían.

—Parece que la vieja higuera fuese celosa —decía papá—, seguro por eso no deja que crezca otra. Le tenía aprecio a la higuera. Le echaba guano de los conejos que criábamos, siempre estaba removiendo la tierra a su alrededor para que absorbiera mejor el agua.

Una noche, mi hermana Mariana despertó gritando. Contó que sintió que alguien la acariciaba y le mordía las orejas. Cuando abrió los ojos, vio a un enano saltar de su cama y escapar a toda velocidad.

—Era un duende —afirmó.

—Debe de haber sido un mal sueño —dijo mamá—, pues los duendes no existen.

—Dicen que los duendes viven en las higueras —dijo Carolina, nuestra hermana mayor. Tendría catorce o quince años.

Papá escuchaba serio. Él había visto las huellas de un

condenado que salió de su tumba tres días después de haber sido enterrado, también se cruzó con un fantasma cuando era niño y, por si fuera poco, tuvo una tía que era bruja.

—A mí se me quedó lo del duende que vivía en la higuera —dijo.

—Debe tener su cueva debajo de la planta —dijo Viejo.

—Cavemos —sugirió Lube.

—Qué hacemos si los encontramos? —preguntó Pelusa.

Eso es lo que no sabíamos. Nos pusimos a cavar aprovechando que papá no estaba. Lo único que encontramos fueron las galerías de las hormigas.

—Es que los duendes no existen —afirmó China.

—Sí existen —la refutó Cleopatra.

Estábamos jugando en el patio. Era de noche. Empezamos a contarnos historias de fantasmas, brujas, almas. A veces terminaba cansado de trepar los árboles y corretear, me echaba en mi cama y me dormía al instante.

Una noche, o quizás de madrugada, desperté. O más bien unas voces me despertaron. Escuché que me llamaban. Todavía soñoliento, fui al patio donde, supuse, estaban jugando mis amigos. La casa estaba en silencio. Seguro mis padres y hermanas estaban ocupados en sus cosas, pues, ¿por qué no me habrían llamado cuando me buscaron mis amigos?

Era una noche de luna llena y el patio estaba iluminado como si fuese de día, aunque las sombras de las plantas dibujaban figuras extrañas. Las voces y risas provenían del lado de la higuera. Hacia allí me dirigí.

Me quedé paralizado al ver el espectáculo: alrededor de la higuera unos niños giraban tomados de las manos. Bailaban, cantaban y reían. Lo que me parecía extraño era que eran chiquitos, más o menos del tamaño de una regla de treinta centímetros. Todos vestían ropas en tonalidades de marrón y algunas de las vestimentas se notaban muy viejas.

Me pregunté si estaba soñando. Uno de ellos volteó y me miró. Se acercó, metió la mano a su bolsillo, sacó un higo y le dio un mordisco, y luego me lo ofreció. Dijo algo que no entendí. Cuando recién miré su rostro, no podía creer lo que veía: era horrible. Parecía un viejo de cien años. La mano que sostenía el higo era huesuda y tenía las uñas largas y sucias.

Yo iba a tomar el fruto cuando, de pronto, un perro ladró en la calle; reaccioné y lancé un grito. Después me desmayé, seguramente, pues desperté en mi cama, rodeado de mis padres y hermanas. Entonces les conté lo que me había pasado.

Papá, con el dolor de su corazón, cortó la higuera y la convirtió en leña.

EL COME MUERTOS

Fausto Ramos

Los curiosos llegan al reclusorio de Guayaquil, en la ciudad se ha regado la noticia de que han atrapado al “Come muertos”, un profanador de tumbas de quien se dice que, inclusive, mantuvo relaciones con sus víctimas. Todos se arremolinan para pagar al celador de turno y observar al monstruo, una aberración de la humanidad que sólo pare la Tierra una vez por siglo.

Lo contemplan con temor, esperando que súbitamente escape de su letargo y atrape la mano o el brazo de algún cordero imprudente, que dé cuenta de él, para solaz del público. Pese a las advertencias del celador, le arrojan huesos de pollo o de res y hasta trozos de carne cruda, confundiéndolo con otro peligroso recluso que también se encontraba en la penitenciaría, Nico Tiberio, un antropófago que había arrancado con sus dientes, pedazos de carne de su esposa e hijo. Pero el “Come muertos” los mira indiferente, con una sonrisa vacía, insulsa, como si estuviera en un lugar distante, enajenado del vodevil mediático que se ha formado a su alrededor.

Todo comenzó cierta noche en la que, aburridos de

nuestras correrías habituales, decidimos hacer algo diferente y nos animamos a entrar al cementerio de madrugada. Llevamos dos botellas de aguardiente en el cuerpo y ya envalentonados quisimos demostrar que ni los muertos nos asustan.

Entre risas quedas rodeamos el cerro del Carmen hasta llegar al Cementerio General de Guayaquil, trasponemos el muro y colocados uno tras de otro formando una especie de gusano, avanzamos entre las lugubres tumbas, apenas iluminados por una lámpara de mechero y el débil fulgor de la luna. Estamos mi hermano menor Jacinto, Miguel Santos, un amigo de infancia del barrio El Bajo, y yo, Víctor González, panadero de oficio. Todos libadores consuetudinarios y libertinos. Ya adentro, sentados sobre una lápida, comenzamos a burlarnos de las leyendas con las que nos metían miedo en la casa. Me recordaba a los libros de terror que me gustaba leer cuando estudiaba en el colegio, antes de conseguir trabajo para ayudar en la casa.

—¿Y ahora ñañito, si se nos cruza la dama tapada o un alma en pena? —Decía Jacinto algo intimidado.

—No seas cobarde, los muertos bien muertos están. Mejor sirve otra rondita de cantaclaro antes que nos agarre la madrugada —le digo para tranquilizarnos y procuro que el licor tiemple mis palabras.

Bromas van y vienen hasta que de pronto escuchamos entre el crujir de los arbustos unos pasos que se acercaban. Nos escondemos dentro de los nichos más cercanos y guardamos silencio. Miramos una luz anaranjada que parece venir en nuestra dirección y estoy a punto de gritar, mi corazón palpita al sentirme atrapado, pero me controlo y callo. La luz, cada vez más próxima, proyecta una sombra sobre nosotros, cuando nos percatamos que es el sepulturero. Emite un sonido grave, agónico, imaginando que soy

un cadáver ofendido por el intruso; para mi deleite escucho cómo se suman Jacinto y Miguel a mis desgarradores lamentos. El sepulturero alumbría hacia los nichos de donde provienen los extraños sonidos, pero cuando aparecen dedos resbalando como gusanos silenciosos por los bordes, no lo piensa dos veces y escapa tirando su lámpara, maldiciendo.

Entre carcajadas continuamos festejando la ocurrencia, hasta que se nos acaba el aguardiente mientras los primeros rayos del alba nos arrojan al nuevo día. Atraídos por ese extraño placer de lo oculto, comenzamos a hacer regulares nuestras juergas en el camposanto. Nos enteramos que el sepulturero ha regado la noticia de que en el Cementerio General de Guayaquil rondan almas en pena, provocando un halo de misterio. Ahora nos sentimos a nuestras anchas, pues sabemos que nadie tendrá el aplomo de averiguar la verdad.

Cada vez nuestras reuniones se vuelven más oscuras e impredecibles, nos deleita sentir cómo nos regodeamos con la muerte. Por las noches bailamos con aquella musa sombría a la que todos temen. Nos burlamos de todos esos pacatos que se acuestan temprano, rezando para que ella no se aparezca, esperando que no se los lleve entre sus garras.

Es de noche y otra vez fraguamos un plan, estando seguros que siempre recordarán esta escalofriante historia de terror que desatamos en Guayaquil. Con las velas inservibles de un viejo bergante anclado en el puerto confeccionamos unas sayas y del basurero del cementerio rescatamos algunas osamentas y un ataúd maltrecho de maderas podridas. Me meto dentro del ataúd astillado, sostengo un par de cirios rojos y, mientras mis dos amigos lo cargan por las asas, rezamos el Padre Nuestro con voz grave y mo-

nótona hasta convertirlo en una jaculatoria siniestra. Por fuera del ataúd sobresalen dos extremidades huesudas y a nuestro andar el aire se torna extrañamente mefítico. Los pobres trasnochados que se atraviesan a nuestro paso se santiguan huyendo despavoridos y sin rumbo. Apegados al libreto, caminamos unas tres cuadras rodeando el cerro. Regresamos al campo santo hasta perdernos en su lúgubre oscuridad. Entre sarcasmos y burlas nos reímos por todos los “espantados” que se nos cruzaron esta noche, hasta que el amanecer nos recuerda otra vez que somos mortales.

La rutina de siempre, esperar a Mariana salir de la Catedral, luego de misa de seis, acompañada por su chaperona, una mulata regordeta de rostro sereno que nunca la deja sola.

La miro agazapado detrás de alguna ceiba, sentado con disimulo en una banca, mirando con detalle su bello porte y delicadas facciones. Hasta que un coche se detiene y se embarcan de retorno hacia la mansión de sus padres.

Me imagino, vestido con traje de sastre y sombrero tostado, caminando orgulloso de su mano conversando sobre nuestro futuro. Despierto de mi letargo cuando el coche se aleja y corro aprisa hasta la panadería donde seguramente el dueño, don Abir, el árabe, me estará insultando en su lengua sarracena, esperando que llegue con las canastas vacías de las entregas en las tiendas cercanas.

—¿Víctor, muchacho, otra vez de quedaste dormido o qué? —Grita el árabe, reprendiéndome.

—Don Abir, haber mucho bache y hasta llegar a la tienda de don Aldaz, hacerme muy tarde.

—Que bache ni ocho quartos, tú ser haragán muchacho, cosa muy mala. Debes gomponerte, sino vamos a botar de trabajo —amenaza.

Por ese entonces corren rumores que el trigo importado y otras materias primas subirán de precio, por lo que se esperaba un encarecimiento de todo, a causa de la crisis económica debido a la Gran Guerra, según explicaban los entendidos. Así, una mañana luego de entregar el pan, don Abir me dio la noticia:

—Víctor, muchacho, trigo garo y ban barato, no puedo tener mucho personal. Tú no buen trabajador, tu largarte.

Insulto al viejo avaro y salgo a beber fiado para calmar la ansiedad que me consume las entrañas. Luego, como gallinazos atraídos por el olor, aparecen en el camposanto mi hermano y Miguel. Jacinto viene de su trabajo diario de albañilería y Miguel, de tanto frecuentar el cementerio, consiguió trabajo reemplazando al viejo sepulturero, quien ya no podía más con los nervios y prefirió retirarse. Ahora Miguel es el anfitrión de nuestras extrañas veladas.

Les cuento que el avaro de don Abir me había despedido, puto al viejo tacaño y reclamo que deberíamos organizarnos, ser más unidos entre los empleados para que no se nos bote a la calle como perros. Unas copas más y por alguna torpe sensiblería intento confesarles que estoy enamorado de la mujer más hermosa de Guayaquil, pero por temor a sus burlas mejor me callo. En su lugar les propongo que asustemos a los giles que merodean por el cementerio antes que amanezca.

Bajo los efluvios del aguardiente, se me ocurre una idea. Les pido a mis compinches que vayamos a los nichos de la gente rica de la ciudad, donde abundan los mausoleos de personajes históricos del Ecuador, desde la Independencia

hasta la Época Republicana. Busco algún nicho reciente, rompo la tapa de yeso con una barra. Sacamos el ataúd y en el suelo fuerzo el candado, adentro miro a un hombre elegante de mediana edad. El calor infernal le ha hinchado el rostro y el hedor de la carne en putrefacción ha convocado a los primeros gusanos al festín macabro. De pronto el difunto abre los ojos rabiosos e inyectados en sangre.

—¿Qué haces Víctor?, deja mis restos en paz —reclama el cadáver.

—¡Ya estás muerto, aléjate!

—¡Víctor! ¡Víctor! ¿Qué te pasa? —Reclaman Jacinto y Miguel sacudiéndome y trayéndome de nuevo a la conciencia —estabas hablando solo. ¡Creo que debes dejar esta pendejada ahora mismo, una cosa es chupar en el cementerio, pero otra es profanar tumbas!

—No sean cobardes —digo con determinación, mientras comienzo a desvestir al difunto imaginando que es un monigote, asimilando que sus reclamos son un artificio de mi mente. Le paso los zapatos de charol, el saco, la camisa, el pantalón y el reloj de bolsillo a las manos temblorosas de mi hermano. Cuando termino, noto que ha manchado sus pantalones, mientras Miguel luce pálido como una vela.

—¡Apuren maricones! —Grito—, dejen el miedo chucha y ayúdenme a meter el ataúd de nuevo al nicho. Y con las posesiones del difunto los primeros rayos del sol parecen lacerarnos por nuestra afrenta.

Al día siguiente, con el traje bien planchado y almidonado, me dirijo a una joyería a vender el reloj de bolsillo, los anillos y la cadena de oro del difunto. El joyero, Adolfo Vinueza, revisa el kilataje de las joyas:

—¿Son de buena ley? ¿Cuánto quieres por ellas?

Sin idea de su costo, explico:

—Señor, mis negocios no andan bien con la situación del país, ando corto de efectivo caballero. Son costosas, lo sé, para mí tienen un gran valor sentimental, porque son una herencia familiar. Pero dejo que usted les ponga un precio, confiando en su buena fe.

El viejo calvo y de bigote espeso se saca su monóculo, observándome de arriba abajo, como si yo fuera parte del botín, negocia:

—Muchacho, te ofrezco ochenta sucres y no haré preguntas sobre el origen de tu “herencia” —dice el muy infame, mostrando un par de piezas dentales de oro que acrecientan su cinismo. Acepto sin regatear, al fin y al cabo, es mi primera venta y necesito el dinero.

Ese día llego a casa con un vestido nuevo para mi madre, ropa de bebé para mi cuñada con siete meses de embarazo, una camisa para mi hermano y algo de comida. Mi madre pregunta por el terno y el dinero, le digo que lo he comprado con unos sucres que el bueno de don Abir me obsequió por mi despido. Ahora sé que en adelante me vestiré así, para atraer más prosperidad a nuestra miserable existencia.

Cuando todo es fiesta y algarabía miramos a Jacinto consternado. Para animarlo, le muestro la camisa nueva, la que estruja con desgano y murmura:

—Me echaron del trabajo. Dicen que no pueden mantener a mucho personal y sólo se quedaron con los más antiguos.

Le pongo la mano al hombro y le digo:

—Tranquilo. Pronto se arreglará todo esto —se levanta iracundo y reclama airado:

—¿Cómo vamos a hacer eso?, ¿con tus muertitos?

—¿De qué habla tu hermano? —masculla mamá.

—No se meta en esto madre —le increpo, y llevo a Jacinto fuera de la casa.

—¡Cojudo! Este momento no tenemos trabajo ni tú ni yo. ¿Qué prefieres? ¿Comer de los muertos hasta que consigas empleo o ver morir de hambre a mamá y a tu mujer embarazada? —Jacinto me mira a los ojos y comprendo que está conmigo.

Llegamos a la casa, reunimos a nuestra madre y a María, mi cuñada. Les explicamos cómo nos ganaremos la vida y que sólo lo haremos hasta que alguien consiga trabajo nuevamente. Mi madre se acerca a mí impasible y me da una fuerte bofetada. Mientras me toca la mejilla, ella con tristeza se acerca y me abraza apoyando su cabeza en mi pecho, llorando amargamente. Más desahogada, mi madre accede y ofrece ayudarnos a lavar y planchar la ropa de los difuntos mientras María nos ayudará a venderla.

Al día siguiente salimos a negociar con Miguel Santos, el sepulturero y compinche de correrías, quien al escuchar sobre nuestro raro negocio exige una comisión por cada tumba y que, por supuesto, él nos indicará los mejores botines del cementerio. Comenzamos esa misma noche, al dar el reloj de la catedral las doce campanadas y luego de haberme empinado casi media botella de aguardiente para agarrar valor, seguimos a Miguel para que nos dirija a la tumba elegida. Mientras caminamos miro levantarse una procesión de espectros, todos murmuraron entre ellos.

—¡Miren... el Come muertos! ¡El Come muertos!

Entre el grupo distingo uno, inconfundible, viste sólo unos calzones largos y parduzcos. Es alto, seco como un

fiambre verdoso, de su cuenca pende un ojo, sobresaliendo un orificio oscuro lleno de gusanos. Lo reconozco, es el primer cadáver que profané y reclama su traje.

—¡Devuélveme mi terno, Come muertos! —Reclama, mientras el resto del cortejo macabro le hacen coro y repiten— ¡Come muertos, Come muertos!

—¡Váyanse a sus tumbas, malditos! ¡Déjenme tranquilo! —Grito, mientras forcejeo con los que me tironean del borde del saco.

—¿Te sientes bien Víctor? ¿Qué mierda te pasa? —Reclama Jacinto, trayéndome de nuevo al cementerio desangelado. Les sonrío y digo:

—No me hagan caso, sólo estoy un poco borracho, hagamos el trabajo de una vez.

Cuando abrimos el ataúd se me salen los ojos con desmesura al advertir que el difunto es el joyero Adolfo Vinueza, el que me estafó en mi primera venta. Recuerdo sus calzas de oro y las desprendo complacido de su boca sulfurosa con un alicate. El traje que lleva puesto luce muy gastado, lo que me da a entender que hubo prisa por enterrar al difunto o tal vez la familia del finado tenía la misma tacañería de su patriarca. En todo caso, el resto de la noche no fue tan despreciable: tres tumbas y un par de ellas nos proveyeron de ropa fina, carteras, billeteras, zapatos, un par de aretes y dos mancuernas de oro.

Ahora visto traje sastre y acudo a misa en la Catedral, más por temas del corazón que del alma. Al salir de la iglesia venzo mis miedos y me acerco a Mariana.

—Bella dama, mi nombre es Víctor González, he quedado prendado de su belleza y quisiera que acepte mi invitación a conversar para conocernos mejor —para ser ho-

nesto quedo impresionado de mi verborrea empalagosa y educada.

Ella sonríe tímidamente y cuando intenta responderme, su chaperona reprocha su actitud licenciosa y tironea de su mano hasta alejarla de mí. Después varios días de tratar de conversar con Mariana, Julia cede y nos permite conversar por las calles circundantes al parque Seminario. Imagino que la vieja nona mira en mí a un muchacho de buenas intenciones y en Mariana, los efluvios del primer amor. Le cuento a mi Mariana que trabajo en un negocio de exequias fúnebres y que no me puedo quejar, con todas las enfermedades tropicales que asolan a Guayaquil, siempre tengo clientela asegurada. La miro sonreír y el bálsamo de su vaporosa silueta ahuyenta los muertos que se solazan en mis pesadillas.

Mientras en la comisaría, el comandante de policía Manuel Carbo recibe las denuncias de un acaudalado caballero, el cual declaró que en la joyería Vinuez se encontraba un anillo que obsequió a su primogénito, fallecido meses atrás. A su vez, una noble dama de la aristocracia guayaquileña descubrió que el vestido con el que enterraron a su hija, se encontraba en exhibición en el mostrador de una sastrería. Los dos demandantes aseguran que se tratan de prendas de sus parientes fallecidos, por las inequívocas marcas que contenían dichas pertenencias.

Las denuncias levantadas motivan la exhumación de los restos de los difuntos frente a sus familiares, provocando que más de uno de ellos se desmayara, se comprueba que los cadáveres se encuentran despojados de sus pertenencias. El comandante Manuel Carbo llama a interrogatorio a Mi-

guel Santos, pero él menciona que durante sus horarios de ronda jamás ha advertido algo anormal en el cementerio.

La policía indaga por las casas aledañas, escuchando las historias más inverosímiles: ruidos de ultratumba y luces azuladas que flotan en el camposanto, hasta un cortejo de fantasmas que marchan en procesión todas las noches. El comandante, para salir de dudas, ordena montar guardia a varios gendarmes en el Cementerio General de Guayaquil.

Paseo con Mariana por el parque Seminario seguidos por Julia. Aprovechando que la chaperona está con la boca abierta contemplando trepar a las iguanas a un enorme almendro, tomo de la mano a Mariana y corro con ella a toda prisa ignorando los gritos de la nona. En un apartado la beso, ella me corresponde y deposito una cajita de terciopelo rojo en sus manos. Le doy otro beso, corto, esquivando el manotazo que la nona quiere propinarme por mi atrevimiento.

Mientras miro a Mariana alejarse, la imagino abriendo la cajita y flotando por el aire libre como una golondrina. Confesándole a su madre que un próspero empresario le ha propuesto matrimonio y deslumbrándole con el fino anillo de compromiso, una fina joya de oro engarzada en diamantes. Las dos en complicidad irán a conversar con su padre, José Vivanco, y el adinerado comerciante a regañadientes escuchará los ruegos de su esposa y exigirá que el pretendiente se presente a la familia.

Llega el día esperado por Mariana (no por mí). Le he dicho que soy huérfano y que me he levantado desde abajo trabajando de sol a sol (cuando en realidad lo hago de no-

che a noche). Iré vestido con un fino traje de casimir, reloj de plata en la faltriquera, camisa blanca almidonada con los puños abrochados con mancuernas de oro. Quiero dar la mejor imagen a mis futuros suegros. Y una vez que me acepten, aunque luego sepan mi verdadero origen, ya no podrán hacer nada para separarnos. Argumentaré a don José Vivanco que un terrible siniestro acabó con mi negocio y mi suegro, comprensivo como ninguno, me pueda extender un préstamo para darle una vida digna a su hija y sus nietos. Después, cuando ya me encuentre económicamente estable, es posible que les cuente de mi madre y mi hermano..., pero esa será otra historia.

Al llegar a su casa Mariana me recibe con un beso casto, tomando mi mano me presenta a toda su noble parentela: el tío diplomático, la tía que vive en el extranjero pero que se encuentra de vacaciones en el país, el primo hacendado, el tío exportador y así una larga lista de casi treinta invitados. Les explico que soy un próspero proveedor de servicios exequiales y en broma les digo que espero que nunca lleguen a ser mis clientes.

Luego de haber pasado la primera prueba, llega la cena con cinco cubiertos. En la sobremesa Mariana muestra a los invitados el precioso anillo de compromiso que le obsequió. Camina orgullosa por toda la sala mostrándolo y todos parecen reverenciarse ante ella, hasta que llega a ojos de su tía Clotilde quien mira el anillo con minuciosidad.

—Este anillo se parece mucho a uno que le obsequié a tu prima el día de su boda, Dios la tenga en su gloria. ¿Podrías por favor dármelo?

Mientras sigue inspeccionando la joya, con el mismo afán que el miserable joyero, me interpongo y trato de cambiar de tema preguntándole a Mariana sobre cualquier cosa: la misa, el cura, no lo pienso bien. Mariana me lanza

una mirada de reproche y no me queda más remedio que quedarme callado rogando que nada ocurra. Ella entrega el anillo a su tía anciana, acerca sus lentes rectangulares a la joya, sin siquiera colocárselos y miramos a la anciana desfallecer súbitamente.

—¡Es idéntico! ¡No puede ser!

Le traen sales y agua de colonia para que vuelva en sí. Ya repuesta explica que en la parte posterior del anillo están las iniciales del nombre de su hija, las que ella personalmente encargó al joyero. Antes que los invitados me busquen pidiendo una explicación, yo ya me he marchado.

Han pasado dos días desde que tuve el bochorno en la casa de Mariana, y a pesar de todo, he sacado fuerzas para volver al cementerio. Pienso que tal vez es lo mejor que pudo haber ocurrido, por el bien de Mariana, sé que pronto seré solo una sombra que se desvanecerá en el tiempo. Hoy he preferido venir solo al cementerio, Jacinto se ha quedado al cuidado de mi cuñada, quien ha comenzado a sentir los primeros dolores de parto. Voy entre los mausoleos buscando los nichos que me refirió Miguel Santos. Como las veces anteriores, se unen en procesión todos los cadáveres que he profanado, para reclamarme que les devuelva lo robado, entre las voces a coro de ultratumba se ha unido la sibilante voz del viejo joyero al que le desprendí sus calzas de oro.

— ¡Come muertosh, Come muertosh, devuélveme mish dientesh! —reclama.

Les ignoro y continúo mi labor. Sé que les ayudo a alivianar sus almas mezquinas de lo que les ata a esta vida terrenal. Unos pasos acallan las voces de los muertos, son fantasmas que no reconozco, caminan silenciosos y agazapados contra los muros. Escucho un grito perturbador

que ordena atraparme, haciéndome caer en cuenta que son pacos. Desesperado, trepo por un nicho y salto de un lugar a otro mientras corren tras de mí, disparando inútilmente. Ellos ignoran que soy un muerto en vida, que este cementerio es mi verdadero hogar, que despierto junto al resto de muertos con el crepúsculo y muero con el alba. Ya cuando me encuentro al otro extremo del cementerio salto la barda y me pierdo por el cerro mientras sigo escuchando gritos y disparos que se hacen cada vez más distantes.

Cuando llego a El Bajo, siento un dolor intenso en el muslo: está ensangrentado. Debe ser que con el alba nuevamente me hago mortal y el dolor de esa herida de bala se hace cada vez más insoportable. Lo último que recuerdo es que mi madre al mirarme grita angustiada pidiendo ayuda a Jacinto.

Esa mañana Mariana, seguida por Julia, le indican al cochero que no las lleve a misa. Decididas rondan por las calles por donde paseaba ella con Víctor. No le busca para reprocharle nada, tal vez pudo haber comprado el anillo de su difunta prima en una joyería que adquiría objetos de dudosa procedencia. Sus sentimientos no han cambiado. Pregunta por él y lo describe así como lo recuerda: elegante, con traje sastre, zapatos de charol y reloj de oro. En una panadería la dirigen a unos arrabales por el barrio El Bajo y camina incómoda por lugares miserables anegados de basura, mosquitos y charcas malolientes. Se dirige con esperanza hasta un pequeño solar donde le indican que vive la única persona que viste trajes sastre por esos vados.

Despierto en cama con un dolor punzante en el muslo, un vendaje cubre mi herida. Escucho golpes en la puerta y a través de las cortinas raídas contemplo con estupor a Mariana. Mi madre deja de planchar ajeno (y de muertos), dirigiéndose hacia la puerta para averiguar de quién se trata. Le tomo de la mano y le digo que si alguien pregunta por mí, le diga que no estoy, que salí de la ciudad. Cuando abre la puerta escucho a mi madre repetir lo que le indiqué. Mariana mira dentro de la modesta habitación, buscándose, mientras me oculto contra la pared conteniendo la respiración. La escucho decir:

—Por favor, dígale que quiero hablar con él, que cuando regrese a Guayaquil me vaya a ver en la iglesia.

La miro alejarse, con lágrimas en los ojos, sostenida bajo el consuelo de Julia. Mientras se aleja mis lágrimas acompañan las de ella y convocan al cortejo de fantasmas para que asistan al entierro de nuestro amor, aquel que murió antes de haber nacido.

Después de volver de misa, Mariana arde en fiebre, su madre lo atribuye al desplante del buscavidas de su prometido, ese charlatán que se le atravesó en el corazón. Un mal de amores que con el tiempo pasará. Dos días después se nota una mejoría sorprendente en la salud de Mariana, no así en su ánimo. Su padre está preocupado por la manera cómo este acontecimiento ha minado el talante de su hija y piensa enviarla a un internado religioso en Quito.

Inesperadamente, días más tarde los síntomas recrude-

cen: fiebre, convulsiones y vómitos que no remiten. Acuden a los mejores galenos de la ciudad, quienes diagnostican algo más terrenal y mortal que un mal de amores: fiebre amarilla en etapa avanzada. Su madre coloca paños fríos en la frente de Mariana y la muchacha delira llamando a Víctor, diciéndole que le perdona, que se casará con él y que tendrán muchos hijos. Le invade una paz inefable cuando confunde los paños húmedos con los labios de Víctor acariciando su rostro. Extiende las manos para dejarse cargar en sus brazos y ya no siente miedo de cruzar aquel umbral fulgurante que aparece frente a ella, le extiende las manos a Víctor y se deja llevar..., exultante, enamorada.

Miguel Santos me alerta que la policía se encuentra con vigilancia continua en el Cementerio General y que corre el rumor que el profanador de tumbas no es humano por la manera que logró escapar la otra noche.

Hasta que baje la tensión en Guayaquil he ido a varias ciudades cercanas. Reconozco los cementerios locales, fingiendo que visito a un deudo (prefiero claveles blancos, son mis favoritos). Mientras rezó compungido reconozco el terreno y realizo apuntes mentales de los detalles de las tumbas más prometedoras. Antes de iniciar el trabajo, contrato un colaborador al que recompenso por ayudarme en la tarea nocturna y por mantener su boca bien cerrada. En cuestión de dos a tres noches, finalizo mi labor y me mudo a una nueva ciudad. Durán, Yaguachi, El Triunfo, Babahoyo, Jujan, Pedro Carbo, Marcelino Maridueña, Playas..., me han recibido con sus cementerios abiertos de par en par, proporcionándome generosos ingresos.

Ahora que me he resignado a mi triste oficio, nuevas

áimas siguen reclamándome sus pertenencias. Últimamente hasta converso con ellos y muchos al mirar mi impavidez se arrojan hacia mí con sus huesudas manos, pero no pueden hacerme daño. Algunos recién en ese momento reparan en que están muertos, que son espectros queandan penando, entonces, confundidos me dan la espalda y me dejan continuar con mi labor. Pero el dulce recuerdo de Mariana me sigue a donde vaya y reclama que regrese a Guayaquil.

Han pasado ya tres meses y regreso a casa. Jacinto y María cuidan de mi sobrinita recién nacida. Mientras mi madre me abraza, le obsequio un vestido que le aseguro es nuevo, con cierta desconfianza me mira sonriente, lo acepta y se lo luce frente al espejo. Mi hermano me cuenta que ha sabido por boca de Miguel Santos que la vigilancia nocturna se ha suspendido luego de que atraparon a un saqueador en la noche. Un borrachín que posiblemente pensaba encontrar algo de valor para seguir libando fue detenido por la policía y acusado de ser el famoso “Come muertos”.

Le digo a la familia que con lo que he robado hasta el momento y unas cuantas visitas más al Cementerio General pronto podremos poner una panadería o un negocio que nos permita ganarnos la vida dignamente. Mi madre y Jacinto sonríen, saben que mi cambio de actitud se debe a Mariana.

Esa noche salgo a beber un par de tragos con Miguel Santos, y a la vez enterarme qué novedades me tiene en el cementerio. Miguel me recomienda un nicho reciente de una familia aristocrática de Guayaquil. Extrañé mi cementerio, cada rincón, cada lápida, cada recoveco, cada flor marchita, cada cuerpo corrompido, cada alma atormentada que se me cruza para rogar por sus cosas materiales y no

por el descanso de su alma.

Mientras me abro paso entre la turba de almas en pena, rompo con presteza la tapa del nicho, desprendo el ataúd y lo coloco en el suelo. Cuando lo abro, miro un precioso traje de novia, un velo cubre el rostro del cadáver. Pagarán un muy buen precio por él. Descubro el velo y caigo horrorizado al piso al mirar a mi Mariana con su rostro macilento, cubierto de pústulas, labios pálidos de estrías oscuras y cuencas hundidas. Enloquezco cuando ella se levanta de la tumba, me extiende su mano y susurra:

—Víctor, mi amor, te estuve esperando. ¡Ahora seremos felices para siempre!

Un remolino de voces que gritan: “¡Come muertos! ¡Come muertos!” y siento mi cabeza estallar. Cuando abro los ojos, Mariana aún está ahí, mirándome. Pero sus facciones han cambiado, su rostro ha recuperado lozanía y sus labios me invitan a un beso postergado.

—Sí mi amor, juntos para siempre —repito, mientras la beso con ternura y nos fundimos en un solo cuerpo.

Por la mañana, los primeros visitantes del cementerio se scandalizan y alertan a la policía cuando encuentran a una pareja desnuda tendida junto al mausoleo de la familia Vivanco. La policía y los curiosos se santiguan al comprobar que la mujer que yace junto al joven enajenado es Mariana Vivanco, la muchacha que meses atrás falleció con fiebre amarilla.

Días después, en el reclusorio de Guayaquil, la turba de curiosos mira al “Come muertos” enfundado en una camisa de fuerza, balbuceando palabras inconexas sólo para sí. Algunos dicen haberlo visto bailar, reír y hasta hacer ademanes como si conversara con alguien..., es que Víctor no puede disimular su felicidad, ahora que Mariana le acompaña para siempre.

LA TRAGEDIA DEL BURLADOR DE CARTAGO

Ariel Cambronero Zumbado

Que la moza, la mozuela, a la luna, bajo el claro de las frondas, le presenta calavera de caballo. Un grito. Una maldición. Y los grillos y los sapos... Y resuena hasta perderse un galope desatado sobre el polvo del camino, del camino solitario.

Carlos Luis Sáenz, «La Cegua»

Maldigo el día en que me fijé en Isabella Equa. Habría preferido arrancarme los ojos con mis propios dedos de haber conocido mi destino. Isabella era la joven más bella de todo Cartago. Había venido desde Italia junto con su madre y sus dos hermanas. Contrataron a un grupo de arquitectos europeos para construir una enorme mansión de estilo barroco a las salidas del centro de la provincia. Costa Rica no había presenciado una edificación tan imponente desde el Teatro Nacional. Además, Carlotta, la madre de Isabella, era la propietaria de una carnicería en el centro de Cartago. Según comentaban por ahí las señoras chismosas, la mujer deseaba ampliar a otras partes del mundo el negocio que le había dejado su madre en Italia. La vi por primera vez un 4 de febrero de 1932. Recuerdo ese día como si fuera hoy. Y los días siguientes todavía más. En esa noche de febrero, mis ojos se perdieron en su delicada piel de porcelana china y los latidos de mi corazón seguían el ritmo de sus bucles, que brincaban como resortes con cada

paso que daba. Y sus ojos, al igual que su cabello, era tan negro que me inspiraba a sumergirme en ellos para soñar perpetuamente con llevarla en mi lecho. En ese momento me propuse conquistarla. Me lo juré por Dios, la Virgen de los Ángeles y todos los santos. No me juzgués. ¿Cómo iba a dejar pasar a semejante doncella? No por nada todos me llamaban Juan Peralta, el burlador de Cartago. En mi lecho, degusté el dulce aroma inocente de miles de jovencitas enamoradas. Mis sábanas quedaban colmadas de pétalos e ilusiones de un amor eterno. Muchas llegaban a reclamar después, cuando el fruto de aquella noche se notaba en sus vientres, pero una buena suma de dinero siempre me liberaba de atarme al matrimonio. No había padre que, luego de aparecer en defensa de la honra de su hija, sucumbiera ante un buen pago por su silencio. Realmente me la pasaba de gloria, hasta que Isabella logró encadenarme...

Como te estaba contando, el 4 de febrero de 1932 vi a Isabella por primera vez en la ópera de Fausto en el Teatro Apolo. Portaba un vestido blanco largo que le resaltaba su figura de reloj de arena y una pequeña capa de piel de astracán. Iba acompañada de sus hermanas, Melissa y Octavia, y su madre. Melissa y Octavia eran también muy bellas, pero no me atraían tanto como Isabella. Melissa llevaba recogida la melena bermeja que contrastaba tan bien con sus ojos azulinos que me hacían delirar. Sin embargo, a ella la pensaba cortejar cuando conquistara a su hermana. Por el otro lado, Octavia, una rubia de ojos de miel de abeja, estaba embarazada, así que no me cautivó. Ya sabes, los hombres como yo sólo buscamos las flores frescas. A lo que escuché por ahí, Octavia había sufrido el mismo destino de su madre: perdió a su marido en un accidente de tren, algo así como el ocurrido el 14 de marzo de 1926. Ese día perdí a la única mujer que he verdaderamente amado... Pero bueno, como sea... Y su madre, la magnífica Carlotta Equa, una mujer de más de dos metros de alto, cuya

apariencia recuerda a las vampiresas descritas en Drácula, solo que con una madurez que podría despertar el deseo de cualquier hombre. Debo aceptarlo y no me juzgués por lo que diré, pero pensé por un momento en intentar conquistarla también... Lo sé, lo sé, me estoy desviando de la narración.

Duré toda la ópera mirando a mi amada Isabella, quien estaba unas cuantas filas delante de donde yo estaba sentado. Yo creo que ni siquiera pestañé una vez. Mantenía mi vista atenta para cuando ella se volteara, porque ella se giraba de cuando en cuando y me sonreía. Esa sonrisa inocente y coqueta me erizaba todos los vellos y me hacía suspirar como el enamorado de Werther. ¡Me era imposible evitarlo! Ni cuenta me di cuando acabó la ópera. Las ovaciones me despertaron de mi trance contemplativo. Cuando Isabella se aproximaba a la salida, sacó sutilmente de su vestido un pañuelo de seda con su nombre bordado en oro y, al pasar junto a mí, lo dejó caer con disimulo a la vez que sonreía con timidez seductora. Yo lo recogí de inmediato. Esperé a que las Equa abandonaran el teatro para seguir las. Crucé entre el mar de señores adinerados que desfilaban detrás de ellas como idiotas. Al salir, no encontré a ninguna de las cuatro. Busqué por toda la esquina del Apolo, pero no las veía por ninguna parte, hasta que un silbido captó mi atención. El silbido iba acompañado de una risilla femenina. Seguí el rumor y por fin la hallé del otro lado del teatro. Me quedé petrificado como si acabara de contemplar a la mismísima Medusa.

—¿No me va a llevar a dar una vuelta? —me preguntó con una voz tan dulce que derritió mis nervios.

—Dis... disculpa... —respondí atarantado—, esto es suyo...

Le extendí el pañuelo. No sé qué me sucedía. De repen-

te, todos mis encantos habían desaparecido y parecía un simplón que se limitaba a balbucear como un muchachito asustado.

—No lo dejé caer a su lado sin ninguna razón —dijo acercándose a mí. De inmediato, una fragancia a frutas frescas cautivó mi olfato—. Como usted bien sabe, llevo muy poco de vivir aquí y me gustaría conocer más de Cartago. ¿No me quiere llevar a dar un paseo por ahí? No conozco a nadie y algunas veces me siento muy sola. Tener a mi madre y mis hermanas a mi alrededor todo el tiempo me marea. Quiero conocer más personas y como vi que usted no apartaba su vista de mí, pensé que nos podríamos conocer...

Recobrando mi actitud burladora, me apresuré a contestar:

—¡Por supuesto! Yo encantado de servirle como guía y, ya sabe, como amigo...

—¡Eso es lo que deseo! Un muy buen amigo...

—¿Me permite? —pregunté ofreciéndole la mano.

Ella aceptó mi mano y caminamos directo a mi Cadillac Town Sedan, el auto que había presenciado varias de mis conquistas. Un regalo exportado directo de los Estados Unidos que mi padre me obsequió para uno de mis cumpleaños. Nadie se igualaba a mí. Ningún hombre podía superarme. Y ninguna mujer evitaba caer a mis pies. Al menos eso creí cuando Isabella había aceptado mi mano. Debo reconocer que sí se me hizo extraño que ella actuara de esa manera tan desenvuelta; no obstante, dejé ese detalle de lado al acordarme que ella no era de acá. Conversamos largo rato en el Cadillac, recibiendo la fría brisa de la noche en el rostro. Debido a su comportamiento tan despreocupado, le pregunté si había dejado a algún pretendiente

allá en Italia, a lo que ella me respondió:

—¡Para nada! Mi madre no nos dejaba salir sin ella a ninguna parte. Hoy, por primera vez en mi vida, me pude escapar de su cuidado. Cuando lo vi a usted, supe que era el momento para hacerlo.

Esa respuesta me alivió un poco. Al menos tenía la certeza de que su jardín no había sido accedido por ningún otro caballero.

Al cabo de unos minutos, apliqué mis técnicas de seducción. Isabella estaba rendida a mis pies. Cuando la acerqué a mi pecho, la volteé para besarla. Sus labios eran deliciosos. Jugosos, suaves y delicados, la combinación perfecta. Debía mantener la atención al volante, por lo que tuve que soltar su boquita. Para continuar con mi faena, pensé en estacionarme en un cafetal que estaba a pocos metros; sin embargo, un hedor asqueroso invadió mi olfato.

—¿Por qué no me besa otra vez, dulce caballero? —demandó una voz femenina que se confundía con el relincho de un caballo.

Al voltearme hacia Isabella, me congelé. ¡Su maldita cabeza ya no era la de una doncella hermosa, sino la de una maldita yegua con la carne podrida! No tenía ojos. De sus cuencas emergían moscas que revoloteaban alrededor de mi cara, con la intención de penetrar mis labios. Perdí el control del auto. No recuerdo haberme estrellado, simplemente todo empezó a darme vueltas y todo se oscureció. No sé qué sucedió. ¡No sé qué sucedió! No sé cómo fui a parar en una mazmorra. ¿Por qué una mazmorra en Costa Rica? ¡¿Qué diablos había sucedido?! Cuando abrí los ojos, el espacio aún me daba vueltas. Sólo divisaba torbellinos nebulosos.

—¡Hasta que por fin despertó! —exclamó una voz fe-

menina.

—¡Madre, madre, ya despertó, ya despertó! —gritó otra voz de mujer, sólo que más ronca que la anterior.

—¡Al fin vamos a degustar su deliciosa carne! —escuché decir a Isabella.

—¡Silencio, hijas! Aún debe estar sufriendo los efectos de miedo en su cuerpo, por lo que debemos esperar para que la carne no se endurezca.

Un olor dulce a frutas frescas me obligó a hacerme hacia atrás.

—No te asistes, querido. ¿Acaso no me reconoces? — Su tuteo me parecía tan arrogante que, aunque fuera la misma voz de la doncella a la que subí a mi Cadillac, pensaba que se trataba de otra mujer totalmente diferente—. Hace rato paseamos por los escondites de Cartago bajo el cielo nocturno. ¿Tan rápido te olvidaste de mí?

—¡¿En... en bónbe... bia... bia... biablos estoy...?! —buceé como si estuviera borracho. ¡¿Qué me pasaba?! Mi lengua se enroscaba y se negaba a articular las palabras.

—¡Pobrecillo! —corearon las hermanas entre carcajadas—. ¡Aún está bajo el efecto del beso!

—Hijas, subidlo para que le haga compañía al resto. Cuando haya pasado el efecto del miedo, la carne estará lista.

—¡Mmmm! —gimieron a coro las hermanas.

Aunque no pudiera identificar siquiera una silueta, supe que me atravesaron las palmas de las manos y las piernas con algo filoso. Gritaba como una maldita vaca en el matadero. Me sacudía con afán de soltarme, pero era in-

útil, mi cuerpo estaba muy débil como para conseguirlo. Escuché el rumor de una palanca y sentí cómo me pusieron de cabeza. Ríos de algo desconocido corrían por mis piernas y goteaban mi rostro con su néctar. Cuando una gota se hubo adentrado entre mis labios, un sabor oxidado erizó mi lengua.

—Yo lo traje, así que debo ser quien lo pruebe primero —risoté Isabella.

—¡No es justo! Yo quiero saborear esa carnita tan suavecita primero...

—Yo soy la embarazada, así que tengo prioridad sobre vosotras dos.

Me sacudí como si me embargara un escalofrío: una respiración lenta y seca se acercó a mi oído derecho.

—Todos termináis cayendo tarde o temprano, ¿no?

Las voces de las cuatro mujeres se alejaron hasta convertirse en susurros que se esfumaron a los pocos segundos. Al parecer, estaba solo. No sé cuánto tiempo transcurrió. Quizá segundos, minutos, horas, siglos, milenios... No tengo ni la menor idea. Pero al cabo de ese lapso mi vista volvió a la normalidad. Aunque para ser completamente sincero, habría preferido haber quedado ciego en medio de los torbellinos nebulosos. Todo lo veía al revés. El techo con enormes arañas de luces tenues yacía abajo; por el contrario, el suelo sucio y mohoso se había convertido en el cielo de aquella prisión. A ambos lados, filas enteras de caballeros colgaban de cabeza, así como yo, con las manos y las piernas atravesadas por ganchos de carnicero. No éramos más que cerdos que alguna vez fueron hombres. Hombres metamorfoseados en cerdos por haber perseguido las delicias de Circe y sus sirenas. Lo más deprimente era que reconocí a la mayoría de los cerdos. Muchos habían sido compañe-

ros míos en la cacería de jardines vírgenes. Apostábamos entre nosotros para ver quién lograba recolectar más rosas inmaculadas. Poco a poco, justo cuando las Equa se mudaron a Costa Rica, fueron desapareciendo. Aunque en un principio Cartago se llenó de pavor ante estos sucesos, las desapariciones se olvidaron rápidamente. Todos ellos eran muchachos conflictivos, adictos a las peleas callejeras, así que nadie se preocupaba realmente por su destino. Las viejas chismosas y creyenceras decían que eso les pasaba por estar engañando a las muchachas decentes. Decían que un día la Cegua se les aparecería y les daría un susto. No sé cómo esas estúpidas leyendas tomaron fuerza, pero al menos les servía a esas ignorantes para tratar de explicar los sucesos. Nadie más, muchos menos yo, creía en esos disparates de ancianas reumáticas.

Y he aquí la verdad: hombres secuestrados por cuatro mujeres extranjeras. ¿Cómo era posible que nadie se hubiera enterado todavía? Como sea, ya de nada serviría. Debo reconocerlo, me oriné. Empecé a temblar y llorar como un mocoso asustado y me oriné. Debía apresurarme a huir de esa maldita mazmorra antes de que regresaran esas cuatro maniáticas. ¿Pero cómo? Créeme, cotejé todas las pociónes que arribaron a mi mente, pero sólo una me pareció factible en ese momento. Jalé mis manos lo más que pude hacia mí. Los ganchos rasgaban mi carne y los nervios ardían como enormes fogatas. Entre alaridos, al fin lo logré. Ambas manos quedaron partidas en dos, aunque todavía albergaban movilidad. Era hora de liberar las piernas. Con ambas manos, agarré mi pierna derecha y la atraje hacia mí con toda mi fuerza, gritando hasta quedar sin voz. Al liberarla, debido al peso del resto de mi cuerpo, la pierna restante se desgajó y caí. Me era imposible parar de revolcarme. Me enroscaba y desenroscaba como un ciempiés al que han pisoteado hasta sacarle las tripas. Cuando el dolor hubo sedado mis extremidades, me arrastré en busca de

una salida. Me coloqué de espalda a un muro y, a punto de cagarme del sufrimiento, intenté ponerme de pie. Fracasé. Mi pierna derecha sí se mantenía en pie, a pesar del ardor que consumía mi fuerza, pero la izquierda estaba mucho más débil. Ni siquiera con una varilla oxidada que utilicé como bastón funcionó. Sin encontrar alguna alternativa, me aferré a la varilla y continué arrastrándome en busca de la salida.

Ese maldito calabozo se hallaba repleto de hombres desnudos. Y si te lo estás preguntando, pues sí, yo también lo estaba. No sé cuándo ni cómo ni quién, pero al parecer alguna de esas dementes me quitó la ropa. O quizá lo hicieron entre todas... En otra ocasión eso me habría puesto tan feliz... Pero bueno, si en ese momento ni siquiera mis piernas podían mantenerse del todo firmes, mucho menos aquello otro, ¿no? Desconozco si esos hombres estaban drogados como yo lo estuve, o si eran ya cadáveres. Ninguno se movía. Las moscas danzaban alrededor de ellos. Entraban y salían de todos sus agujeros. Algunos claramente tendrían que estar muertos, puesto que el gancho del que colgaban atravesaba sus gargantas y salían por sus nucas. También algunos de ellos tenían el vientre abierto de par en par. Dentro de ellos no había ni un solo órgano, ni una sola víscera. No obstante, otros colgaban de cabeza como lo estuve yo. Me topé con centenares de cubos de madera hendidos con sangre. Sangre espesa, babosa y de un tono tan oscuro que la confundí con petróleo. Gracias a su pestilente tufo a metal oxidado concluí que se trataba de sangre. Repté hasta encontrar unas gradas. ¡La salida! Mi cara de júbilo se oscureció cuando me percaté de que estaba cerrada. ¡Obviamente estaría cerrada! ¡Pero qué idiota! Coloqué mi oreja contra la puerta: ningún rumor se escuchaba del otro lado. Podía proceder con mi plan. Con la ayuda de la varilla, destruí el cerrojo.

Me apresuré a escapar de ahí. Un pequeño elevador de polea se erguía ante mí. Transformando el dolor de mis manos en muecas monstruosas, le di vuelta a la polea hasta que me llevó arriba. Atravesé una puertecilla blanca y, de repente, me vi rodeado de lujos extravagantes. La opulencia me acechaba por doquier. Jarrones pertenecientes a la dinastía Ming, estantes repletos de huevos de Fabergé, muebles con detalles en oro y plata, óleos famosos de distintos pintores... La sencillez era lo único que se ausentaba en aquella mansión. No sé cómo, pero al parecer estaba en el segundo piso de la mansión de las Equa. ¿Cómo lo supe? Bastaba con ver el retrato colosal de Carlotta Equa y sus tres hijas en una de las paredes. Lo raro es que las cuatro estaban portaban una vestimenta propia del Siglo de Oro. Además, la fecha del cuadro era 1566. Mi letargo contemplativo se interrumpió al advertir que las puertas del piso de abajo se abrieron. Me oculté de tal forma que me permitiera observar lo que sucedía. La gran Carlotta entró con Octavia y Melissa. ¿En dónde estaba Isabella?

—Hijas, buscad a vuestra hermana antes de que su apetito descontrolado la empuje a cometer una locura.

—Como usted ordene, madre —dijeron entre carcajadas.

Las tres se separaron.

Yo aproveché para meterme en una de las habitaciones, mientras las mujeres salían de la mansión. Quizá podría escapar por la ventana, o al menos eso pensé. Sigilosamente como un ratón a medianoche, cerré la puerta sin hacer ni un solo ruido. Al instante supe que me hallaba en la habitación de la madre: los muebles estaban hechos a la medida de un gigante. El armario y la cama eran enormes. Un perchero con abrigos de piel de armiño me custodiaba desde lo alto. Advertí que había dos puertas. «¿Adónde conducirán?»,

me pregunté. ¿Por cuál te habrías decidido? ¿Por la derecha o la izquierda? Decidí cruzar la derecha. No sé por qué, pero la izquierda me dio mala espina. Al abrir la puerta, me topé de frente con Isabella.

—¡Conque aquí se había escondido el ratoncillo! —gritó entre risotadas y relinchos.

—Aléjese de mí, maldita loca!

—Loca? ¿Acaso ya no quieres que te dé un besito?

—Ustedes son unas completas desquiciadas! Malditas asesinas... —Conforme ella avanzaba despacio hacia mí, yo reculaba empuñando la varilla con tanta fuerza que me temblaban las manos.

—¿Por qué nos llamas así? Tú buscas a las mujeres para comértelas, ¿no? Bueno, nosotras hacemos lo mismo, sólo que con hombres. ¿Cuál es la diferencia entre tú y yo entonces? —carcajeó como una hiena. Al ver que no le respondía, agregó—: ¿Acaso extrañas mi verdadera apariencia? Pues entonces te complaceré...

Aquella monstruosidad que había creído un sueño otra vez apareció ante mis ojos. Su mirada se derritió en ríos de tinta negra y dejaron al descubierto el vacío de sus órbitas. De las cuencas, emergieron tropeles de moscas verdes y rechonchas que no paraban de revolotear. La piel de su rostro se carcomió como si le hubiera caído ácido. Al mismo tiempo, las facciones se desfiguraron hasta transformar el cráneo humano en uno equino. Sus risas se convirtieron paulatinamente en relinchos y el agradable perfume a frutas frescas se tornó en una peste a rata podrida.

—Anda, déjame darte un besito, no seas tímido!

Se abalanzó hacia mí emitiendo una especie de carca-

jeos infernales y relinchos. Intenté escapar, pero me agarró de una pierna y me arrastró hacia ella. No sé ni cómo lo hice, pero le penetré el pecho con la varilla. El fierro salió por su espalda con el corazón ensartado. Isabella tragó una enorme bocanada de aire y se arqueó hacia atrás con los brazos enroscados. Antes de fenecer, gritó tan alto que toda la mansión se estremeció. El corazón palpitó tan aceleradamente que explotó en cenizas y sangre coagulada. Ella... Ella se convirtió en una estatua de carbón.

—¡ISABELLA! —escuché gritar a la madre.

Pensé en escapar por la puerta que había abierto, pero vi unas sombras aproximarse, así que no me quedó más remedio que esconderme tras la puerta izquierda. Por poco y mis ojos se disparan de mis cuencas. Tuve que llevarme la mano a la boca para no gritar. Delante de mí, se erguía un ídolo de madera antropomorfo. Poseía cuerpo de mujer con senos voluptuosos y cabeza de yegua. A sus pies, un círculo de cabezas de varón sin ojos y sin mandíbula. El cuarto estaba pintado de sangre seca. No pude contenerme más, el hedor a metal herrumbrado me obligó a vomitar. Dentro del círculo de cabezas, yacía una tabla con un nombre tallado: «Cegua. Mater equa».

—¡MALDITO SEAS! —relinchó la madre—. ¡NO VAS A ESCAPAR DE NOSOTRAS, MALDITA RATA!

—¡Escóndete todo lo que quieras! Siempre te encontraremos —corearon Melissa y Octavia.

Ya sus pasos no eran humanos. Sólo se escuchaban los cascos de tres caballos contra la cerámica. También percibía sus olisqueos. Cada vez estaban más cerca de la puerta. No me atrevía siquiera a tragar un poco de saliva. Si era descubierto, sería mi final. No había ninguna otra salida que la del frente. La habitación carecía de ventanas. Debo

sincerarme con vos, habría preferido tirarme por la ventana que haber sufrido lo que sufrí bajo las manos —o más bien, los cascos— de Carlotta y sus dos hijas.

—¡Madre, madre! ¡Lo encontré, lo encontré! —exclamó con una voz polifónica que combinaba los relinchos de un caballo desbocado, las risotadas de una hiena y un tono humano embebido por las llamas del infierno.

Tras un segundo de silencio, que sentí como un siglo, la puerta se hizo trizas delante de mí. Sin darme tiempo para defenderme —aunque ya era inútil, había perdido la varilla con Isabella—, Melissa me agarró ambas manos y Octavia se sujetó las piernas.

—¿Cómo te atreviste a hacerle daño a mi preciada Isabella? —preguntó con una serenidad terrorífica—. Veo que has descubierto nuestro pequeño y más valioso secreto —dijo dirigiendo la mirada hacia el ídolo.

Luchaba por soltarme, aunque sabía de antemano que sería en vano, pero aun así lo quería intentar. Mi ego no se conformaba con terminar de esa forma tan patética. Lamentablemente, mi ego era un completo perdedor.

—¡Pobrecillo, quiere soltarse! —se burlaron las hermanas al unísono.

—Madre te dará una lección que nunca olvidarás —agregó Melissa.

—Y lo peor es que ni después de la muerte podrás librarte de nosotras —risoteó Octavia.

—En estas tierras consideran a la Cegua una simple leyenda, ¿no? —dijo Carlotta—. En otros lugares sucede lo mismo. América, Europa, Asia... En todos lados existe, sólo que de diferente forma y con diferentes títulos. Nosotras

fuimos elegidas por ella. Nosotras ya no somos nosotras, sino que ella vive en nosotras. A cambio de un sinfín de beneficios, nosotras le obsequiamos pequeños sacrificios. Mater equa nostra... —gimió con solemnidad mientras hizo una reverencia—. ¿Sabes por qué cazamos hombres como tú? —Sin esperar a que respondiera, prosiguió—: Porque no existe ninguna diferencia entre las bestias salvajes y los hombres que viven esclavos de sus instintos y pasiones. No son más que un tipo de bestia más...

—¡Ahora!

—¡Por Isabella y por la Cegua, mater equa! —corearon las hermanas entre risas.

Ahí supe que era mi final.

Vaciaron mi cuerpo. Destazaron mi carne y la vendieron al mejor postor. Olvidé lo que era tener un cuerpo. Ahora estoy atrapado dentro de mi cabeza frente al ídolo de la Cegua. A pesar de que me destirparon los ojos, su imagen devora mis pensamientos. Nunca me deja en paz. No hay más que carcajadas, relinchos y oscuridad.

ACTUALIZACIÓN

Marianella Sáenz Mora

La pura verdad es que ya estaban hartas. Hace varias décadas habían decidido hacer una especie de residencia para adultas mayores, allá, perdidas en las montañas que se ubican entre el Volcán Turrialba y el Monumento Arqueológico Guayabo, casi llegando a Limón. Era como un retiro que se habían ganado después de tantos años de arduo trabajo. Ahora las cosas eran diferentes, aunque en el fondo seguía pasando lo mismo.

Ellas eran un grupo de mujeres emprendedoras, jefas de su propio hogar, que habían decidido acompañarse y poner al servicio y disposición de todas sus habilidades. La vida ahora es mejor. Ya no tenían que andar por ahí a deshoras, exponiéndose, llevando frío y congojas.

Sin embargo, La Llorona, La Segua, La Tulevieja y Zárate, al escuchar la última noticia acerca de un feminicidio en Costa Rica, estallaron molestas diciendo que ya estaba bueno de estar aguantándole a los hombres tantos sufrimientos; todas estaban cansadas de que además de ser las víctimas, se usara la figura femenina para responsabilizarla de ser la causante de sus propios males. Esa noche ya no aguantaron más. Todas expresaron sus molestias y la sobremesa se tornó en una larga conversación que hizo que esa noche se desvelaran.

Aunque todas eran mujeres maduras, habían ido adoptando un estilo de vida saludable y moderno. Eran mujeres informadas, lectoras y hasta habían terminado sus carreras. Zárate se había graduado con honores como antropóloga social, La Llorona se había dedicado a la enfermería, La Segua era la que las ponía bonitas pues había estudiado alta peluquería y estética, y finalmente, La Tulevieja había decidido seguir el área de la psicología, claro, nadie se lo imaginaba porque a las mujeres se las encasilla en una etiqueta y después ya no hay forma de que se les vea de manera distinta. Ahí tienen el ejemplo de la talentosa Marilyn Monroe: una mujer que vivió convertida en el producto de su alter ego, con una gran sensibilidad, culta, amante de la lectura con inclinaciones de poeta pero que pasó a la historia por sus curvas y por representar uno de los mayores “objetos” de deseo, tanto para la voracidad de los hombres y los medios, como para la imposición de los estándares de belleza a los que siempre se somete a las mujeres.

Ellas ya estaban jubiladas, sí, pero se negaban a seguir cobijadas en aquella paz que podía parecer indiferencia. Ellas también eran mujeres, se dijera lo que se dijera. A la gente no le importaba la realidad de lo que hubo detrás sus historias, sino que había fortalecido el chisme y las habladurías. Siempre se pensaba que ellas estaban pagando por algo que habían hecho mal y que, además, les tocaba aleccionar a otros, lo que por cierto fue la única parte de sus historias convertidas en leyendas que de verdad habían disfrutado. Muchas noches de tertulia, con el atol de la noche se divertían contando cómo habían tomado la ley en sus manos y que hasta habían hecho un trabajo social y correctivo con más de uno, que después de encontrarse con alguna de ellas, se convertía en una mejor versión de sí mismo. Tener el poder de otorgarle un castigo a aquellos que se lo merecían las había vuelto más solidarias y conscientes de los múltiples padecimientos que tenían las

mujeres de su época, y los que al parecer no habían cesado.

Estaban realmente preocupadas porque no era sólo en Costa Rica, según oían en las noticias. Este era un nuevo flagelo que estaba afectando a las mujeres de todo el mundo y de todas las edades. Esto no podía seguir así, se dijeron. Ellas no lo iban a permitir. Decidieron que, al día siguiente, atol en mano, todas iban a reunirse para ver qué podían aportar y empezar a agarrar aquel toro por los cuernos.

Zárate era la única que poseía ciertas habilidades sobrenaturales. Había desarrollado una fuerte intuición y sabía utilizar muy bien el péndulo. En varias ocasiones había tenido sueños extraños de mujeres que habían muerto y que le mostraban el lugar donde estaba su cuerpo, o bien, alguna de sus partes. Esto le había sucedido ya con algunas víctimas como lo corroboraba después al verlo en las noticias.

Pero ahora tenían otras ventajas, por ejemplo, los carros, la tecnología, y que todas habían caminado la seca y la meca por todo el país: no había un sólo lugar que no conocieran, primero por su trabajo, claro está, y después porque algunas veces les había tocado trabajar cerca, por lo que desde aquellos tiempos ellas ya se ayudaban.

Entre las desventajas principales que tenían, estaba que las personas no creían que existieran, o bien, podían tomarles una foto y meterlas en problemas, ¡ay, Tatica Dios! ¡Que Dios no lo quiera! Pero como buenas mujeres que son, dijeron que al miedo había que enfrentarlo. Todo lo harían de incógnito y dependiendo de las circunstancias, pero tenían que haber algunas de ellas encargadas de la información, otras de las rutas, de proveer los insumos, de interceptar la señal de radio de los policías, en fin, ya se irían distribuyendo las tareas, se estaban organizando.

Colocaron un gran mapa en la pared para estudiar posibles relaciones entre los hechos, aprendieron a usar toda clase de aplicaciones para el tránsito, tiempos de desplazamiento, rutas, clima, direcciones. Todas estuvieron de acuerdo en que volverían a usar sus antiguas formas, pero esta vez con mayor comodidad y utilizando recursos que les permitieran ayudar de verdad y salir bien libradas de los casos que pudieran acontecer. Como también habían visto las series y documentales del momento, utilizarían a su favor algunas ideas que aprendieron ahí, por ejemplo, sobre cómo actúa el miedo en las personas.

Desgraciadamente, después de seis semanas de estar reuniéndose para planear todo, escucharon la primera noticia de una desaparecida: una linda jovencita de veinte años que regresaba de estudiar por la noche. Vivía en una zona rural con su mamá y una tía. Estaba sacando el bachillerato por madurez y estudiaba estilismo.

Habían pasado unos seis meses desde que terminó su relación con un muchacho. Era un tipo celoso, temperamental y cada vez se tornaba más violento. La muchacha había dejado el colegio por él, pues la seguía, la esperaba, le aparecía por los caminos y la presionaba para que “volvieran”. La madre y la tía la alentaban a cuidarse, a no dejarse intimidar y a no mostrarle miedo. Trataban siempre de que alguien la acompañara a la casa, pero ambas mujeres, además de trabajar en la empacadora local, cocían en las tardes y las noches para una pequeña empresa que estaban iniciando junto a otras cuatro mujeres, donde confeccionaban prendas de mujer y pijamas.

El tipo conocía toda la rutina de la muchacha. Muchos vecinos conocían la situación. Aquella noche, la muchacha no llegó. La madre y la tía empezaron a preocuparse pues ella siempre las informaba acerca de todos sus movi-

mientos. Desde que se despidió para ingresar a la academia de belleza, nada.

La tía trató de calmar a la madre:

—Dale unos minutos, tal vez el bus se atrasó —pero la mujer, sin pensarlo, tomó las llaves y salió de la casa con la intención de encontrarse en el trayecto con la muchacha. Cuando pasó por la licorería, Jason estaba afuera del carro junto a otros muchachos.

—Buenas noches suegrita, le dijo. Ella lo saludó rápidamente. Se asomó en la esquina y no vio venir a nadie. Sintió ganas de vomitar. Al devolverse, él le volvió a hablar preguntándole si buscaba a Karen y hasta se ofreció a llevarla para buscarla. Ante la desesperación, las ganas de llorar, la falta de un vehículo propio, accedió y se subió al carro. Buscaron por más de cuatro horas y la muchacha no apareció.

La madre regresó a la casa y fueron a la policía. Imprimió fotos y varios vecinos se sumaron a la búsqueda. Llegó el momento. Con aquella noticia y lo que habían estado planeando, rápidamente se organizaron, trazaron rutas posibles. Analizaron las distancias y salieron para el lugar de los hechos en busca de más información.

Jason vivía a unos cincuenta metros de la casa de Karen, así que él debía pasar por allí siempre. La calle no tenía salida. Jason no estudiaba, trabajaba en la ferretería de su familia de donde salía y entraba a su antojo, aunque muchas veces también debía llevar pequeñas entregas a los clientes. La propiedad donde vivía cerraba la calle y era una especie de barrio familiar. Tenía un galerón y varias casas, inclusive un gran cafetal famoso por la calidad de sus granos, además de que allí aprendían a coger café todos los jovencitos de la zona.

Luego de trazar un plan, hacer rutas, recolectar datos y ver las noticias, por fin decidieron seguirlo; se turnaban, lo grababan, hasta le hablaban para preguntarle una dirección fuera de la licorera y así estar bien seguras. Algunas preguntas empezaban a incomodar al chico, ya que de seguir por ese rumbo con las pesquisas, él se convertiría en el principal sospechoso, situación que a él le parecía graciosa, según comentaba, ya que nadie tenía ninguna prueba que lo inculpara.

Esos comentarios hacían que a nuestras cuatro amigas les hirviera la sangre, pues todas recordaban que este tipo de perpetradores eran muy capaces de confundir a los demás y hasta de parecer inocentes. En una de las guardias, las mujeres observaron que él compraba comida y que luego se iba para la casa y no la bajaba del carro, así comenzaron las sospechas. La Tulevieja, acostumbrada a los matorrales, decidió que sería ella quien iría a investigar aquel extraño galerón y sus alrededores. Todas coincidían, su intuición les decía que la joven desaparecida aún estaba con vida.

Descubrieron que tenían a su favor que, en aquel pueblito, la gente se iba a dormir temprano, por lo que esa misma madrugada dejaron a “La Tule” para que investigara. No iban a poder utilizar aquella cámara de visión nocturna que compraron por internet porque, aunque era magnífica, tenía una lucecita verde que rápidamente las delataría. Para no levantar sospechas, cerca del muro se quedaría La Segua, montando guardia, segura de sus habilidades de defensa personal y un par de cositas que le había enseñado la vida. Zárate y La Llorona se quedarían en el vehículo atentas al celular y cualquier maniobra que tuvieran que hacer para recoger a sus amigas y eventualmente a la muchacha.

Ya dentro de la propiedad, La Segua montó guardia y La Tulevieja, que no era mayor que sus compañeras y a la

que aún hoy le seguía molestando aquel “vieja” que le habían acomodado hace tanto, se separaron. La Tulevieja recordó aquellas andanzas de antaño. Rápidamente sus ojos se acostumbraron a la oscuridad de aquella noche clara. Caminó despacio entre las plantas para no hacer ruido y suspiró al recordar tranquila que en la propiedad no había perros. Siguió caminando hasta que llegó cerca del galerón y casi se muere cuando a sólo unos pasos del portón, este se abrió desde adentro y Jason salió maldiciendo, enojado y tocándose la cara con la mano. Apenas le dio tiempo de meterse detrás de unas tarimas de madera y ponerse el pa-samontañas para que no se escuchara su respiración.

Esperó, esperó varios minutos hasta que sintió que era el momento y entonces corrió aquellos quince metros que la separaban de la puerta, barrió con muchísimo cuidado, lentamente, y se asomó para ver qué podía distinguir en aquel lugar donde se guardaba maquinaria y herramientas entre otras cosas que servían para distintos propósitos en la finca. Metió primero el hombro, luego el brazo y finalmente el resto del cuerpo, lo que le permitió inmediatamente identificar la distribución, posibles salidas, luz, objetos contundentes (una nunca sabe si va a llegar a necesitarlos) y otras cosas como obstáculos. Muy a su pesar no se distinguía entre las sombras nada que sugiriera que allí estaba la muchacha a pesar de que su corazón le decía que sí. Respiró profundo, sabía que ya se había pasado el plazo que su amiga La Segua debía esperar su regreso, y que si este de no se daba, debía ir a buscarla. No pasó mucho tiempo antes de que escuchara un leve “psss, psss” que habían acordado hacerse previniendo que no pudieran hablarse. Haciéndose señas, optaron por encender una pequeña lamparita de lectura con la que podrían buscar alguna puerta, armario, estación... algo donde se pudiera colocar a una persona menuda sin levantar sospecha.

La Segua envió un emoji con el pulgar hacia arriba indicando que todo estaba bien. Caminaron juntas por aquel lugar que traqueaba con el viento y el frío de la casi ya terminada noche, cuando lo descubrieron: en el fondo, detrás de un pequeño tractor y varias reglas de madera, había un pequeño depósito de plástico semejante a un baúl donde perfectamente cabría un adulto. Estaba cerrado con candado, tenía ranuras a los lados y era notorio que le habían colocado varios objetos encima. Se acercaron con el corazón que se les salía. Como La Tulevieja era psicóloga y conocía el comportamiento de las personas en situación de víctimas, fue ella quien se acercó y empezó a hablar.

—Muchacha, venimos a ayudarla. Por favor quédese quieta, no haga ruido. Ya pronto podremos sacarla. Inmediatamente se escuchó dentro a una persona desesperada que, amordazada, hacía ruidos.

La Tulevieja tuvo que amarrarse la faja y decirle con autoridad:

—Mire, sabemos quién es usted y venimos a ayudarla, pero lo más importante es su colaboración. Mi amiga y yo la sacaremos. Por favor, quédese tranquila.

El silencio les hizo pensar que la muchacha las había entendido. Con rapidez sacaron un pequeño cautil y comenzaron a cortar el candado. Las manos les temblaban, por fin sostuvieron ambos pedazos, rápidamente deslizaron la tapa y con la lamparilla vieron a la muchacha con los pies y las manos atadas sobre unos sacos vacíos. Con la navaja cortaron las amarras. Vieron los golpes, el horror en sus ojos. La Segua y La Tulevieja sintieron una gran rabia, pero abrazaron a la muchacha y le susurron preguntándole si podía caminar. Ella asintió con la cabeza y entonces, con la muchacha al centro aún amordazada por seguridad, salieron sigilosamente hacia la tapia. La Segua

había enviado el emoji de un vehículo que significaba que las pasaran a recoger. En cuestión de minutos aquel carro oscuro de vidrios polarizados se acercó a aquella esquina donde finalizaba la tapia y las recogió.

La Tule, que venía de últimas con unas ramas, limpió todas las huellas, saltó la tapia y se montó al carro. Se alejaron a toda prisa del pueblo. La Llorona, que era enfermera, revisó a la muchacha y le dio un tranquilizante. Le explicaron que el plan no terminaba allí y que iban a requerir un poco de ayuda.

Al llegar a la casa de nuestras heroínas, la muchacha tenía sueño y había dado su consentimiento para no informar a su familia en las próximas doce horas, que era lo que necesitaban. Le dieron algo de tomar y le colocaron ungüentos en las marcas de las ataduras, y ellas las abrazó y las besó y las bendijo por haber sido sus salvadoras. La muchacha quiso acostarse en el sillón, al lado ellas que trabajaban en la segunda parte del plan.

Todas tenían nuevos trajes, habían mejorado los maquillajes espeluznantes que les daban sus característicos nombres y tenían también algunos accesorios que les serían de mucha utilidad para volver a darle una lección a quien la necesitara.

Habían observado que en esos dos días Jason le había llevado a la muchacha un refresco que compraba cerca del trabajo en horas de la madrugada. Eran más de la una cuando La Tulevieja lo vio salir. Entraba al galerón y se quedaba un par de horas con ella. Ellas no sabían que una vez allí, él le daba el refresco por un agujero en el tape con que le cubría la boca y casi toda la cara. La besaba, le hablaba, le hacía promesas, le acariciaba las piernas, el cabello, le decía que la amaba.

Fue en una de esas ocasiones cuando la muchacha había aprovechado golpearlo en la cabeza, a lo que él respondió furioso con patadas y tratando de tomarla a la fuerza. Así que entonces las cuatro se prepararon. Entraron a la propiedad y se ocultaron en el galerón. Cuando Jason llegó aquella madrugada y cerró con mucho cuidado el portón de lata tras de sí, jamás se imaginó lo que le esperaba.

No había terminado de cerrar, cuando La Llorona, que era la más dramática, encendió un pequeño ventilador de escritorio sobre una pieza de hielo seco. Jason sólo miró extrañado preguntando si había alguien adentro. En ese momento la muchacha, vestida, peinada y maquillada por La Llorona, salió de la misma dirección donde se encontraba el lugar donde había estado cautiva, hablándole sugestivamente. Jason, sorprendido, sólo pudo nombrarla mientras caminaba hacia ella, pero en ese momento, La Segua, que ya no aguantaba más, le salió al paso con un relincho espeluznante que había grabado en el celular. Jason, incrédulo y sin entender lo que pasaba, trató de caminar para atrás, pero Zárate, que lo estaba esperando, lo hizo caer para que, una vez en el suelo, la escuchara reírse con una risa malvada al tiempo que le tocaba la cara.

Jason no sabía qué hacer, balbuceaba, lloraba, pedía perdón. Entonces pudieron probar llenas de gusto los accesorios que habían comprado en internet: gas pimienta y un taser. Cuando ella hubo terminado, lo amarraron de pies y manos con el mismo tape que él había usado con la muchacha y lo metieron entre un saco. A través de la trama, se turnaron para decirle cada una quienes eran y porqué habían actuado.

Ninguna supo muy bien cómo el tipo había quedado inconsciente cuando lo metieron al carro, la verdad que no les pareció importante recordarlo. Lo dejaron con el último

de los accesorios, unas esposas, bien sujetado al basurero que da frente al palacio municipal, donde después de una lluviosa madrugada, el tipo temblaba y lloraba, con la cara deforme y con síntomas de pulmonía. Muy satisfechas, dejaron cerca de su casa a la muchacha quien prometió que lo primero que haría después de besar a su mamá y a su tía, era llamar al noticiero y también a la policía, diciendo cómo ellas la habían ayudado.

Aquel día, ante la incredulidad de todo el país, ambos jóvenes hablaban cada uno por su lado de cómo estas cuatro mujeres, consideradas leyendas añejas, habían regresado del pasado para ajustar algunas cuentas y de esa forma, sin quererlo, actualizaron la versión que todos tenían acerca de ellas, empoderando, sin saberlo, a otras mujeres que decidieron unirse a través de distintos grupos y organizaciones para protegerse entre ellas o a cualquier mujer que las necesitara.

LA CIUDAD DESHABITADA

Leopoldo Orozco

Porque todo lo que hay en mí está a merced de esa ciudad que es mi origen.

Thomas Bernhard

I

Enterramos a mi padre hace poco más de un año. Una de las últimas cosas que nos pidió antes de morir fue que lleváramos su cuerpo a la ciudad donde nació y, al parecer, donde vivió los años más felices de su vida. Según nos dijo, quería descansar en lo que él llamó un lote pequeño en el cementerio municipal, donde yacían además los restos de sus dos padres y de uno de sus hermanos.

El lote, nos recalcó muchas veces, llevaba un número específico, y quedaba en la ladera de una loma desde la que, según él, podía verse el barrio donde creció. Mi padre tenía una memoria impresionante para las cifras, los rostros, las escenas. Tal vez porque siempre lograba hallar lo significativo de cualquier situación: podía decantar lo real de todos los hechos. Por ejemplo, nos contó alguna vez del día que enterraron a su padre: se distrajo del féretro que bajaba suspendido entre cuatro mecate amarillos, para ver cómo pasaba una parvada de zanates. El intenso color negro lo hizo pensar en aquel hoyo profundo, y verlos tan de cerca lo obligó a reconocer que no vería a mi abuelo nunca más. Sólo entonces, en sus palabras, se abandonó al llanto.

De su boca aprendí muchos nombres de pájaros. De esas especies, no logré ver ninguna. Zanates, colirrojos,

pardillos. En mi imaginación, todas aquellas aves tenían que ser rojas, de picos amarillos y antifaces marrones, y resaltarían entre las copas de los árboles como manzanas a punto de soltarse de sus ramas. Todas iguales, menos los negros zanates que sobrevuelan los velorios, que obligan a los niños a mirar la muerte.

Tal vez por eso mismo, porque ya no soy un niño, nada voló para mí sobre su tumba recién cavada. En esta otra ciudad en la que nos crió a los cinco, en cuya tierra descansa su cuerpo, sólo alcanzan a verse, de vez en cuando, palomas hinchadas de basura, hacinadas sobre las vigas altas o alrededor de migajas caídas.

Nuestra familia huyó de la ciudad primera hace tantos años que mi padre no parecía recordar la fecha exacta. O al menos eso nos decía todo el tiempo. Pero yo nunca le creí. Más bien me daba la impresión de que no quería contarnos algún detalle sobre la migración definitiva de nuestro apellido. Él lo recordaba todo. Yo sabía que decir «no me acuerdo» era su forma de callarse las cosas.

Muertos sus padres, sus hermanos y él abandonaron el hogar, quién sabe en qué condiciones. Todos murieron lejos, hasta donde supe. De la existencia de mis tíos sólo nos llegaban noticias cuando morían, a veces desde el otro lado de la frontera, a veces abandonados a su suerte, huyendo de quién sabe quién, desde algún pueblo vecino. Mi padre era el último que quedaba.

Estuvo hospitalizado durante tres meses, y agonizó los últimos tres días. Cuando apenas empezó el tratamiento y parecía estar funcionando, le pedí que me contara la ciudad, que me la describiera tan bien como pudiera.

Empezamos un día bueno. Estaba de buen humor, y por la ventana de su cuarto de hospital se colaba un calor

agradable. Puso la televisión en silencio y comenzó a hablar mientras su rostro encaraba la pantalla muda y dejaba caer, a tanteos, el control sobre la mesa de noche: hay una calle que la cruza toda, tiene un camellón lleno de hierba y la atraviesan palmeras altas...

Su voz monótona me quería hacer cabecer, pero seguí su relato lo mejor que pude. Escribí tan rápido como me permitieron las manos. Lo que hubo que dibujar, lo tracé con líneas inseguras. Paralelas, camellones, rotundas. Al cabo de un par de días, tuve algo parecido a un mapa. Un mapa con nombres de calles, jardines, un par de escuelas. Anotaciones personales: aquí me partieron la madre una vez, los hijos de los Abasolo, por besar a tu madre; acá yo esperaba que saliera tu abuelo del trabajo, y comíamos antes de que empezara mi turno; acá comienza la loma, el cementerio municipal. Ya saben, hay un lote ahí que es de nosotros, sólo digan su nombre y habrá alguien que los lleve a su pertenencia.

Cuando acabamos el mapa, lo llevé a casa, cuidadosamente doblado, entre las páginas de un cuaderno. Conseguí una cartulina y lo copié a regla y pluma, con las anotaciones detrás, pensando que tal vez algún día podría yo hacer el encargo. Aunque mi padre ya casi no veía, le mostré el mapa terminado y dijo que estaba bien, que así lo recordaba todo. Ahora me pregunto qué tanto habrá podido ver de mis trazos, si no lo decía tan sólo para hacerme sentir contento, con el triunfo de haber logrado rescatar alguna cosa.

Días después, cuando comenzamos a pensar que se recuperaba, se le llenaron los pulmones de agua. Por más que intentaron rescatarlo del ahogo, murió sin habla, sin poder despedirse de nosotros.

Si lo hubiéramos cremado, tal vez habría podido llevarlo conmigo. En mi maleta todavía quedaba espacio suficiente para meter una urna pequeña con sus cenizas dentro. Pero el agujero en el que lo metieron es demasiado profundo, y la caja en la que lo encerraron, demasiado pesada.

El pequeño ahorro que logré juntar me alcanzó para el camión de ida y vuelta: dieciséis horas, con sus paradas continuas para comer de menús nauseabundos en gasolineras casi abandonadas, para dormir en cuartos inundados de chinches, en pueblos de paso apenas tocados por el polvo. Estaba dormido cuando entramos en la ciudad y sólo me despertó el barullo de los pasajeros que se alzaban de sus asientos y se estiraban con disgusto.

Cuando bajé del transporte, la ciudad no estaba ahí. Al menos, no la ciudad de mi padre. Era la misma ciudad de la que habíamos partido hace dos días, la misma ciudad que es, al mismo tiempo, todas las ciudades grandes: igual de sucia y abarrotada, en constante expansión por todas direcciones. Hacia arriba, con rascacielos; hacia los lados, comiéndose los pueblos vecinos. Las mismas cadenas de comida rápida, la misma especie de palomas grises, los hoteles de paso y de lujo, los desastres viales.

Hablé con un guardia. Le pregunté por esa avenida con el camellón lleno de hierba. No supo de calles centrales, ahora todas daban a todos los sitios. También habían cambiado de nombre. Las calles con nombres de santos dieron paso a las de próceres nacionales, de numerales, de ciudades europeas. Afuera, entre los edificios que cercaban la estación, no se veía ninguna loma, ni nada que se le pareciera: todas, al parecer, habían sido aplanadas para dar espacio a las plazas comerciales, a los distritos industriales. La cadencia en el habla de la gente, del barullo comunal, tenía en su centro algo de la voz mestiza de mi padre, di-

luido su acento por el viaje de años, por el olvido de sus congéneres.

Salí de la estación. Compré un mapa en un puesto de periódicos. Lo que ahora llamaban ciudad era por lo menos el triple de grande que en ese entonces. Ni siquiera en la disposición de las calles logré encontrar similitud entre el ahora y mi mapa dibujado de memoria. De entre todos, sólo quedaba un nombre reconocible: la calle que ahora es Abasolo, donde vivían los hermanos que alguna vez lo golpearon. Imaginé que aquella familia habría dado algún diputado famoso. La avenida principal, cruzada de palmeras, ahora era una calle más de entre las miles. Según la memoria de mi padre, ahí tendría que empezar la loma.

III

Paro un taxi: lléveme acá. Nos vamos acercando poco a poco. Nada. Ninguna de las calles termina en muros altos ni en las rejas de metal que resguardan las tierras bendecidas. El aire se siente pesado, espeso. Me parece oír un silbido, un batir del aire que me hace comprender de una vez por todas: la ciudad quedó deshabitada con la muerte de mi padre, y yo no puedo ser en ella más que un simple extranjero. Seguimos avanzando. Siento que el camino se alarga hasta no acabarse nunca. Trago saliva. Escucho una voz en el asiento del conductor, una voz como un aleteo que parece venir de más lejos, más allá de la ciudad y de su gente: dicen que aquí empezaba un cementerio, pero que lo movieron de lugar hace mucho; cuentan que hubo restos sin reclamar y que acá los dejaron, bajo el concreto de la plaza; dicen que espantan en la noche, que nadie sabe de dónde salen, pero suenan los chirridos de unos pájaros negros sobre las casas.

LA LEYENDA DEL PAYASO

José Ramón Ramos

Nunca me había dedicado a aquello de forma profesional. Desde siempre me había gustado hacer pequeños trucos de magia para mis amigos, ya sea en sus casas o en los bares. Con el tiempo fui perfeccionando mis habilidades de ilusionista y creando trucos cada vez más deslumbrantes. Poco a poco empecé a actuar en pequeños pubs de personas conocidas a cambio de la cena y las copas sin querer cobrarles en metálico por mis apariciones. Reconozco que los trucos que hacía impresionaban a mucha gente y me reportaron algunas amistades muy interesantes.

Compaginaba estas actuaciones con mis estudios en la universidad, donde por cierto, también fui haciéndome popular. Tanto mis compañeros de estudios como mis amigos y los conocidos de los pubs empezaron a intentar convencerme de que me dedicara a la magia en plan profesional, creándome una imagen y dándome a conocer. Al principio ni se me ocurrió planteármelo, pero ante la insistencia continua de tanta gente, comencé a pensar lo. Preparé tres o cuatro trucos de magia a lo grande que, junto a los que ya practicaba, conformaron un conjunto bastante digno. Me puse un nombre artístico, preparé tarjetas y carteles con mi imagen que esparcí entre la gente de los pequeños locales donde comencé a ofrecer mis actuaciones.

Para mí resultó una sorpresa mayúscula cuando recibí la llamada del director de un circo que acababa de estar trabajando en las fiestas de mi ciudad. Por lo visto, había presenciado mi actuación en dichas fiestas en las que, por cierto, había ensayado con bastante éxito mis nuevos trucos. En poco tiempo llegamos a un acuerdo en las condiciones y firmamos un contrato para la gira de verano, temporada en la que yo tenía vacaciones en la Universidad.

La vida en un circo, por lo general, es mucho más dura de lo que la imagen de luces, colores y música puede hacer suponer. Por suerte, mi contrato no me obligaba más que a cumplir con mis ensayos y actuaciones, pero la mayoría de los que se dedican a esto, además de tener que arriesgarse a las fieras, las lesiones o las caídas a veces mortales, tienen que soportar los continuos viajes, el cuidado de los animales o los trabajos de montaje y desmontaje, haga el tiempo que haga. La vida en cualquier circo no es una vida para nada normal. Los artistas circenses no conocen los muros de ladrillo a su alrededor, ni tienen patio ni jardín. Según ellos afirman, no tienen casa, pero sí que tienen hogar. Su hogar está detrás del escenario, en sus remolques y caravanas, donde no hay tantas luces, los colores son menos intensos y su jardín cambia con cada ubicación.

La función siempre debe continuar, ya sea tras la alegría de una boda o un nacimiento, ya sea tras la tragedia de un accidente o de un fallecimiento. El espectáculo circense hoy en día está muy anticuado, desfasado con la vida que vivimos, en la que en una pantalla podemos ver cualquier maravilla del mundo con sólo oprimir botones. Aun así, el circo sigue atrayendo a una minoría, sobre todo personas con sus hijos y nietos, que quieren que los niños vivan la misma experiencia que ellos tuvieron en su propia niñez. La verdad es que estar en medio de las luces, los sonidos, los olores, las voces grandilocuentes, es algo que nos trans-

porta a otra época, a un ambiente decadente, antiguo y melancólico, pero a la vez evocador y alegre. El circo es como una universidad de la vida en la que se aprende el sentido de la libertad y en la que las fronteras no existen. En una ocasión oí decir a uno de los payasos que cuando llegara la hora de su muerte, le enterrasen en el cementerio del lugar en el que muriese y en una fosa común, para estar siempre acompañado del público. Ojalá que por muchos adelantos tecnológicos que surjan en el futuro, sigan existiendo unos pocos nostálgicos chiflados que no dejen morir “el mayor espectáculo del mundo”.

No es normal encontrar a una mujer haciendo el trabajo de un payaso en un circo. Y menos normal aún es que el número lo forme un matrimonio como era el caso del nuestro. Se trataba de una pareja de centroamericanos que rondaría la treintena de años, formada por Mayra y Celestino, a quien todo el mundo conocía como Tino. Con Tino tenía bastante relación desde que comencé en el circo, pues era una persona muy abierta y congeniamos desde el principio. Con el paso de las semanas nos fuimos haciendo buenos amigos y mantuvimos una buena camaradería. A su mujer, Mayra, la veía mucho menos fuera de las horas de trabajo, pero siempre me pareció más reservada que su marido. Cuando actuaban, él salía a la pista vestido con la clásica chaqueta grande y los zapatones del payaso tonto, mientras que Mayra lucía la cara pintada de blanco y un traje brillante ajustado a su cuello y a sus tobillos, con un aro por el interior a la altura de la cintura, dándole volumen y disimulando así sus formas femeninas.

Una noche, después de cenar en el comedor del circo, Tino me dijo:

—Me gustaría hablar un momento contigo. ¿Te importaría venir a nuestra caravana? Quiero contarte algo.

Esto me desconcertó pero, aunque no sabía por dónde iba a salir, acepté acompañarle. Mayra se unió a nosotros poco después y entró con Tino y conmigo en el vehículo.

Me invitó a sentarme con él en unos cómodos sillones frente a una cama y sirvió copas de licor para los tres. Me llamó la atención algo que había colgado de la pared, como si fuera un cuadro, pero completamente envuelto y embalado.

—Ya sé que lo que te voy a contar te va a parecer muy extraño y estoy seguro de que no te lo esperarías —comenzó hablando.

—Bueno, pues tú dirás.

—Mayra y yo siempre nos hemos llevado muy bien. Desde que llevamos juntos nos hemos compenetrado de maravilla. Pero hubo un hecho que lo cambió todo.

—Somos conscientes de que todo esto te sonará muy extraño —siguió diciendo ella— pero tiene una explicación. Necesitamos contarle a alguien lo que pasa. Todo tiene que ver con ese cuadro que ves colgado ahí tan tapado.

—Sí —continuó Tino—, pero para que lo entiendas, déjame que te cuente una leyenda de mi país, Guatemala, que tiene que ver con nuestra profesión. Diría que es una historia muy popular en toda Centroamérica. Se trata de la “Leyenda del payaso diabólico”.

Todavía un poco extrañado, escuché el relato de Tino.

El Doctor Muñoz era médico de profesión y amigo del ministro de Sanidad de Guatemala. Durante muchos años había trabajado en el hospital de Quetzaltenango hasta que fue llamado a la capital para ocupar un puesto importante en el Ministerio.

Toda la familia estaba muy contenta, todos excepto Alberto, el hijo mayor, que tendría que dejar a su novia y a sus amigos en su ciudad natal. Al llegar a Guatemala, la capital, la familia fue conducida a la casa que había preparado el ministro para ellos. Se trataba de una casa muy grande y bonita, junto a la iglesia, en uno de los mejores barrios de la ciudad. La familia estaba entusiasmada, los más pequeños entraron corriendo para explorarla, los padres entraron abrazados sintiendo que el futuro les deparaba cosas muy buenas, mientras que Alberto no estaba muy convencido y entró con un sentimiento de frustración.

Los dos niños pequeños correteaban por toda la casa y ya habían elegido cuáles serían sus habitaciones en el piso superior, mientras que los esposos inspeccionaban el salón, el comedor y la cocina antes de subir a la que sería su habitación. Todos los muebles estaban cubiertos con sábanas para preservarlos del polvo. Después de dejar sus maletas cada cual, en su cuarto, se reunieron en el salón para ir destapando todo el mobiliario. Descubrieron un cómodo sofá de tres piezas, dos mesas auxiliares, un mueble con un viejo televisor, dos cuadros de paisajes y otro pequeño cuadro de un horrible payaso que mostraba un puño cerrado.

El cuadro del payaso causó escalofríos en toda la familia. Lucía una mirada penetrante, una sádica sonrisa y un puño cerrado. Todos querían deshacerse del cuadro, todos menos Alberto, que veía la oportunidad de fastidiar a sus padres por haberle hecho mudarse a Guatemala. Ellos le dieron permiso para quedarse con el cuadro, pero con la condición de que lo colgase en su habitación, para no tener que verlo. Esto calmó un poco a Alberto que les llamó miedosos y todos terminaron bromeando. Caída la noche todos estaban exhaustos por el largo viaje y la limpieza de la casa y celebraron entre risas una alegre cena. El futuro parecía muy alentador.

El día siguiente amaneció muy distinto. El Doctor Muñoz se levantó temprano, pero decidió no despertar a su mujer ni a los niños. Pasada una hora, éstos se fueron despertando. Decidieron preparar un delicioso desayuno familiar y enviaron a Marcela, la más pequeña, a despertar a su madre. Pasados unos minutos, Marcela volvió diciendo que su mamá no despertaba, por lo que el Doctor Muñoz subió a ver qué sucedía. Pero lo único que volvió fue su grito al ver que su compañera de hace más de veinte años yacía inerte en la cama. Los niños lloraron abrazando a su madre fallecida y Alberto corrió a su habitación a llorar y a maldecir al mundo por la pérdida. En esos momentos de dolor, no se percató de que el cuadro del payaso había cambiado. Ahora su puño ya no estaba totalmente cerrado, sino que había extendido un dedo.

Unos días después del entierro, Francisco, el hijo mediano, enfermó de una extraña afección respiratoria. Su padre intentó ayudarlo, pero los síntomas lo tenían confundido y decidió llevarlo al hospital, donde le realizaron todo tipo de análisis, pero todo fue en vano. La condición del pequeño Francisco se deterioraba y falleció dos días después. El padre llamó a casa para darle la noticia a su hijo mayor y le indicó que volvería más tarde. El pobre Alberto no podía creer lo que sucedía con su familia y subió a su cuarto para lamentar la pérdida de su hermano. No se percató de que ahora el repelente payaso levantaba dos dedos. Se tiró en la cama y lloró hasta quedarse dormido, olvidándose de que había dejado a la pequeña Marcela sola en la bañera.

Horas después el teléfono lo despertó. Lo primero que miró fue el cuadro del payaso, que ahora tenía tres dedos levantados. Le pareció extraño, pero no recordaba cómo era la pintura originalmente, así que no le prestó mucha atención y corrió a contestar el teléfono. Era su padre, que llamaba desde el hospital para ver cómo estaban sus hijos.

Alberto recordó que la primera vez que llamó su padre estaba cuidando de Marcela en la bañera, por lo que corrió a verla. Al entrar al baño se encontró con el cuerpecito de la niña flotando boca abajo. La hermanita de Alberto estaba fría y no respiraba. Alberto se apresuró de vuelta al teléfono para decirle a su padre lo que había ocurrido.

El Doctor Muñoz salió del hospital y se dirigió en su coche a toda velocidad hacia su casa por si podía hacer algo por salvar a su pequeña. Cuando llegó a la plaza delante de su casa, perdió el control del vehículo y se estrelló contra una pared. Alberto escuchó el fuerte impacto y corrió del baño a su habitación, cuya ventana daba a la plaza. Ahí vio el coche de su padre destrozado. Una puerta se abrió y el cuerpo del Doctor Muñoz, ya sin vida, se deslizó hasta el asfalto. Horrorizado, Alberto se giró con las manos en la cabeza esperando que todo fuera un sueño, que no fuera realidad. Frente a él, el cuadro del payaso cobró vida. Y esta vez, Alberto se convirtió en el único testigo al observar cómo el payaso levantaba un cuarto dedo y con una leve sonrisa dijo: "Sólo falta uno".

La locura se apoderó del joven y salió corriendo de la casa. Entró en la iglesia de enfrente, se arrodilló frente a un banco y rezó, rezó y rezó. En la calle escuchó sirenas y el murmullo de los curiosos que se juntaban alrededor del coche para ver qué había ocurrido. Alberto al fin salió lentamente de la iglesia con la mirada perdida y se dirigió hacia su casa. Todo su cuerpo temblaba y repetía continuamente la misma frase: "Sólo faltas tú, maldito payaso".

Cuando llegó a su casa, la policía tenía acordonada la zona e intentaron detenerlo, pero él salió corriendo y se dirigió velozmente a su habitación. Tres policías le persiguieron. Alberto logró alcanzar el cuadro del payaso e intentó romperlo, pero antes de conseguirlo fue aprehendido por

los agentes que pensaban que podría estar involucrado en las muertes de su familia. Un grupo de médicos evaluó a Alberto y determinaron su locura, por lo que fue llevado a un psiquiátrico en otra zona de la ciudad. Nadie creyó en su historia del payaso y tres días después su cuerpo apareció ahorcado en su celda. Alberto se había suicidado. El payaso levantaba ahora los cinco dedos.

Pero lo más preocupante de la historia es que no termina ahí. Los tíos de Alberto llegaron a la capital desde Quetzaltenango para recoger los bienes de la familia. Al regresar a su ciudad, desempaquetaron todo y encontraron el cuadro del payaso con los cinco dedos levantados. Recordaron la historia de Alberto y que debiera tener únicamente cuatro dedos en alto. La familia entró en pánico. Intentaron romper el cuadro, pero no podían rasgarlo. Intentaron quemarlo, pero no ardía. Al final decidieron sacarlo a la calle para que no afectara a su familia.

Unas horas después, alguien llamó a la puerta. Tras ella se encontraba un hombre de edad avanzada y ropa de religioso. Preguntó si el cuadro que tenían fuera estaba en venta. Le dijeron que no estaba en venta, pero que si quería llevárselo podía hacerlo libremente. El cura lo agradeció y se retiró, observado por la familia que vio cómo se alejaba el cuadro con el payaso que ahora tenía nuevamente el puño cerrado, como si la cuenta se hubiera reiniciado.

Semanas después, las noticias anunciaron el asesinato del arzobispo. El tío de Alberto reconoció el rostro y le dijo a su esposa que ese era el religioso a quien habían regalado el cuadro. Desde entonces no volvieron a saber nada del cuadro del diabólico payaso.

Llegado a este punto, Tino dio por terminado el relato y le dije:

—No me digas que ese cuadro que tenéis ahí tapado es el del payaso de la leyenda.

—Aunque te parezca increíble, ese es el cuadro del payaso diabólico.

—Y ¿cómo llegó a vuestras manos?

—Esa es otra historia que ya te contaré algún día.

—Pero ¿vosotros creéis en esos cuentos?

—Pues sí. Por eso lo tenemos tapado, para que no nos afecte otra vez.

—¿Cómo que otra vez? Si os hubiera afectado ya teníais que estar muertos, ¿no?

—Yo no me creía nada de esto, pero un día descubrí que a mí, el payaso sólo me levantó la mitad del dedo, por lo que mi desgracia no fue la muerte, sino otra cosa. Desde entonces, me resulta imposible llevarme bien con mi mujer y eso es algo terrible para los dos. Temo que esto vaya a más y termine mal. Lo mantenemos con nosotros para que no lleve la desgracia a nadie más.

Totalmente asombrado pregunté:

—Pero ¿cuál es el motivo de que me hayáis traído aquí?

—El motivo es que queremos pedirte que te deshagas del cuadro por nosotros —Mayra siguió con la explicación—. Tino te considera un amigo y por eso me habló de ti y pensamos que...

Tino la interrumpió diciendo:

—Estamos seguros de que cuando el payaso desaparezca de nuestras vidas, todo volverá a ser como antes, pero nosotros no podemos deshacernos de él.

Realmente aturrido por el desarrollo de la conversación, miré alternativamente a aquella pareja de chiflados sin poder creer del todo lo que había escuchado. Al comprobar mi silencio y mis dudas, Mayra descolgó el cuadro de la pared y me lo entregó con mirada suplicante. Aquel ruego en sus ojos y la amistad que me unía a Tino me llevaron a alargar la mano y tomar el paquete. Ya pensaría más tarde cómo efectuaría su encargo.

Aquella noche no pude pegar ojo. Posiblemente la presencia del cuadro encima de la mesa influyó en ello. A punto de amanecer decidí que, ya que estábamos en una localidad costera, amarraría un peso al paquete y lo arrojaría al mar desde el muelle del puerto. Me dirigí temprano al lugar con aquella intención y, para mi sorpresa, la suerte estuvo de mi parte. En una zona del puerto se estaban llevando a cabo labores de construcción de los grandes bloques para la escollera destinada a alargar el muelle principal. Los camiones de cemento descargaban su contenido en inmensos moldes que los operarios dejaban fraguar varios días hasta que su contenido se endurecía y el bloque era depositado en la escollera. Uno de aquellos moldes estaba lleno hasta la mitad de cemento y vi la ocasión de hacer desaparecer el cuadro del payaso diabólico para siempre. Lo arrojé al centro del bloque poco antes de que un camión descargase su contenido haciéndolo desaparecer bajo la masa de cemento. Ahora sólo bastaba que este se endureciera y fuera arrojado al mar.

Volví al circo satisfecho de la solución que había encontrado y que me parecía definitiva. Poco podía sospechar entonces que, unos días más tarde, cuando el bloque fue elevado por una grúa para ser colocado en la escollera, un cable se rompiera dejándolo caer al muelle. La mala fortuna quiso que un trozo del bloque rebotase alcanzando a un operario causándole la muerte al instante. Durante las la-

bores de desescombro, un compañero del fallecido observó que un paquete sobresalía de entre los cascotes. Descubrió el paquete con el cuadro y se lo llevó a su casa.

EL PUEBLO

Jorge Barboza Valverde

Si ponemos atención, los pueblos tienen un preludio que emociona. Primero, nos damos cuenta de que vamos abandonando la ciudad cuando los edificios comienzan a disminuir su tamaño y se mezclan con las casas. La carretera deja de ser lineal y serpentea, pasa a ser adornada por arbustos y árboles. El verde tiene un olor característico a vida. Luego viene un puente, un llano y un sembradío. Comenzamos a ver fauna domesticada, mas no doméstica; vacas, caballos, cabras, más verde, verde, verde, casa, verde, casa, casa, verde, verde, casa abandonada, vaca, verde, casa, casa, plaza, iglesia y listo. Ya estamos en un pueblo.

La Muerte no suele aparecer mucho por los pueblos, sólo en ocasiones especiales, como cuando murió aquel señor tan simpático que siempre regalaba naranjas (quién diría que sus familiares conocían tal cantidad de palabras obscenas y groseras, y eso solo con la lectura del testamento) o cuando aquel joven llevó a su linda novia a dar una vuelta en la motocicleta que con tanto trabajo había conseguido.

La Muerte no es sociable. Le gusta su trabajo porque es muy personal, al detalle, un alma a la vez. Salvo en aquellas ocasiones donde algún imbécil decide cargarse a todos los que hacen fila en un banco. Eso genera mucha confusión

entre las almas. Con más razón cuando se ponen a conversar entre ellas y aparece el genio que saca conclusiones sobre cuáles son los pasos a continuación: «Listo, estamos todos muertos, ahora veremos una luz y debemos caminar todos hacia ella, y luego...». El discurso siempre termina cuando aparece ante ellos un esqueleto de dos metros con una capucha negra y una hoz en su mano izquierda. Indudablemente el instinto dicta que hay que seguirlo. Las almas del campo son buenas para seguir a su instinto y a la muerte. Saben que cuando han vivido muchos años, llega el momento de partir al otro pueblo del más allá. Saben que cuando corren en motocicleta calentando los motores y con su novia atrás es difícil mantener la concentración en las curvas del camino.

Los pueblos son coloridos de día y peligrosos de noche. Una persona ajena a ellos puede desconocer la fauna que comienza a buscar el desayuno cuando cae el sol. Un turista no sabe cuáles son los caminos cortos para el más allá. La Muerte, en cambio, conoce muy bien cuáles son esos caminos, ya que cualquiera que ella decida tomar se vuelve arriesgado para los que disfrutan oxigenar sus pulmones y tener sangre en las venas. La simple presencia de La Muerte no significa que alguien vaya a morir, como todo trabajador disfruta de su tiempo, de hecho, hay ciertos lugares donde suele trabajar menos. Los humanos han llamado zonas azules a esos sitios.

Este pueblo en particular no es una zona azul, ni está cerca de serlo. Es el pueblo más común que nos podemos imaginar. Es tan sencillo que entra en la categoría porque cumple con los tres requisitos básicos: iglesia, plaza de fútbol y cantina. Pero que sea un pueblo genérico no lo excluye de tener cierta mística. Porque donde hay sencillez, hay buena fe. Donde hay fe, hay creencias. Y donde hay una cantina, hay un Cadejo; uno de los pocos seres que pueden

mantener a La Muerte a raya.

—Buenas noches, Muerte. Justo estoy esperando a mi último cliente —saludó el Cadejo sin apartar la mirada de la entrada de la cantina.

—Buenas noches, Cadejo —respondió La Muerte.

—¿Qué te ha parecido el pueblo?

—Sencillo y tranquilo. No lo visito seguido porque hay poca gente.

—Nada deslumbrante, en eso concuerdo. Es pueblo hace poco, ¿sabes?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que la cantina es nueva.

—¿Y entonces?

—Ya sabes lo que dicen. Para que un pueblo sea pueblo debe tener una iglesia, una plaza de fútbol y una cantina.

—Ya veo, ya veo... ¿Quién lo dice? —preguntó La Muerte que no estaba enterada de los requisitos de las poblaciones humanas para ascender de categoría.

—Pues la gente.

—¿Qué gente? ¿Hay una votación?

—Pues... no, es más como un acuerdo general —contestó el Cadejo dudosamente.

Hubo silencio. Ambos miraban la entrada de la cantina. Un tipo salió de ella.

—Este no es... —murmuró el Cadejo.

—Lo sé —dijo La Muerte.

—¿Será posible que estemos aquí por la misma persona? —se preguntó en voz alta el Cadejo.

—Es posible, y no sería la primera vez —afirmó La Muerte.

Hubo otro silencio.

—Pero, yo no te recuerdo en ninguno de mis viajes —dijo confundido el Cadejo.

—Siempre estoy presente en todos tus viajes, amigo. Es el protocolo.

—Por más que trato no te recuerdo —añadió el Cadejo.

—Es sencillo. No lo recuerdas porque no ha sucedido contigo en particular.

—Pero dices que “es el protocolo”, es decir, que es algo establecido por costumbre.

Salió otro sujeto de la cantina.

—Este tampoco es —murmuró el Cadejo.

Ambos miraron cómo se perdía en la oscuridad del camino. Hubo silencio de nuevo.

—Somos conceptos —dijo La Muerte.

—¿Somos conceptos? —preguntó dubitativo el Cadejo.

—Exactamente, yo más que tú, pero conceptos al fin.

—Y, en sí, ¿cuál es el concepto de ser un concepto? ¿Y por qué tú eres más concepto que yo? —preguntó el Cadejo.

La Muerte adoptó una pose catedrática y comenzó a ex-

plicar.

—Nacemos porque alguien nos piensa. Pero no sólo una persona, cuando es únicamente una persona, eres una idea, y sólo vives en la cabeza de la persona que te ideó. Nosotros comenzamos a existir porque pasamos de ser una idea en la cabeza de alguien a meternos en la cabeza de muchos. Existimos cuando varias personas comienzan a creer en nosotros como concepto. Tú, amigo mío, comenzaste a existir cuando apareció esta cantina en el pueblo.

Ambos se quedaron en silencio. El Cadejo, conceptualizando los conceptos que implicaban ser un concepto, y La Muerte satisfecha de haber iluminado a un colega.

—Dime, ¿por qué tú eres más concepto que yo?

—Porque tengo muchos años de existir, tengo más experiencia. De hecho, no sé si todavía debería incluirme en la categoría de concepto.

—¡Más experiencia! ¿A qué te refieres? —preguntó inocente el Cadejo.

La Muerte se sentó al borde de la acera quedando a la altura de la cabeza del Cadejo.

—Tu misión es lograr que una persona que salga de esta cantina llegue a su casa a salvo de mí. Pero todavía no sabes identificar bien cuál es la persona indicada. No puedes seguir a cualquiera, porque además esa persona debe tener cierto grado de embriaguez para que pueda verte y lograr tu objetivo. Con el tiempo y las experiencias, vas a ir agudizando tus sentidos, descubriendo tus propias técnicas y vas a lograr que yo no pueda cumplir con mi trabajo.

El Cadejo estuvo pensativo un rato, luego miró a La Muerte con la certeza de que sabía la respuesta de la pre-

gunta que iba a elaborar.

—¿Tienes alguna técnica para Cadejos novatos?

—Sí, amigo mío. A diferencia tuya, yo puedo estar en varios lugares a la vez. Mi técnica consiste en entretenerlos hasta que cumpla mi cometido.

EN EL MEDIO DEL SALAR

Alfredo Arnez Valdés

Muchos dicen que los caminos que conducen al gigantesco mar petrificado ya no son lo suficientemente pequeños como para restringir el paso de los extranjeros en estas tierras. Algunos llegaron a Uyuni ayer, y ahora un grupo bastante grande de ellos se dispone a hacer los arreglos correspondientes para quedarse en el hermoso Hotel de sal y así proveer al pueblo del movimiento que tanto necesita para subsistir.

—Mi nombre es Adrián Montesinos y vengo de la Ciudad de México, ¿de dónde son ustedes?

El resto de los extranjeros respondieron, algunos con un español mal pronunciado y otros en inglés. Por fortuna él sabía hablarlo, así que no tuvo mayor reparo en entablar amistades con las que tendría que convivir un par de días. El viaje fue casi perfecto: aviones a tiempo, buena compañía y sobre todo un muy buen recibimiento por parte de todos los lugareños.

Tres camionetas se enfilaron hacia el salar. Adrián estaba en una de ellas, con un grupo de finlandeses ataviados de cargamento, carpas, mochilas y demás. Entre ellos no solo compartían comida, sino también risas y anécdotas de sus viajes, y algo de vodka para calentarse.

Pronto, a lo lejos se divisó el esperado espejismo que de a poco dejó de serlo. Mucho se dice del salar, excepto que no es como los desiertos. Todos se quedaron boquiabiertos ante aquel suelo blanquecino que se mostraba entre las casuchas de paja y adobe. Aquello era más como caminar sobre las nubes que otra cosa.

Al llegar al hotel los turistas tenían el típico malestar que precede a los viajes y, a pesar de estar literalmente en medio de la nada, ansiaban espacio personal y soledad. Una vez instalado, Adrián tomó una bocanada de aire, queriendo inhalar algo de serenidad; sin embargo, dada su natural inquietud, la ansiedad por explorarlo todo lo dominaba. Aunque estaba anocheciendo, no pudo aguantar más y escapó del lugar.

La noche era espectacular. Pudo saborear el placer de presenciar de primera mano la creación e inmensidad en su esplendor máximo, las constelaciones apretujadas entre otras estelas de luz y, sin una sola nube en el cielo, las estrellas fugaces cayendo sobre ese abismo oscuro que era el salar de noche. Definitivamente amaba ser él mismo en esos momentos y poder estar solo frente a la nada en aquel instante.

De pronto escuchó un silbido alegre a lo lejos.

“¿Quién puede silbar tan afinado a estas horas de la noche y con semejante clima, si yo apenas puedo caminar con el frío?”. Algunos viajeros le habían contado que el viento y la atmósfera en el altiplano suelen sentirse tan solos que buscan hablar con la gente, pero no siguió pensando en eso y continuó disfrutando un cigarrillo que había encendido hace poco, agregando a aquel paisaje una fumarola y un pequeño espectro de luz

Aquella cancioncilla era cada vez más notoria y se apro-

ximaba, arañando el suelo como las garras de un animal salvaje de andar letárgico y pesado. A cierta distancia, la débil luz de su linterna apuntó a un hombrecillo de pequeña estatura con la cabeza y las extremidades un poco más grandes de lo normal en proporción al cuerpo. El sujeto de rostro cobrizo tenía un poncho viejo y descolorido, muy diferente a los que había visto antes, caminaba con la vestimenta típica de los lugareños, con ojotas y polainas para cubrirse del frío y el chulo en la cabeza, el cual tenía un montón de hoyos. A pesar de ese aspecto desprolijo, tenía en sus dedos anillos de oro y plata con incrustaciones de rubí, diamante y esmeralda, un pectoral de oro y un par de collares del mismo metal, colgando de un cuello que parecía el de un sapo obeso.

—Joven, buenas noches tenga usted, ¿qué está haciendo tan tarde en una noche tan fría?

—Buenas señor.

—Jacinto me llamo, ¿y usted?, ¿no es de estos lados verdad?

—Me llamo Adrián y soy mexicano. Hermoso país tienen ustedes.

—Eres bienvenido aquí hermano, no se nota que eres extranjero. No tienes el pelo amarillo o los ojos rasgados como los que suelo encontrarme, sin embargo, he conocido algunos de tus compatriotas y sé bien como son.

—Pues muchas gracias, señor. Me recibieron bien aquí y estoy muy agradecido.

El hombrecillo parecía buena persona. Muy pronto se fue ganando su confianza, palabra tras palabra, sonrisa aquí y mirada allá, incluso con ese aire entre melancólico, aprovechado y siniestro que tenía.

Las pisadas no se sentían tan afiladas como cuando habían llegado al salar, por lo que ambos hombres caminaron bastantes kilómetros tierra adentro, mientras la oscuridad permeaba los peligros de una noche fría de agosto. Don Jacinto cargaba un mechero que parecía que nunca se iba a acabar, ya que después de transcurrida una hora y media, seguía alumbrando como antes.

El joven era aventurero pero no era estúpido, sabía del brusco descenso de las temperaturas nocturnas por esos lados, por lo que llevó consigo una parca azul con pluma de ganso muy abrigadora, una chalina del mismo color y una gorra de lana junto a un par de orejeras que hacían muy bien su trabajo.

—Don Jacinto, creo que estamos algo lejos del hotel, a lo mejor y sería bueno que regrese.

—¡Ay tatita, no sabes lo solo que me siento! —exclamó el señor con vehemencia, como suplicando que el único amigo que pudo encontrar esa noche no lo abandonase. Adrián, un tanto receloso, optó por acompañarlo y seguirle la corriente. “Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que me puede pasar? Pobre hombre”, pensó.

El señor, con una sonrisa muy convincente, un rostro casi inexpresivo y soltando un par de lágrimas, dijo que solía hallar tesoros de todo tipo y quedarse con ellos, pero que las personas con las que se encontraba siempre se iban de su vida. También habló de sus antiguos amores, de su esposa fallecida y los hijos que se fueron para nunca más volver...

La noche transcurrió apacible, junto a una fogata improvisada próxima a una gruta. Pronto ambos amigos compartieron historias, hablaron de sus travesías y de su infinita soledad, mientras el viento trataba de contarlo

todo sin que lo escucharan.

Al amanecer del día siguiente, en el hotel se percibió un enorme nerviosismo. En medio de la histeria cada cual hablaba en su idioma nativo, despoticando contra el integrante que faltaba.

“¡Cínico!”, dicen unos. “¿Dónde están nuestras cosas!?", dicen otros.

Los afectados llamaron a la policía, que tardó mucho en llegar al sitio para tomar las declaraciones y tan sólo decirles que no podían salir de Uyuni, al menos hasta que el asunto no se esclareciera. De todas formas, no iban a irse en un par de días. Estaban todos varados a la merced del depósito bancario de sus familias y de la regularización de sus papeles extraviados.

Tiempo después se hallaron los cuerpos sin vida de los 14 foráneos extraviados, entre ellos tres finlandeses y cuatro mexicanos en un estado avanzado de descomposición, muy delgados, con el rostro pálido y gélido, con un notorio rigor mortis. Aún no se logra explicar el macabro crimen.

El único que nunca se encontró fue Adrián. Dicen que seguramente se cambió el nombre y se fue a vivir a otro sitio, o que fue presa del Abchanchu.

Cuentan los rumores que este personaje se lleva a los turistas incautos que no cierran las puertas y ventanas de los hoteles o se quedan en la intemperie y les succiona la vida, atrayéndolos hacia su gruta con ese carisma imposible de ignorar y el silbido de sirena tan afinado y tan melancólico. Luego les roba las pertenencias. Suele presentarse como un hombre andrajoso de uñas largas y afiladas, aferrado a sus amadas alhajas. Nunca muestra los colmillos. Más de uno me ha contado que se le conquista escuchándolo y apelando a apaciguar su incommensurable soledad, que

gana amigos para luego comérselos.

Volviendo a nuestro caso, en lo que va del año, en todo México comienza a rumorearse sobre un ente que cuando se acerca deja escuchar un silbido dulce y melancólico, que busca succionar la vida de los que se entregan al abandono en los grandes descampados.

EL HUEVO DEL DIABLO

Mario Galván

Juanelo regresó de dar un servicio en taxi por la madrugada. Al llegar a la puerta de su casa, se quedó dormido ante el volante del auto. En ese sueño, producto del cansancio, se le apareció El Diablo para querer llevárselo, con su aspecto demoníaco y sus artimañas, pero Juanelo le ganó.

—En cambio, mi suegra, es como la leyenda del herrero: temida por el diablo —me advirtió con los ojos bien grandes y la voz profunda, después de terminar su merienda.

Mi suegro decía que doña Mercedes Pedroza era una mujer mala, sólo contenida por el carácter dulce de su esposo. Cuando papá Arturo falleció, doña Meche volvió a su estado habitual.

—Una vez intentó demandar a sus propios hijos por abandono, pero no tuvo evidencias para comprobarlo.

A sus ochenta y siete años doña Mercedes podía padecer demencia senil, pues solía enredarse en sus recuerdos e intentaba salirse de la casa con resultados muy dramáticos. El más grande de sus hijos, un merolico de productos naturistas, le dio una medicina y doña Meche comenzó a recordar con claridad. Los pleitos por enojos del pasado comenzaron a ser más comunes.

—Mejor quítensela —dijo el hijo mayor.

Los tres hijos hospedaban a su mamá durante breves temporadas en sus respectivas casas. El chisme de la señora era su vicio y pecado: todo el tiempo con el oído alerta, queriendo intervenir en las vidas ajenas con un comentario inoportuno, aplicando la máxima de “el diablo está en los detalles” con sus preguntas quisquilloosas que no daban tregua. Sólo la esposa de Juanelo le tenía paciencia, ya que mi suegra era su única hija y así solía ser el amor filial en ese municipio de Campeche donde crecieron.

Una tarde de febrero, Doña Mercedes llegó a casa de mi suegra. Dijo que no quería venir. Simplemente se subió al auto y la trajeron. Traía consigo únicamente su estuche de costura. En él llevaba un bordado de grecas de flores rojas en punto de cruz que realizaba sobre una tela de manta para entretenérse.

—O para hacer sus tejemanejes —enfatizó mi suegro, inmediatamente reprendido por su esposa, doña Fanny.

A decir verdad, la anciana no se veía tan malévola. Más bien me evocaba ternura y respeto con su aire señorrial. Con sus vestidos de olanes negros y sus anteojos delgados. Su cabello cano. Sus ojos cafés profundos y su dentadura incompleta. Su joyería discreta.

La sentaron junto a mí en el sofá de la sala, esperando que le hiciera plática. Después de todo, yo era novedad en la familia.

—Y tú, hijo ¿dónde vives?

—Aquí, en casa de mi suegra. Soy esposo de Begoña.

—¿De Begoñita? Qué bueno, hijo. ¿Ya se casaron por la iglesia?

—Sólo por lo civil.

Mi respuesta no pareció perturbarla. En cambio, la abuela me contó que su difunto esposo era sombrerero de oficio, pero a pesar de eso “les dio carrera” a todos sus hijos, hoy en día ya profesionales. Mi suegra me miró de soslayo. Intervino enseguida para aclarar que su papá forjó una trayectoria como inspector aduanal. Nada de sombrerero.

Yo estaba entretenido. El relato de la abuela me parecía lógico y esas evocaciones suyas pronunciadas con la gracia de su acento campechano sostenían mi atención, con un particular interés por las costumbres de nuestro estado vecino, muchas de ellas hasta entonces desconocidas para mí.

Al cabo de unos minutos, la abuela se levantó para ir al baño. Aún se valía por sí misma a pesar de su delgadez y su aparente fragilidad. Al regresar, se sentó de nuevo en el sofá y se dirigió a mí con renovados ánimos.

—Y tú hijo, ¿dónde vives?

Así empezó este extraño bucle temporal.

Por mera cortesía, le respondí la misma información pero con distinta tonalidad. Tras unos minutos, volvió a ir al baño. Y a su regreso volvió a hacerme las mismas preguntas y a contarme la historia del sombrerero, sucesivamente durante toda la tarde.

Su compañía se volvió tediosa. No obstante, la familia no dejaba de colmarla con las atenciones que requiere un adulto mayor: las galletitas, el canal de televisión, la taza de café, el ventilador. Todo, excepto conversación.

En casa era yo quien podía tener una charla más fresca con ella. Le conté mucho sobre mí, al menos lo suficiente

para un primer encuentro, tratando de dosificar mi relato para tener cuerda más adelante. Cuando mi paciencia se agotó y no encontré a nadie que me relevara (ni siquiera mi esposa), inventé cualquier excusa para retirarme y la anciana se quedó sola ante el televisor de la sala.

Yo estaba durmiendo una siesta cuando el sonido seco de una pala contra la tierra me despertó. Asomé por la ventana y ahí estaba la anciana trabajando en un arriate del patio. Todavía amodorrado, sin querer tiré un estuche y su estruendo llamó la atención de doña Meche, quien se retiró asustada.

La curiosidad me llevó a bajar las escaleras y escudriñar su trabajo. Ahí estaba la señora, al borde de la escalera, esperando algo de manera sospechosa.

—¿Qué hacía allí, doña Mercedes? —le pregunté, contento por dirigir hacia otro rumbo nuestra conversación.

La anciana me condujo al patio de la casa con su paso trastabillado, pues cojeaba de una pierna. Al llegar al arriate señaló un enorme huevo que parecía haber brotado de la tierra en esa temporada húmeda.

—¿Qué es eso? ¿Usted lo sembró?

La anciana se alzó de hombros. Intenté acercarme, pero la señora me dio un manotazo.

—No lo toques, te puede dar mal de ojo.

A los dos días el huevo se descascaró y emergió de él una especie de fruto de filamentos rojos y carnosos en forma de jaula esponjosa, con decenas de moscas revoloteando alrededor de ella. El huevo, o lo que fuera, estaba bien fijado a la tierra por medio de unas raíces fibrosas y emitía un olor fétido. Tenía un aspecto viscoso repugnante. Alarma-

do, corrí a enseñárselo a mi suegra, experta en asuntos de ciencias naturales.

—Es *Clathrus Ruber*, un hongo saprófito que sale y apesta —dijo, acomodándose las gafas de pasta negra para enfocar la vista.

—¿Usted cree que sea de mal augurio? —le pregunté intrigado—, dice la abuela que si lo tocas te da mal de ojo.

—La abuela dice muchas cosas. No le hagas caso.

Para calmar mi tensión, mi suegra me consintió con una porción grande de “caballero pobre”, un dulce almibarado que cocinaba de vez en cuando entre su amplio repertorio de recetas. Le gustaba la cocina. Su mirada científica y sus atenciones maternales me tranquilizaron. Había algo en ella, como un don de mando, que le merecía ser la jefa de la casa. Hasta que descubrí que disfrutaba tener el control.

Al día siguiente, los perros ladraban en el patio. Luego comenzaron a gruñir. Salí a acechar y los muy bravos se habían abalanzado en dos patas sobre doña Meche, quien manoteaba contra ellos intentando proteger el hongo.

—¡Quítate, xnik ‘nak! —gritaba en tono bético la señora.

Entre mi suegra y yo neutralizamos el ataque de los perros, que pudo acabar en un accidente. Luego, madre e hija discutieron. Los dos perros mestizos eran la adoración de la casa. Horas más tarde, durante el almuerzo, mi suegra me contó que doña Meche mató a su perro porque mordió a una gallina.

—Los perros sólo sirven para cuidar el patio —dijo con cinismo doña Mercedes, interviniendo en la conversación desde el sofá, donde permanecía bordando.

Desde entonces su presencia se me hizo incómoda. Su estancia muda y atisbadora en el sofá pesaba. Su conchudez me irritaba. Sus insistentes preguntas. Su incontinencia urinaria causada por los nervios. Su desfase generacional. Su pensamiento mágico y su corazón seco. ¡Me estaban enfermando!

Era evidente mi malestar, pero mientras más la evitaba todo me salía peor: se me caía el celular, se me olvidaban las llaves, sufría tropezones y golpes en la tibia con las patas de la mesa, y hasta se descompuso mi cafetera.

—¿A dónde vas, mijito? —me preguntaba con insistencia ante mis constantes travesías por la sala y yo no hacía más que regurgitar palabras mientras fingía estar muy ocupado.

Evitaba incluso el contacto visual, temiendo que me enredara en nuevas tramas, pero a pesar de ello la señora encontraba otras maneras de involucrarme.

—¿Sabes qué me dijo mi abuela? —me preguntó mi esposa, notablemente contrariada—, que yo sí soy su nieta porque soy hija de mi mamá. De mis primos no se sabe porque son hijos de mis tíos varones. ¿Puedes creerlo?

Mi suegra comenzó a notarme malhumorado y trató de animarme.

—Ven, siéntate a cenar.

Me dejé caer en una silla del comedor. Doña Fanny me sirvió una ración enorme de comida porque pensaba que la glotonería podría ahogar mis malestares.

—¿Qué te pasa? Te noto fastidiado.

—Nada, es que hoy no dormí bien —mentí.

Una sonrisita socarrona se oyó a la distancia. Doña Mercedes no dudó en intervenir en nuestra conversación:

—Si ves toros en tus sueños, significa muerte. Eso dicen.

Tratando de contenerme hice una mueca, azoté los cubiertos y tuve el desplante de no acabarme la comida. Mi esposa se enojó conmigo por lo grosero que comenzaba a ser.

—Te estás pasando de la raya con mi abuela —me surró al oído acompañado de un pellizco en el brazo que después se convirtió en un hematoma.

Si había una explicación a mi enojo, no era la intolerancia hacia los adultos mayores. Había una maldad creciendo en mi corazón. ¿Qué clase de hechizo o sortilegio me había impuesto aquella bruja sinvergüenza? ¿Era acaso un juego para ella? ¿Se divertía? ¿Esa era su propia naturaleza, la de un ser maligno?

Sin darme cuenta comencé a pensar mágicamente, como en su lógica. Desde que apareció aquel adefesio en los arriates del jardín, mi suerte cambió. A lo mejor si destruía esa seta maldita, me libraría de ella. Decidí entonces arrancar el hongo con mis propias manos, incluso a riesgo de contraer una maldición. ¿Qué más daba? Tenía deseos de fastidiar a la abuela. De faltarle al respeto sutilmente.

Esperé al momento de la siesta para salir al jardín trasero. Me acerqué a pesar del mal olor. No me importaron las moscas que revoloteaban encima de mí. Lo aplasté con furia hasta convertirlo en un puré muy desgraciado y lo dejé expuesto como un trofeo para hacerlo parecer una travesura del perro. Mi crimen de odio del que saldría impune por justicia divina estaba hecho. Había destruido el huevo del diablo.

No contaba con que mi suegra lo observara todo. La señora tomó la escoba y comenzó a limpiarlo en silencio, muy digna.

—Cómo eres bestia... —refunfuñó Juanelo, abotonando su camisa mientras observaba la escena.

Durante la merienda, ambos de mis suegros dijeron que estaban decepcionados por mi actitud y no dudaron en llamar me la atención, aún frente a la abuela.

—Todos vuelven a ser bebés —dijo doña Mercedes con voz apagada y la mirada profunda, comiendo un trozo de pan dulce remojado en su café con leche que escurría por la comisura de sus labios.

Mi suegra acariciaba sus cabellos parada detrás de ella en un gesto de secreta complicidad. Me había convertido en el problema de la casa.

EL JINETE MORO

Iván Medina Castro

Esa noche, de celebración a los difuntos, nadie ofrendó a los muertos pues los moradores del pueblo, en su inconsciente, ya esperaban la visita de la muerte.

Regresé a Comala en cumplimiento de la última voluntad del abuelo. Debía descubrir en algún lugar de las ruinas del tzompantli los potes enterrados con monedas de oro. A mi arribo, pronto supe por el cotilleo de las vecinas que el abuelo Juan, empecinado por el encuentro del tesoro, buscó con esmero. Cada mañana, sin falta, hacía un rastreo minucioso por todas partes. Escarbó entre los sembradíos de cempasúchil, e incluso se atrevió a hacerlo en el campo santo, pero cuando se animó a remover la arcilla roja en los costados del tzompantli, y creyó al fin hallar lo ansiado, el jinete moro se lo chupó. Por supuesto, el escepticismo hacia lo irracional me impulsó para constatar un hecho incuestionable para el abuelo y los pobladores, pero no para mí: la existencia del jinete moro.

Pues bien, sabido es que la comunicación oral marca con su fisonomía la manera de transmitir leyendas, y es efectivamente esa repetición entre generaciones lo que aprueba la existencia del jinete y su tesoro. Por lo tanto, cuando pregunté a la población sobre el fundamento de aquella figuración del ensueño, pocos respondieron. Algunos hablaron sobre la aparición de un hombre moreno vestido de damasco carmesí a la morisca que ofrecía al desdichado una talega llena de joyas a cambio de algún servicio. Otros decían que todo aquel desventurado al acercarse al

tzompantli, escuchaba de pronto el trote de un corcel y de la nada un misterioso ser se aparecía reclamando su tesoro. Lo único cierto que descubrí, a unos días de haber iniciado con la indagación, fue la congruencia sobre el sitio de aparición y que ninguno de los encuestados había visto jamás al espantajo.

Cayó la noche, y ya agotado de cuestionar a los moradores, me dirigí a la única cantina existente, y mientras bebía alcohol de caña a salud por el alma de mi abuelo, un viejo beodo se acercó a mi mesa y sin esperar invitación se sentó frente a mí.

—Oye muchacho, tu abuelo Juan tenía razón, el tesoro existe y está justo a cinco pasos del huizache, dirección al tzompantli.

—Ya veo. ¿Cómo es que tú sabes eso? —pregunté escéptico.

—Yo enterré allí los potes a petición del jinete a cambio de una talega de rubíes.

Ante mi interés malsano por seguir escuchando al único chalado con datos del fantasma, pedí más información.

—¿Deseas saber más? —dijo el viejo con una voz carraspera—. Antes tráeme una dama Juana de vino.

Sin meditarlo, demandé al cantinero una garrafa de alcohol, éste llegó y con malas maneras tomó al anciano del derruido saco y a empellones lo desalojó del establecimiento a pesar de mi oposición. Durante este acontecimiento, el anciano no dejaba de vociferar una y otra vez: “No te demores hijo, que él pronto estará aquí”. Él cantinero, con semblante hosco, regresó a mi mesa:

—Vamos fuereño, ¿cómo se pasa a creer los cuentos y

supercherías de aquel teporocho? Vaya a su hostal y no preste atención, aquí la única aparición indeseable es la de los oportunistas.

Salí de la cantina para ir a descansar, y durante mi recorrido, la luna menguante despedía unos rayos púrpuras fuera de lo común y, encantado por ello, decidí cambiar mi rumbo para dirigirme al lugar indicado por el viejo. Llegué al huizache y ahí oí a lo lejos un murmullo lastimero. Agudicé la vista y quien se lamentaba era precisamente el viejo de la cantina. Intrigado, decidí aproximarme a él y darle consuelo, en eso, de la penumbra provino un estrépito emitido por las herraduras de un rocín que levantaba a su galope una polvareda rojiza. Al principio, cuando vi al caballo, pensé que se trataba de algún aldeano, pero me fijé con detenimiento y observé con claridad a un hombre moreno que vestía de damasco carmesí a la morisca que sostenía de la mano derecha una guadaña refulgente por la luz de las estrellas al hender el aire, montado en un enorme alazán con grandes ojos granate parecidos a bolas de fuego.

A mi regreso al pie del huizache, palidecí e instintivamente abracé el tronco del árbol y esperé con los músculos inflexibles a que el espectro viniese por mí. Por vez primera aspiré esa viscosidad inasible que es el miedo; mis nervios se estremecieron en completa alteración. Entretanto aguardaba el encuentro, escuché el diálogo que el viejo sostenía con el jinete moro:

—¿A dónde vas con tanta prisa? —con voz quebrada preguntó el anciano.

—Viejo tonto —pronunció con un tono tenebroso como el graznido de los tecolotes—. ¿Tú has de saber a qué he venido?, pero por si se te ha olvidado te recordaré. Estoy aquí para cobrar, como cada centuria, mi cuota de cien almas por todos aquellos que han querido hacerse de mis potes.

El espectro giró su corcel y cabalgó a galope hacia el pueblo hasta desaparecer, dejando en el ambiente una atmósfera enrojecida y un olor a copal capaz de penetrar hasta el alma. Cuando volteeé a ver al viejo, éste permanecía sobre el tzompantli y desde allí clamaba: "Señora Mictecacíhuatl, apiádese de nuestra desgracia". Recuperé el aliento y cuando creí que aquel mal sueño producto de la ingesta de alcohol había llegado a su término e iba a volverme al hostal, el fantasma regresó.

—Jinete moro, dijiste que únicamente venías por cien almas y, allí, tras de ti, te acompaña medio pueblo —reclamó el viejo con el rostro tembloroso y la voz desesperanzada.

—Ja, ja, ja —rio con un registro oscuro que nunca antes he vuelto a escuchar—. Es cierto, así lo manifesté, vine por cien almas, el resto no sobrevivió al terror.

EL CADEJO

David Ruiz Zapata

Para Victoria Marín

I

Lo primero que hice fue ver y no me gustó lo que vi, siendo así, me fijé de nuevo, y me di cuenta que era igual a todo lo demás...

El hecho ocurrió en el año ochocientos setenta y tantos en Costa Rica, en los barreales de la capital. En aquel tiempo no había fútbol; entonces imperaba el naípe, los bailes y las montas a caballo. En este tiempo Antonio Rodríguez se enredó de manera inexorable con la vida bohemia, la noche y con un perro de expresión iracunda. Sus vidas quedaron insolublemente vinculadas. En aquella época, los vagabundos enfrentaban con resignación a los policías, los cuales estaban obsesionados con el ocio, y sólo hablaban de los hijueputas vagos que enferman al país. A Antonio lo tenían vigiado desde hacía mucho. Se sentían cómodos cuando lo tenían encerrado, cuando estaba maniatado con las esposas frías que ahogan lentamente.

Esa noche —la noche antes de su muerte— los policías cerraron la puerta de la celda y Antonio se acomodó en un rincón. Ahí percibió con todo su cuerpo la humedad del sitio. Sintió mucho más frío de lo normal. En un empujón leve, experimentó esos cambios que cuando llegan se apoderan de nuestra mente. La intuición lo acompañó en el

transcurso de esa noche. Para él fue una noche muy larga. Al rato, tal vez debido a la congoja y al frío, un sentimiento de totalidad lo cobijó. Es una variedad de la experiencia religiosa —eso dice James— y se obtiene o se padece cuando estamos cansados, o tal vez, cuando tenemos un anhelo irreparable de compañía.

El sol que sale a pesar de nuestros errores, salió, y daba duro a la hora octava cuando despacharon a Antonio a la calle. Sin dinero en la bolsa, empezó a subir hasta la Calle de las Cuestas. Se sentó en la esquina que daba al frente de una pulpería que ahora es un almacén de capital extranjero. Antonio no padecía de goma o resaca producto de la borrachera, esto debido a su espíritu bohemio y a la sangre mixta de criollo, y cuando estaba en mera crisis fue cuando vio por primera vez al Cadejo. No sabía que se trataba de este, desde luego, sino de un perro que cayó en gracia cuando Antonio le hizo señas para que lo acompañara. Era un perro muy grande; de patas hacia arriba sobrepasaba el metro setenta. Poseía ojos muy humanos y de color café profundo; eran expresivos, salvajes. Además, tenía el pelo de colores pintos como de hiena, y una cadena de anillos grandes que le colgaba del cuello.

Había cierta impresión de desdicha en la criatura; evidentemente era un animal singular. Antonio se identificó de inmediato con el raro ser, y pudo intuir que una desgracia lo había vuelto maltrecho y, ¿por qué no?, algo tierno. El perro, como viendo a un espejo, estaba igual sorprendido con el descalabrado que apestaba a licor de caña; fue una conexión inmediata y Antonio decidió llevárselo a su casa. El perro anónimo ya conocía el camino y fue quien terminó por guiar a aquel borracho, en medio de las paupérrimas casas que daban con el bajo. La casa quedaba en la desembocadura del río María Aguilar (uno de los cuatro brazos del río Tárcoles), el cual tiene una apariencia sumi-

sa, pero los que conocen el lugar, saben que es espantoso vivir ahí, debido a que se desborda en los inviernos tropicales.

Cuando llegaron al precario, todos los niños quedaron deslumbrados con el nuevo perro. Parecía más el consejero de un loco, no algo que perteneciera a la vida real, como lo cantó Píndaro, la sombra de un sueño.

El perro ladró con algo de humor, ya que se reconocía ajeno, y así mostró unos caninos blancos y bien afilados.

Antonio le acarició la cabeza mientras este movía la cola.

—¿Cómo le pondremos? —le preguntó la mujer.

Recordó por un rato varios nombres, y se perdió en la memoria, prestando atención a los perros que apelaban a su niñez, pero no quería condenar al perro a su pasado infeliz e irreparable.

Me parece que tiene porte de lobo; puede ser Adom, Adrick, Badu, Balduino... Pensándolo bien me gusta Mefisto.

—Le queda bien Nefasto —dijo ella. Lo miró bien, y pensó que era poseedor de una oscuridad noble. Posando sus ojos fijamente en él, dijo—: ¡Le pondremos Cadejo!

II

En el bar Las Tucas, en las cercanías del río María Aguilar, son las 12 del mediodía. Antonio se fue a este bar de la comunidad con el Cadejo donde se reuniría con unos compadres. Esto para hablar sobre algo parecido a un plan.

(Reunión alegre de amigos)

Bernabé:

¿A quién le queda un trago? ¿Ya nadie sabe divertirse aquí? (Ya borracho empieza a cantar). “Lo que yo boto, no lo junto. Y levanto vuelo, yo no ando ofuscado. Nací sin nada, nací desnudo...” Dígale compadre que yo no miento, dígale.

Caleb:

¡Me siento como la peor basura del mundo! Pero cuando quiero algo, no tengo vergüenza... Así es, no hay vergüenza cuando quiero algo.

El maestro:

¿Por qué Antonio no ha venido? (algo agobiado mira el suelo y luego a sus dos compañeros). Con él nunca se sabe. Sólo espero que no se arruge con el plan.

Caleb:

Mi mujer quiere exclusividad, pero eso no es real. La sangre nos une como especie, la exclusividad es un invento judío..., entonces ella me dijo: ¡Me voy! Ajá, no lo creo, le dije, en el algún punto nos volveremos a ver. Lo siento, pero es inevitable. (Se toma un trago seco y escupe el suelo).

(Entra Antonio con el Cadejo y todos miran al perro)

El maestro:

¿Por cuánto tiempo más nos iba a tener aquí?

Antonio:

Desde hace un tiempo para acá siento que tengo el suficiente tiempo como para perderlo. Veo gente que no tiene tiempo, pues a mí sobra, por eso lo uso a mi manera. Yo tengo al tiempo, el tiempo no me tiene a mí. ¡Ya me harté

del tiempo que nos devora!

El maestro:

Sí, sí... Siempre es aceptable poner el apóstrofe en la voz de un borracho o en la de un loco. A todos nos estafaron de alguna manera, a mí, por ejemplo, me prometieron siete mujeres y véame, hablando con tres bates sobre cómo meternos en el almacén De Los Lara. ¿Y ese perro?

Antonio:

Se llama Cadejo y va ser nuestra campana esta noche. Es más inteligente que muchos ladrones, se los puedo asegurar. (El perro echado a la par de Antonio miraba a todos con sus ojos brillantes y llenos de vida).

(Antonio le hizo una señal y el perro ladró tres veces. Entonces todos asintieron que podía ayudarlos en su debido momento).

El maestro:

Bueno compañeros, entonces todos a la hora programada. Lleven las herramientas y, ante todo, no se les olvide llevar los güevos. (Así se despidieron pactando la hora, el lugar y la circunstancia).

III

Cayó la noche y todas las personas se dispersaron a sus casas. El almacén De Los Lara quedaba en la quinta avenida. Los cuatro tipos y el perro se reunieron tres calles abajo, así observarían bien el panorama. En esos tiempos no era tan común el robo a los almacenes, ya que el castigo era mucho más severo que en la actualidad. Todos tenían un lugar en el plan, tres se metían y dos cuidaban. Antonio era flaco y ágil, conocía bien el sitio ya que lo había

merodeado durante un mes en sus visitas por las tardes; el de la fuerza era Caleb, y El Maestro daría las indicaciones estratégicas, ya que tenía experiencia en robo de ganado y descuidos de carteras. Se saltaron los enrejados —o las cancelas, como las llamaban antes— y midieron el pasadizo que conectaba con la oficina del administrador en turno. Todas las luces estaban apagadas; echaron la mirada y todo lo deseado estaba ahí, o por lo menos, lo que puede desear una persona que no tiene nada. Abrieron las puertas y al otro lado alguien los esperaba. Se escucharon varios disparos y las luces efímeras sobre cogieron a los caídos. Las balas ya tenían nombre, les permitieron llegar hasta el fondo del almacén para que todo estuviera dentro del orden y la ley del Estado. Se les permitió la esperanza y eso les quitó la vida.

Se escuchó un rezó, lo que llamó Marx: “el suspiro de la criatura oprimida”. La oración fue lenta y repetitiva como grabando en su conciencia post morten la imagen de sus santos preferidos. Los rostros demudaron y los cuerpos eran torpes; trapos inertes que estaban tirados ahí. El otro que quedó afuera fue Bernabé, la policía le tiró las treinta monedas de plata; cauteloso y liviano se escabulló entre la noche. Éste no se iba suicidar como Judas, tampoco los quería tanto. A la verdad, siempre se sintió indigno de su lugar en el grupo, o por lo menos eso se decía a sí mismo después.

La voz se esparció por el pueblo: el grupo de los Vagabundos había caído.

IV

La voz corría con la luz del día. La policía estaba satisfecha; Bernabé borracho con su dinero y la esposa de Antonio destrozada de adentro hacia afuera. Ese día en el

bar la gente hablaba de lo sucedido, no podían creer que los hubieron atrapado y muchos menos asesinado de esa manera. Pasaron algunas horas y todo el mundo lo aceptó.

Doña Raquel —la esposa de Antonio— lloraba en la noche mirando el río y su corriente lenta. Evidentemente no era el invierno. Unas flores moradas flotaban y el canto de los charranes invadía el lugar, nunca le había prestado tanta atención a su hogar como aquél día. La belleza de la noche, la ausencia de la característica humedad que invade la época seca, sobrecogían su cuerpo. Eran pocas lágrimas, eso sí, no se tenía permitido llorar mucho en su familia, porque eso atraería malos augurios. Durante la noche el río se calmó aún más y las aves de la noche abandonaron su voz. Desde donde se pierde la vista, se asomaban dos cuerpos, y eran sólo sombras; una no era humana. Doña Raquel los vio venir muy lento, caminaban de manera muy pero muy ligera, casi rozando el agua... Primero reconoció al Cadejo, pero este tenía una apariencia distinta, algo siniestra, algo que no encajaba con la vida natural. Luego vio al otro, era Antonio el que venía, sonriente y calmo sin expresiones de deseo o dolor.

—Hola amor, me vengo a despedir —le dijo. Pero ella prefirió cerrar los ojos y no ver más.

Recopilación del texto

Desde los griegos se dice que es mejor empezar por el principio, pero tal punto ya lo omití. Un anciano de apellido Jiménez (descendiente de Bernabé Jiménez, el traidor) fue quien me contó esta historia. Me dijo que era un perro como cualquiera, pero que logró cruzar cierto abismo que existe entre el sueño y los hechos (al parecer El Cadejo fue elegido como guardián por un dios del inframundo). Este

animal, ser, o espíritu, vive entre los vivos, pero su manifestación es el de un espectro nocturno.

También me contó que su familia nunca ha tenido un perro desde entonces, aunque la mayoría de personas diga que es el mejor amigo del hombre. Ya son la cuarta generación después de lo relatado, y los Jiménez creen por convicciones religiosas que ya no habrá más maldición después de esa limpia. La familia cuenta con algunas otras historias del pasado: perros callejeros persiguiéndolos de niños, o uno que mordió a la bisabuela en una pierna, porque le estorbaba la salida en una antigua casa de madera. También Jiménez recuerda estar lleno de tensión al frente de un perro bien negro de orejas caídas. Con la memoria excitada por el miedo, lo pinta de tamaño mediano, y dice que estuvo ahí durante quince minutos sin poder moverse, ya que cada vez que se movía, lo intimidaba con sus colmillos blancos y hacía ruidos guturales apretando la dentadura para marcar su territorio. Los Jiménez no tienen nada en absoluto contra los perros. Pero tampoco tienen tan buenos recuerdos para poder contar una historia de amor, cariño o afecto.

Todo esto que terminé convirtiendo en un cuento —eso sí, llenándolo de pistolas y desacato— me lo refirió Jiménez enseñándome una mordida en su pierna izquierda.

LA MASCARADA

Laura Severino Mora

¡Queridos invitados, la fiesta de las máscaras está por comenzar! Ha llegado el momento de borrar los límites de lo visible y dejarse llevar por la infinitud, aquella que, no sin dificultad, ha prevalecido a través de generaciones y que hoy, como tantas otras noches, nos recuerda a los orígenes de la humanidad.

Yo sé que ustedes no disfrutan de la oscuridad absoluta, prefieren elegir qué iluminar y qué ocultar. Yo, en cambio, mientras la huida de la luz artificial abre paso a un nuevo mundo, saboreo el negro prolijo adornado por migajas de verdad. Porque, aunque en la penumbra se oculta toda clase de miedos, la ausencia de luz ayuda a distinguir si el temor viene realmente de afuera, o si nos traicionan los sentidos y lo que tememos está en nuestro interior.

En esta noche de finales de diciembre, con el ruido del viento y el esplendor de la luna, nos reunimos para celebrar a todas las criaturas que se ocultan durante el día. Celebramos a los seres que la luz y la verdad enceguecen. ¡Comienza la mascarada! Pero, ¿por qué tardan tanto? Desde hace rato que suena el ambiente de fiesta de viernes a lo lejos. ¿Ya tienen puestas sus máscaras?

¡Anímense, vengan! Admiren las figuras que forma la

luz cerca de mi casita de madera. Admiren cómo se ilumina el jardín de lirios y lágrimas de San Pedro que rodea el río, y cómo en este antiguo puente de colores gastados por la lluvia, cuya madera está empapada por toda clase de historias, puedo caminar y disfrutar del paisaje. Aquí, en mi callecita, a unas cuadras de la iglesia pétreas, encontrarán el silencio y la oscuridad. Traigan sus disfraces y comencemos a jugar al escondite...

¡Por fin! ¡Por fin veo algo! Unas luces se aproximan por la calle. Escucho el estridente ruido acercarse. Esta vez no es el de las ruedas de una carreta, sino el del motor de un carro, y luego el de sus frenos: el sonido del caucho deslizándose por el pavimento es inconfundible. ¡Y ahí están ustedes! Los escucho hablar, es una mujer joven y un hombre más maduro, han venido a mi calle a refugiarse del bullicio.

—No nos van a agarrar, te lo aseguro. ¡Nadie se va a dar cuenta! —dice él.

—¿Vos qué sabés? Sos un borracho hablando, la mitad de lo que decís es inventado y la otra imaginado.

—Son las once, vos llegás a tu casa, decís que te atrasaste en el trabajo y ¡nada pasó! Vos ni siquiera estás tomada y yo lo que tomé fue muy poco.

—No sé... Es horrible esta doble vida, siempre escondiéndonos, diciéndole a todos que estoy en otros lugares o con otras personas...

—Ugh..., va de nuevo el drama.

—¡Te he dicho que odio que me digan eso!

¡Amigos, amigos!, no tengan mal humor, si esto es una

fiesta.

—Vení, vamos al asiento de atrás, quitate ese abrigo y ponete cómoda. Todo va a estar bien.

—Como si eso funcionara... —le dice ella, molesta, mientras aleja la mano que él intenta poner entre sus piernas.

—Guapa, aprovechemos el rato —insiste él, otra vez colocando su mano—, es una calle oscura y nadie va a pasar por acá. Abrí algo para tomar.

“Es una calle oscura y nadie va a pasar por acá”, escucharon a ese?, ni siquiera se ha dado cuenta que ya lleva su máscara puesta.

—¡Qué necedad! Mejor vámonos y me dejás temprano.

—Di, bueno, si es lo que vos querés, nos vamos...

—Bueno, no sé, dejame pensar, no quiero que se acabe la noche. Siento que si llego será sólo para esperar el lunes otra vez. Un día más, aburrido, monótono.

—Disfrutemos el momento entonces —no desperdicia el buen ánimo el tipejo ese—. Pasame una birra y quedémonos un ratito más.

—Está bien. Admito que no quiero volver a mi casa. Necesito despejarme de todo.

Por fin empieza el juego que he esperado desde hace tanto tiempo. Mientras beben, se acarician y se besan, yo

comienzo a contar: uno, dos, tres...

—¡Suave un toque! —exclama ella de repente—. ¿Escuchaste eso?

—¿De qué hablás? Ya te está pegando el alcohol.

—No, no, en serio sonó algo. Como unos chillidos...
¿No los oís?

—Guapa, no se escucha nada. Vení.

—En serio, te lo juro, un ruido extraño —le dice, mientras lo detiene con su mano—. ¡Quedate quieto! Escuchá con atención.

¡Tonta como su acompañante! Miren cómo se detienen, se callan, intentan afinar sus sentidos para oír mejor.

—No escucho...

—¡Shhh! Escuchá, ahí va de nuevo. Es cada cierto tiempo... Se escucha por un momento y luego se va.

—¿Qué es eso tan raro? ¿A eso te referís? Sí, sí, escucho algo.

—Rarísimo, como un aullido muy agudo.

A veces, si ponen la debida atención y son perspicaces, aunque dudo que sea el caso de ellos, notarán cómo después de ciertas horas la oscuridad comienza a devorar los pocos destellos que aún se atrevían a brindar tranquilidad

a la noche. Casi compadezco a los tontos que en esas horas se acercan a mi calle sin llevar su máscara puesta.

—Se escucha muy bajito, ¿estará lejos?

—Yo lo escucho como en el riachuelo.

—Qué cosa tan rara...

—Demasiado...

—Seguramente es un animal o algo así. Mejor sigamos en lo que estábamos —agrega él mientras se le acerca para seguir besándola.

Me escucharon. Ella sabe que estoy aquí, pero siguen sin percatarse de que la oscuridad me pertenece y no a ellos. Disfrutan del anonimato que les da libertad de sacar todo lo que ocultan bajo la luz del sol, y entretanto yo sigo contando: cuatro, cinco, seis...

—Eso no es un animal —interrumpe ella, nuevamente—. Esos alaridos, aunque no son muy fuertes, parecen de alguien..., ¿como llorando?

—¿A esta hora? ¿Por qué alguien estaría llorando en un río?

—¿Y si es la Llorona?

—¿Es un chiste? ¡Obviamente hay una explicación coherente!

—Jamás. En toda mi vida, nunca había escuchado esos ruidos tan feos. Eso no suena como un animal, mucho

menos algo humano —dice ella, estremeciéndose, como sintiendo un escalofrío.

—Al rato es algún loco gritando en ese puente.

—¡Es un jardín! Y todo se ve mojado. ¿Cómo va a estar alguien tan loco para estar ahí por más de una hora haciendo ese ruido raro?

—Sí, no tiene sentido...

—¿Y si es el Cadejos? ¿O la Cegua, rechinando con sus enormes dientes?

—¿Pero el Cadejos y la Cegua no le salen a los borrachos y mujeriegos?

—¡Qué tanta diferencia! Quizá también a los infieles y mentirosos. Sólo digo, si es un punto medio entre animal o humano, puede ser algo así, ¿no? —dice ella, tratando de mantener la calma mientras recuerda las leyendas que desde pequeña había escuchado.

—¿Y si simplemente es un perro cualquiera y no el Cadejos? No sé, una gata pariendo o un animal lastimado... —un nuevo sonido lo interrumpe.

—En serio, ¿qué será? —continúa ella, nuevamente, esta vez asustada—. Se escucha cada vez peor. ¿Soy yo o ahora suena peor?

—Tal vez... es un perro que necesita ayuda...

—¿Un perro lastimado o algo así?

—Quizá está atrapado y necesita ayuda.

—No creo, no se escucha... como algo tan inofensivo...

—Voy a asomarme al río con el foco del teléfono —él se

vuelve hacia la parte trasera del vehículo hurgando entre sus cosas.

—¿Estás loco? ¡No! No te bajés del carro...

—¡Quiero saber qué es! No puede ser nada tan malo, voy a ir. Esperame aquí —dice el muchacho, percatándose de que se le han acabado las explicaciones.

Escucho cómo sus pasos impertinentes se acercan a mí. ¡Oh, humanidad! ¿Cómo se atreven a desafiar mi juego con sus caras de máscaras y sus mentiras? ¿No saben que son finitos y que yo sólo estoy jugando? Pero ya me estoy aburriendo. Siete, ocho, nueve, diez...

El hombre regresa al carro inmediatamente, con la mirada vacía, y como si todo su cuerpo se hubiese quedado sin sangre en el momento en que escuchó el grito; esta vez un chillido fuerte y prolongado, un lamento sepulcral, un aullido que irrumpió la quietud de la noche como un relámpago. Cuando él vuelve al carro, ella lo espera a punto de llorar, temblando. Se quedan por unos segundos sin pronunciar una sola palabra, hasta que ella quiebra el silencio.

—¿Escuchaste ese bramido?

—Sí, sí, sí, obvio que lo escuché —respondió con tono molesto mientras agitaba las llaves del carro en su mano.

—Espero que esa cosa no nos persiga —agrega ella intentando disimular el miedo—. Vámonos...

—¡Vámonos! —responde él con la cara pálida—. ¡Vámonos ya! —El carro acelera.

¡Se van, se alejan! No lo admitirán todavía. Seguramente en unos días, en sus casas, bajo la segura luz de alguna lámpara o algún aparato. Tal vez se convencerán de que era una “vieja loca” o un animal, alguna cosa que no podían comprender, pero que, de alguna manera, debía tener una explicación racional. Y luego pensarán que su imaginación los traicionó y que no sucedió nada.

¿Quién sabe? Al son de la comparsa de la mascarada, pensaron que era yo quien portaba las máscaras y no ellos. Tal vez pensarán que han escuchado a la Llorona, el Cadejos o la Cegua, y acusarán de sus desgracias a algo sobrenatural, mientras esquivan su culpa con rezos.

Possiblemente, se harán promesas falsas a ellos mismos: en vano jurarán no repetir las acciones de su vida nocturna, enmendar sus errores y aprender la lección. ¡Ingenuos! ¿No saben que en su mundo y en el mío la mascarada de sombras se extiende por el tiempo y el espacio? Ni modo. Ahora sólo escucho, a la distancia, el motor del carro alejarse.

Los autores

Julio Cesar Aguilar Torres

Nacido en 1995, en el municipio Holguín, en la provincia del mismo nombre, Cuba. Reside en un barrio de las afueras de la ciudad. Desde joven su afición por la lectura lo llevó a interesarse por la escritura creativa. Ha asistido a varios talleres literarios de su localidad y compartido sus producciones literarias en peñas y tertulias.

Alfredo Arnez Valdés

Nacido en Bolivia. Ingeniero comercial. Escribe poesía, cuentos y microrrelatos. Participó en el compendio de relatos y poesías, convocado por la Asociación Escritorio Anónimo de la ciudad de Cochabamba, con el poema “Congo” y en el libro de relatos cortos Moleskin (España), en la categoría de Derechos Humanos con el cuento “La Almohada Viajera”.

Jorge Barboza Valverde

Diseñador publicitario de profesión, enamorado del storytelling, la ilustración y la música. Cree que la crea-

tividad se manifiesta de muchas formas. Lleva varios años trabajando en publicidad, contando historias para marcas y productos; eso le ha dado de comer. Comenzó a escribir desde el colegio, luego se distrajo por algunos años y ahora está de vuelta, pues cree que llegó el momento de contar sus propias historias.

Ariel F. Cambronero Zumbado

Heredia, 1993. Escritor, filólogo y lingüista costarricense graduado de la Universidad Nacional (UNA). Ha complementado sus estudios con seminarios y simposios en la Universitat de Barcelona, la Universität Potsdam y la Università degli Studi di Padova. Su ópera prima es Hell's got talent y otros cuentos (Círculo y Punto Ediciones, 2022). Publicó su segunda obra en 2023, Sangre Santa (Sietch Ediciones), un cuentario con trece historias de terror que juegan con el simbolismo y la intertextualidad. Su cuento «Lucero» recibió un reconocimiento por parte de la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle (Cali, Colombia). Su texto «El nazareno del gato blanco» fue escogido como relato ganador en la convocatoria “Los gatos” de la revista peruana Aeternum. Ha colaborado en antologías y revistas internacionales y nacionales tanto como escritor y corrector de textos como investigador literario.

Mario Galván Reyes

Mérida, Yucatán, 1991. Es dramaturgo, guionista, investigador y docente universitario. Dramaturgo de Polilla el errabundo, La Vida en Amasiato y Cuarto de Servicio, textos dramáticos realizados con la compañía Gorgojo Teatro. Tercer lugar en el Concurso de Dramaturgia Express

2020 de El Globo Arte y Cultura A.C. con el texto Riesgo Calculado. Ha tomado cursos de creación literaria con el Centro de Experimentación Literaria y actualmente trabaja en una propia antología de cuentos bajo la asesoría del escritor Joaquín Peón Iñiguez.

Harol Gastelú Palomino

Licenciado en música y literatura por la Universidad Nacional de Educación. Ha publicado los libros de cuentos Historias urbanas (2005), La rosa negra (2015), La piscina (2017) y Los pasos en la escalera (2019) y las novelas Cadena perpetua (2010), La agonía de Juan de Dios (2012), Viaje al corazón de la guerra (2013), Tú que miras el mar (2016), El castillo olvidado (2019) y El secretario del Libertador (2021).

Rocío Paulina Guerrero Zaragoza

Estado de Hidalgo, febrero de 1996. Poeta, cuentista. Graduada en Ciencias de la Comunicación de la Universidad autónoma del Estado de Hidalgo. Cursó un Diplomado de Literatura Europea Contemporánea impartido por el INBA en el periodo 2018-2019. Finalista del III Certamen de Relato Corto “Urrike” 2020, con el relato “No estás realmente aquí”, el cual puede ser leído en la pequeña recopilación El paraguas amarillo. Beneficiaria de la beca Voces Flamantes 2021 del Centro Transdisciplinario Poesía y Trayecto A.C.

Natalia Martínez Alcalde

Nacida en noviembre de 1992. Mexicana y española, proveniente de Guanajuato, México. Se licenció en Lenguas Modernas y Gestión Cultural en la Universidad Anáhuac México Norte y en Estudios de Museos en la Universidad de Ámsterdam. Ha participado en distintos centros culturales y educativos como gestora cultural, entre ellos la Institución Libre de Enseñanza, la Fundación Juan March en Madrid y Le Gallerie degli Uffizi en Florencia. Actualmente escribe relatos de forma periódica para Revista Almiar y es editora y columnista digital del periódico La Crónica de Hoy. Cuenta con artículos publicados en la revista Ágora, Colegio de México (COLMEX), Uffizi Magazine y el perfil de Medium de la Fundación Juan March.

Seidy Elena Martínez Rodríguez

Nacida en Heredia, Costa Rica, abril de 1968. Licenciada en Sistemas de Información. A los 9 años ganó un concurso de poesía en su Escuela. Ha participado en talleres de cuentos de la Universidad Nacional y en Tertulia Voz y Pluma de la Biblioteca Pública. Como parte del proyecto “ProyectArte”, de la Municipalidad de Heredia, grabó algunos de sus cuentos en video.

Iván Medina Castro

Nació en la Ciudad de México. Es licenciado en Relaciones Internacionales y Especialista en Literatura Mexicana. Además, tiene un diplomado en creación literaria y una Maestría en Estudios Literarios. Ha colaborado en diversas revistas: Opción, Ágora, Punto en Línea, así como en diversas antologías. Tiene tres libros publicados:

En cualquier lugar fuera de este mundo (CONACULTA, 2012), Más frío que la muerte (UAM, 2017) y Lugares ajenos (BUAP, 2020). También obtuvo la beca del Programa de Residencias Artísticas FONCA-CONACYT.

Patricia K. Olivera González

Montevideo, Uruguay, 1970. Es técnica universitaria en Corrección de Estilo (lengua española), animadora y mediadora a la lectura, coordinadora de talleres y clubes de lectura, y tutora de Escritura Académica. Continúa su formación cursando en paralelo las licenciaturas de Lingüística y Letras en la Udelar. Ha participado en varias antologías internacionales de género fantástico, con cuentos traducidos al francés, alemán y portugués. También en revistas afines al género como Axxón, NM (nueva literatura fantástica hispanoamericana), miNatura, Historias Pulp y Círculo de Lovecraft, entre otras.

Leopoldo Orozco

Ensenada, Baja California, México, 1996. Narrador, ensayista y traductor. Autor del libro de minificciones En la cuerda floja (Reverberante, 2020) y de la plaquette de ensayos Cinco autorretratos en ausencia (Fósforo, 2021). Fue parte del XI Curso de Creación Literaria para jóvenes 2019 de la FLM. Premio Nacional de Ensayo “Carlos Fuentes” al Estudiante Universitario 2023 por la Universidad Veracruzana.

José Ramón Ramos Martínez

Nacido en Bilbao. Trabaja actualmente en Lanzarote, las Islas Canarias, en el ramo del turismo, concretamente el transporte de viajeros. Ha ejercido de agente de viajes y empresario de hostelería.

Fausto Cristóbal Ramos Romo

Ecuador, 1970. Escritor, coordinador de talleres literarios de narrativa y gestor cultural de Literatura Ecuatoriana. Ha publicado los libros de cuentos El Señor de los Cuentos: Historias Perdidas de la Mitad del Mundo (2011); El Señor de los Cuentos II: Crónicas Fantásticas del Equinoccio (2014); El Señor de los Cuentos III: El País de los Muertos (2019), género fantástico- ecuatoriano. Palabras Sombrías (2012), género relato oscuro. Ha publicado la novela El escriba de Angostura (2021), de género narco ficción. Sus cuentos han sido publicados en medios digitales de Ecuador, Chile, Venezuela y Colombia.

Aline Rodríguez

Ciudad de México, Xochimilco, 1996. Estudiante de Creación Literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Ha publicado cuentos en revistas electrónicas como Tlacuache, así como poemas de manera impresa en la antología del 4to Encuentro Efímero de Poesía de la editorial Pachuk Cartonera. Participó en la antología Homenaje de escritoras y escritores contemporáneos, muestrario de la Ciudad de México de las editoriales Maya Cartonera y ediciones Ave Azul. Recientemente formó parte de la antología poética “Poesía de terror” en GaZeta Guatemala (2021). Compiladora y autora del libro digital

Alas de Mariposa (2021). Es co-directora, co-productora y co-editora del programa literario “Alas de Mariposa”, que se transmite por la página de Facebook “Letras en directo”. Es directora, editora y coordinadora del programa literario “El arte convertido en escritos” y “Xochimilco de mis letras”. Miembro de la Comisión de Literatura del Consejo de Cultura de la Alcaldía de Xochimilco.

David Ruiz Zapata

Es filólogo y bibliotecólogo de la Universidad de Costa Rica.

Christian David Sánchez Castro

Nacido el 30 de mayo de 2004 en Ibagué, Colombia. A los tres años se mudó a Bogotá. Empezó a escribir por las tiras cómicas. En el 2019 se hace miembro del grupo de Poesía Sofisticada Hacedores Literarios, en Perú, a cargo del poeta Nicolas Huidrogo. En el 2020 es publicado en la editorial POE, por el cuento Diccionario de chistes malos. Recibe un premio nacional por el cuento El mismo encuentro en el Concurso de Cuento RCN. Actualmente es estudiante de Español y filología clásica en la Universidad Nacional de Colombia.

Ana Laura Saavedra Villanueva

Licenciada en Ciencias de la Comunicación. Directora de Creación Literaria en FCMOT Fundadora de AnaqueL Literario, 2013. Ganadora del Concurso nacional de cuento para mujeres Elena Garro, EDUCAL: “Mujeres que se

vuelven tinta”, 2021. Ha participado en “Cuarta antología de escritoras mexicanas”, 2021; Antología “100/40”, relatos de cuarentena, 2020, de la Editorial Yo Publico, 2020. Ganadora en la convocatoria del Fondo Editorial de Querétaro con los relatos “Tierra de apariciones”, 2020, en el mismo año mención de honor en el Concurso Internacional de cuentos Oscar Wilde, con “Aromas en la oscuridad”, que participa en la antología Domar los vientos.

Marianella Sáenz Mora

Costarricense, egresada de la carrera de Turismo. Como escritora ha participado en varias antologías tanto en su país, como en el exterior. Ha representado a su país en varios Festivales y Encuentros Internacionales de Poesía. Varios de sus poemas han sido traducidos a otros idiomas. Tiene publicados tres poemarios. Además de poesía y cuento, escribe microrrelato o minificción, haiku y literatura infantil. Ha recibido varios reconocimientos y premios dentro y fuera de su país.

Laura Severino Mora

Costa Rica, 1996. Sus principales intereses son la filosofía, la no-ficción y la ficción filosófica. En cuanto a sus áreas temáticas predilectas, se pueden mencionar: Latinoamérica, la desigualdad económica y las ciencias cognitivas. Se ha desempeñado como guionista, locutora y productora audiovisual. Su objetivo principal en el área literaria consiste en explorar los diferentes matices filosóficos y psicológicos que acompañan la cotidianidad.

La leyenda se alimenta de la oscuridad y de la indeterminación. Los seres errantes se esconden en los rincones oscuros donde la imaginación y los sentidos terminan de dar forma al encuentro. No hay fuego que pueda terminar de vencer a la oscuridad, pero mientras no se extinga la llama de la curiosidad y del intelecto humano, continúa produciendo hijos.

—

Felix Alejandro Cristiá



Revista
Virtual
Quimera


EnredARS

ISBN: 978-9968-03-893-5



9 789968 038935